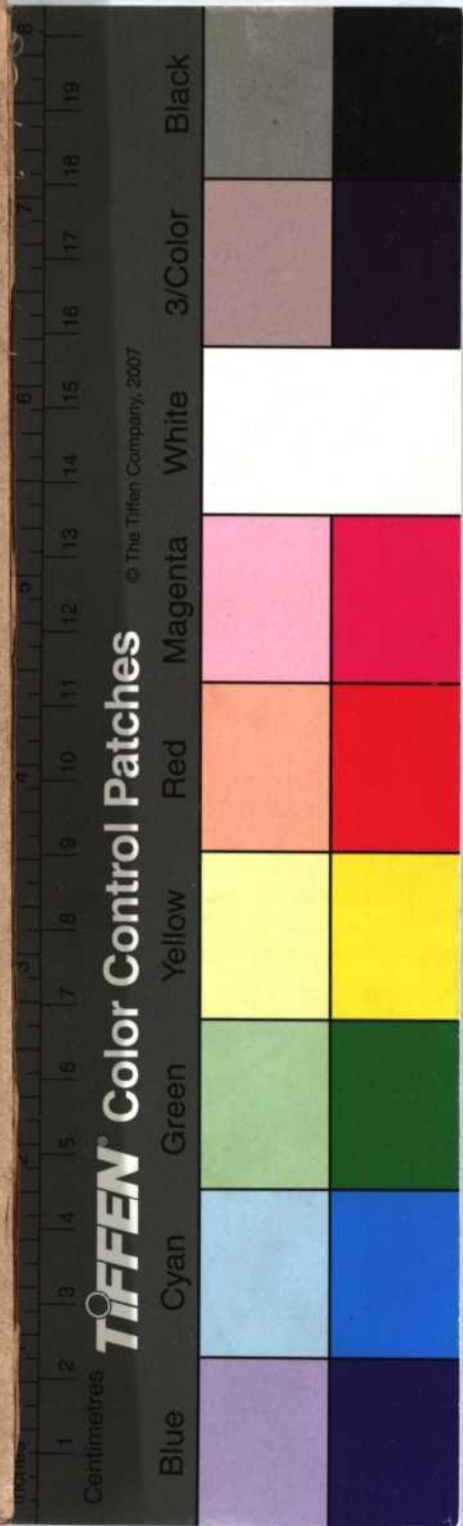


D. LLORENTE  
CULTURA  
DE INGENIOS  
Y TEOLOGIA  
CATEQUISTICA  
DEL  
P. POSSEVINO

Cultivo  
de la piedad en  
los niños



Centimètres  
1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19  
TIFFEN Color Control Patches  
© The Tiffen Company, 2007

Blue Cyan Green Yellow Red Magenta White 3/Color Black



DG  
CON

PEDAGOGÍA  
Y RELIGIÓN

+338770  
C.



DANIEL LLORENTE

Dos obras notables  
del P. Antonio Possevino

Cultura de Ingenios  
— y —  
Teología Catequística

Introducción biográfica y análisis

Versión, anotada, de la Carta a Ivón Tarterio.

Cultivo de la piedad en los niños

Imp. y Lib. Casa Martín  
VALLADOLID

1941

Nihil obstat:

DR. FAUSTINO HERRÁNZ,

*Censor.*

Valladolid, 8 de noviembre de 1941

Puede imprimirse:

† ANTONIO, ARZOBISPO DE VALLADOLID.

Por mandato de S. E. Rvma.

LIC. ANGEL SÁNCHEZ,

*Can.º Canc. Srio.*

VALLADOLID

# PLAN ÍNDICE

Págs.

Biografía del P. Antonio Possevino . . . . .	9		
Cultura de Ingenios	Fin. . . . .	24	
	Medios. . . . .	—Dios . . . . .	26
		—El hombre. Centros docentes. . . . .	27
	Obstáculos.	—El Universo. . . . .	29
		—El pecado . . . . .	31
		—Falta de adaptación. (Variedad de ingenios). . . . .	31
		—Defecto de método	{ Buenos maestros . . . . . 40 { Ratio Studiorum . . . . . 42 { Consejos de Maldonado. . . . . 43
Teología	Proemio . . . . .	53	
	Motivos de celo . . . . .	56	
Catequística	Desviaciones y remedios. . . . .	58	
	MANERA DE CATEQUIZAR, SEGÚN SAN AGUSTÍN. . . . .	61	
Carta a Ivón Tarterio	Introducción. . . . .	79	
	Cap. I. Necesidad de la Catequesis. . . . .	82	
	Cap. II. Utilidad de la Catequesis . . . . .	112	
	Cap. III. Método de la Catequesis . . . . .	131	
	Conclusión . . . . .	155	
Cultivo de la piedad en los niños	Noción de la piedad . . . . .	163	
	Su importancia. . . . .	165	
	Medios. Ambiente . . . . .	168	
	Instrucción . . . . .	172	
	Práctica . . . . .	177	
	DOCUMENTOS . . . . .	183	





**E**l preparar un trabajo para la apertura del curso académico de 1941 a 1942 en nuestro Seminario Vallisoletano, nos puso en ocasión de estudiar detenidamente varias obras del preclaro escritor y apóstol de la catequesis, valiente luchador contra la Reforma, Padre Antonio Possevino, de la Compañía de Jesús.

Llenos de asombro por la labor literaria de varón tan insigne, y de entusiasmo por su piedad y celo, damos gracias a Dios, que nos puso en contacto con este esclarecido mantuano, el cual ha ganado además nuestro corazón por la simpatía que muestra por las cosas de España: la Universidad de Salamanca, nuestra Evangelización en América, el ingenio y talento de nuestros teólogos, la sabiduría, sencillez y fervor de Santa Teresa, el calor, elegancia y solidez de los escritos ascéticos de nuestro P. Granada.

Dos conclusiones sacábamos de nuestro discurso: sentimientos de humildad ante tanta grandeza; y amor a los libros y a las almas, el estudio mismo por las almas...

Nos ha ocurrido que quizá otros pudieran sacar algún bien de las lecciones soberanas de este admirable maestro. Mas, si la ilusión nos engaña, no podemos hacernos

*a la idea de que sean desestimadas estas páginas. Porque la vida del P. Possevino convida a seguirle, y su «Cultura de Ingenios» va dando temple para ello, y su «Teología Catequística» espolea y orienta el celo en pro de la niñez y sugiere atinados medios.*

*Llegarán acaso a leer este libro los sacerdotes, y a pensar sobre él los maestros, y a comentar algún párrafo, en sus círculos, los jóvenes de Acción Católica.*

*Pidamos al «Padre de las lumbres» (Jac. I-17) el espíritu elevado y sobrenatural que lo impregnaba todo, enteramente, en la vida y escritos de ese siervo suyo, adalid de su causa. Ese espíritu será el mejor instrumento para la reforma verdadera de costumbres y para brillo de la Fe y orientación de las almas.*

\* \* \*

*Después de este tratado sobre Possevino, nos place presentar nuestro estudio acerca del «Cultivo de la piedad en los niños». Servirá de ampliación y aplicación a varias ideas, que rápidamente se sugieren en el capítulo tercero de la Carta a Ivón Tarterio.*

*Podremos, por ventura, contribuir a que reine la verdadera devoción en la Catequesis, en el hogar y en la escuela.*

Fué Antonio Possevino un excelente humanista, en el sentido cristiano de la palabra. Y en la portada de sus obras aparece siempre el título de *Mantuano*. Nació el 12 de julio de 1533. <sup>1</sup> Educado con esmero desde la niñez, cursó las lenguas clásicas en su país natal, con los mejores maestros. Llevado de su gran afición al Latín y al Griego y deseando sobresalir entre sus condiscípulos, se levantaba para dedicarse al estudio, varias horas antes de amanecer, conservando durante casi toda su vida esta costumbre. Gran provecho sacó (lo dice él mismo) de esas horas de silencio nocturno.

Cursó luego Retórica, Historia, Cosmografía, la *Sphæra Mundi* de Juan di Sacro Bosco, los elementos de Euclides y varias obras de Aristóteles; y contaba diez y siete años cuando su hermano mayor, Juan Bautista, le hizo ir consigo a Roma.

La incomparable fuerza formadora de la Ciudad Eterna se comprobó tanto más en este joven de talento cuanto que tuvo la fortuna de verse rodeado de personas

<sup>1</sup> Pongo exacta la fecha tomada de sus *Annales quinquaginta annorum*, porque algunos historiadores, como Pastor, dicen que nació en 1534.

intelectual y socialmente elevadas. <sup>2</sup> No fué la menos noble su mismo hermano, el cual formaba parte de la Academia del Cardenal Alejandro Farnesio. Allí explicaba, según el texto primigenio, Filosofía Aristotélica y asistía a su vez a las lecciones filosóficas del prefecto de la Academia, Antonio Mirándula. Grandes progresos hizo Possevino bajo la dirección de su hermano. Transcurridos dos años, falleció éste, mas Possevino continuó sus estudios de Filosofía y Literatura Griega, asistiendo a las clases de *La Sapienza*.

Iba extendiéndose el renombre literario del joven mantuano. El Cardenal Otón Truchsess de Augsburgo hacía que le escribiese semanalmente una crónica en latín acerca de los principales acontecimientos de Europa. Y era tal el primor de su estilo, la veracidad de su contenido, la discreción en hacer resaltar los hechos que mejor contribuyesen a la paz entre los príncipes y al obsequio y sumisión a la Iglesia, que el Cardenal solía mandar esas cartas a Fernando I. Estaba propuesto para secretario particular del Emperador, cuando el Cardenal Hércules Gonzaga le llamó a Mantua para que se encargase de la educación de sus sobrinos, los príncipes Francisco y Escipión Gonzaga.

Con ellos frecuentó durante cinco años las Universidades de Ferrara y de Padua, como alumno y profesor, según la costumbre de aquella época, hasta que dejando el brillante porvenir que le esperaba ingresó en la Compañía de Jesús. Tenía entonces veintiséis años.

2 Pastor, *Historia de los Papas*, vol. XX, pág. 321.

¿Qué causas motivaron esa decisión? Cual a otro San Benito le inspiraron aversión al mundo las costumbres depravadas de no pocos de sus contemporáneos, cortesanos y estudiantes; causó también gran pena que en algunas clases, la filosofía peripatética se mezclaba con las falsas interpretaciones de Averroes, lo que fué ocasión de que perdieran la fe varios jóvenes. Por otro lado, hallándose en Roma se depositó en su alma el germen de la vocación al conocer los primeros comienzos de los Colegios de la Compañía, germen que fué desarrollándose en Nápoles en 1558 al contemplar el florecimiento religioso y la frecuencia de Sacramentos debida principalmente a la Congregación «*di Preti del Giesù*», como escribe, impresionado, a D.<sup>a</sup> Margarita, Duquesa de Mantua.<sup>3</sup> Comenzó él mismo a frecuentar la Sagrada Mesa<sup>4</sup>, llevando una vida austera y piadosa; y un día, después de comulgar, hizo voto de ingresar en la Compañía.

Fuó admitido en ella por el Prepósito General P. Lainez el día de San Miguel de 1559. Cursó los estudios teológicos en el Colegio Romano, teniendo por profesores a los PP. Sa, Avellaneda y Ledesma.

\* \* \*

Dadas sus aptitudes extraordinarias y las necesidades

3 Se halla la carta, íntegra, en la *Storia della Compagnia di Gesù*, por el P. Pietro Tacchi Venturi. Tomo I, págs. 459-465.

4 Contribuyó a ello la lectura del libro de Cacciaquerra, *De usu frequenti SS. Eucharistiæ*, libro que Possevino propagó entre los jóvenes.

de aquellos tiempos no había de tardar en comenzar su labor de misionero.

Fué al norte de Italia, a Saboya y al Piamonte, donde hizo ver claramente al Duque Manuel Filiberto el riesgo que corría la fe de sus súbditos y la autoridad de su gobierno por el influjo de los valdenses y la propaganda de los calvinistas de Ginebra. Le aconsejó la reforma y restauración de la disciplina en los monasterios, la designación de personas de virtud y ciencia para la cura pastoral, como lo había hecho en España Felipe II, el rigor en impedir la difusión y lectura de libros heterodoxos.

Hizo venir, escribe el P. Gómez Rodeles, cuarenta Misioneros que recorrieron el país anunciando la palabra de Dios. <sup>5</sup> Mandó imprimir en Vercelli, Génova y Venecia copiosísimas ediciones del Catecismo del P. Canisio, y cuadros murales en que se daban consejos prácticos para evitar la herejía. Distribuyólos con profusión a los predicadores, los cuales los repartían a los maestros de escuela y a cuantos acudían a los Catecismos. Para conservar el fruto y formar bien a los jóvenes fundóse un Colegio en la ciudad de Mondoví.

Tal entusiasmo despertó la actividad y predicación del P. Possevino, el cual acababa de celebrar su primera Misa el año 1561, que algunos nobles pidieron para él la Sede Episcopal de Fossano, o de Cuneo y hubo de acudir al P. Lainez para impedirlo. En cambio los protestantes

5 La Compañía de Jesús Catequista, pág. 275.

de Ginebra le excomulgaron públicamente y pusieron a precio su cabeza.

\* \* \*

Parecida a esta actuación en los Alpes fué la que desarrolló en Lyon, Rouen, Marsella y otras ciudades de Francia, durante unos diez años. Iguales fueron los procedimientos: la catequesis, la predicación evangélica, la distribución de buenos libros, sobre todo catecismos, la fundación de colegios. No poco debió influir Possevino en que el P. Augier (Edmundo Augerio) publicara sus catecismos. <sup>6</sup>

Asistía en París a un opulento librero italiano, gravemente enfermo, el cual deseando arreglar sus cuentas con Dios, preguntó al Padre cómo podría resarcir los daños causados por él, en sí y en otros, con la venta de libros, inútiles unos, y otros obscenos. Respondióle el Padre: Hay mucha gente ociosa en los hospitales y en las cárceles, que leen cuanto les viene a la mano. Mande usted en el testamento a sus herederos emplear cada año una fuerte cantidad, que usted les señalará, en el reparto de libros piadosos. Así resarcirá el mal causado y será participante en los provechos que resulten de las buenas lecturas. Aceptó el moribundo tan acertado con-

<sup>6</sup> *Die Katechismen des Edmundus Augerius S. J.*, por el Prof. Brand Freiburg Herder, 1917, pág. 50. Yo mismo, dice Possevino en la carta a Iyón Tarterio, oí al librero que lo había impreso en París, que en aquella ciudad, en poco tiempo, se habían despachado cuarenta mil ejemplares.

sejo, y por ese medio pudo el P. Possevino repartir en abundancia sanas lecturas. <sup>7</sup>

No podían los herejes tolerar esa labor incansable del gran catequista. Llegaron a falsificar los catecismos que repartía. Cuando predicaba, tuvieron alguna vez que defenderle los caballeros de Malta. Y habiéndose apoderado de Lyon los hugonotes corrió grave riesgo su vida, librándose gracias a la protección del Duque de Saboya, y saliendo de la Ciudad disfrazado de pescador.

\* \* \*

Fué a Roma en abril de 1573 para asistir a la Congregación General en que había de designarse el sucesor de San Francisco de Borja, tercer General de la Compañía, fallecido en octubre del año anterior. Resultó elegido el P. Everardo Mercuriano, quien nombró a Possevino secretario.

No es preciso ponderar las dificultades y ruda tarea del nuevo cargo, que desempeñó durante casi cinco años. Al principio hubo de escribir por sí, o dictar, las cartas en italiano, español, francés y latín. Mas, atareado y todo, le valió su estancia en la Casa Profesa de Roma para profundizar en los Ejercicios de S. Ignacio, y conocer mejor las Constituciones; y con el manejo del Archivo adquirió mayor erudición, alegándolo él entre los títulos para escribir su *Bibliotheca Selecta*. Y no dejó de ejercitar el celo en ocasiones oportunas; introdujo entre la dependencia del Palacio Pontificio las obras del P. Granada; convirtió al poeta Gambará, con cuyo pseudónimo

<sup>7</sup> Gómez Rodeles, loc. cit., pág. 282.



publicó un tratado contra la literatura obscena; fundó un colegio para los neófitos y obtuvo el favor del Papa en bien de otros centros. <sup>8</sup>

\* \* \*

El año 1577 comienza para el P. Possevino una nueva fase de su vida, su actividad diplomática como Legado del Papa Gregorio XIII en Suecia, en Rusia y en Polonia.

Logró en Estocolmo, después de varios meses de largas entrevistas con el Rey Juan III, a quien persuadió de la verdad católica, que a primeros de mayo de 1578 el monarca se declarase dispuesto a abrazar la fe tridentina. A la promesa, dice Pastor <sup>9</sup> siguió presto la obra y a ésta una confesión general. Al día siguiente Possevino dijo la Misa en el aposento del rey y le dió la Sagrada Comunión. Todo se ejecutó en el más profundo secreto en el palacio de Estocolmo, en presencia de muy pocas personas, de confianza. Los pasos ulteriores, para reducir el reino a la antigua Iglesia, se habían de diferir hasta que la Santa Sede decidiera sobre ciertas concesiones solicitadas.

No sólo por estas negociaciones pareció necesaria la vuelta de Possevino a su patria, sino también porque su calidad de sacerdote católico había sido conocida en Estocolmo y excitado grande irritación en el clero protestante.

En la primavera de 1579 volvió Possevino a Suecia. Las vacilaciones que allí vió en el rey le afligieron muy dolorosamente. Debió influir en el ánimo de éste su her-

8 Fell. *Possevinus Leben und Schriften*, pág. 318.

9 Obr. cit. vol. XX, pág. 324.

mano Carlos, a quien favorecían los príncipes luteranos. Quejóse de que el Papa no hubiera accedido a varias de sus peticiones que, en realidad, por su sabor herético no eran admisibles. En agosto de 1580 salió Possevino de Estocolmo con quince jóvenes suecos que debían formarse en los seminarios de Braunsberg (Prusia) y Olmütz (Moravia) situados en ciudades de fácil comunicación con los lugares invadidos por la herejía y a los que habían de concurrir alumnos de las regiones escandinavas y de los países bálticos y eslavos.

Hagamos resaltar aquí la trascendencia de esos Centros para preservar a los pueblos católicos y restaurar la fe en las naciones protestantes.

De los Seminarios Pontificios mencionados, y de otros varios, salieron fervientes catequistas y misioneros, muchos de los cuales sellaron su predicación con el martirio. Gregorio XIII los subvencionó con generosa largueza y aprobó sus Estatutos.

El plan de estudios es muy parecido al que propone Possevino en el cap. XI *Ratio studiorum in Clericis* del libro V de su *Bibliotheca Selecta*.<sup>10</sup> En el orden profano abarca las lenguas clásicas y las de aquellos países donde habían de ejercer su ministerio, Retórica, Dialéctica, Filosofía; y en el sagrado, el Catecismo Romano, Casos de Conciencia, Doctrina de Controversia, Administración de Sacramentos y Método de enseñanza en las escuelas. Luego, la Teología Positiva y la Escolástica.

De la legación de Possevino en otros reinos, diremos

10 *Bibliotheca Selecta*. Edición de Colonia, pág. 198.

sólo que en Polonia, juntamente con el Cardenal Hosius, prestó gran auxilio al rey Esteban Batori en la lucha contra los herejes. Y en Rusia como mediador entre Batori e Ivón IV, el Terrible, logró una paz equitativa y justa, mas no pudo conseguir que Moscou se uniera con las naciones católicas contra los turcos, ni el previo retorno de los cismáticos a la Iglesia.

\* \* \*

Transcurridos diez años en esa labor diplomática reanudó sus tareas académicas en el Colegio de Padua donde explicó el Génesis, concurriendo a sus lecciones numeroso auditorio. Se dedicó también a la predicación, al confesonario y a dar ejercicios; y aprovechó los tiempos libres para ir ultimando su *Bibliotheca Selecta*, que había comenzado hacía tiempo.

Apenas hemos hecho mención de sus trabajos literarios. Llénase uno de asombro al manejar los dos densos tomos de dicha Biblioteca que constituyen una verdadera enciclopedia.<sup>11</sup> Propúsose con ella, ya que la vida es tan corta, facilitar a otros lo más notable contenido

11 El primer tomo abarca once libros, el segundo siete. He aquí, en resumen, los títulos. Lib. I. *De cultura ingeniorum.*—II. *De Ratione Studiorum Divinae Scripture.*—III. *De Theologia Scholastica.* *De Theologia Practica.*—IV. *De Theologia Catechetica.*—V. *De Militibus eorumque Seminariis. De Clericis et horum Seminariis. De Regularibus et horum Novitiatibus.*—VI. *De ratione amanter agendi cum Graecis, Rutenis, Moscis, etc.*—VII. *De ratione agendi cum haereticis variarum Sectarum.*—VIII. *De Atheismis Lutheri, Melancthonis, Bezae, etc.*—IX. *De ratione agendi cum Judaeis, Saracenis, etc.*—X y XI. *De ratione agendi cum reliquis Gentibus...*—XII. *De Philosophia.*—XIII. *De Jurisprudentia.*—XIV. *De Medicina.*—XV. *De*

en los libros principales, descartando los de los herejes, o haciendo notar su carácter y quitando la máscara a los anónimos y falsarios. Por eso la llama *selecta*.<sup>12</sup> La publicó en Roma, por mandato del Papa Clemente VIII, en la Tipografía Vaticana el año 1593. Con tener tan copiosas indicaciones bibliográficas, constituyen sólo el primer paso de lo que más tarde realizó. Me refiero a su *Apparatus Sacer* publicado primero en tres tomos en folio, en Venecia, durante los años 1603 a 1606, y que reunidos luego en dos volúmenes se reeditaron en Colonia el año 1608.<sup>13</sup> En esta obra da cuenta, por orden alfabético, de más de ocho mil autores con una breve noticia de su vida y de sus escritos, examinando los más importantes y haciendo indicaciones para utilizarlos. En un apéndice contiene el catálogo de los manuscritos griegos y latinos de muchas bibliotecas de Italia y de otras naciones europeas, entre ellas, la del Escorial.

*Mathematicis*.—XVI. *De Apparatu ad Historiam omnium Gentium*. XVII *De Poesi et Pictura*.—XVIII. *Cicero collatus cum alijs Ethnicis, sed et cum sacris scriptoribus... De Arte dicendi Ecclesiastica*.

12 En el Proemio, después de explicar la ocasión e idea de la obra, añade: «*Cur Selectae Bibliothecae nomine inscriptus hic liber*».

13 En esta edición que tenemos a la vista el primer tomo tiene 1002 páginas y apéndice, el segundo 556 y 129 e índices. El título es: *Antonii Possevini Mantuani Societatis Jesu Apparatus Sacer ad Scriptores Veteris et Novi Testamenti, eorumque interpretes; Synodos et Patres Latinos ac Graecos, horum versiones; Theologos Scholasticos, quique contra haereticos egerunt; Cronographos, etc., Historiographos Ecclesiasticos; eos qui casus conscientiae explicarunt; alios qui Canonicum Jus sunt interpretati; Poetas sacros; Libros pios quocumque idiomate conscriptos.*

¿Cómo pudo, en medio de una vida tan agitada, escribir tan abultados y valiosos volúmenes? No olvidemos que pasó bastantes años dedicado casi exclusivamente al estudio, que no abandonó jamás. Aprovechaba todos los ratos libres, se levantaba antes de amanecer y aun en los viajes no dejaba la lectura. Así, cuando emprendió su misión en el norte de Italia, repasó en el camino la Teología del P. Diego Ledesma, su maestro, y la Suma de Doctrina Cristiana de San Pedro Canisio. Recorrió academias y centros literarios; sus viajes le procuraron gran erudición, frecuentó numerosas bibliotecas, y su claro talento y su espíritu piadoso hicieron muy fecundos sus estudios.

Hallándose en Padua se puso bajo su dirección un joven de veinte años, que cursaba Leyes en la Universidad. Possevino con gran esmero cuidó de su adelanto en la vida espiritual.

Le animó a estudiar Teología y con inspiración profética le anunció que sería Obispo de Ginebra. Él mismo, le explicó la Suma de Santo Tomás y las Controversias de Belarmino y le orientó en los estudios de Elocuencia. Dios se valió de este buen Padre para hacer de Francisco de Sales un gran santo. «Acaso sea ésto, dice un historiador <sup>14</sup> uno de los mayores servicios que ha prestado a la Iglesia y al mundo».

Después de cuatro años de estancia en Padua, llamóle Inocencio IX a Roma para que publicase en la Tipografía

14 *Crétineau. Joly* en su Historia de la Compañía de Jesús. Tomo II, Cap. 6, citado por Fell.

Vaticana el estudio crítico acerca de varios escritores y principalmente sobre Maquiavelo.

Fué nombrado Consultor de la Congregación de la Reforma. Intervino en la reconciliación de Enrique IV de Francia con la Santa Sede.

Los últimos años de su vida este operario infatigable continuó sus trabajos apostólicos y literarios en Mantua, Venecia y Ferrara. En esta Ciudad, lleno de días, entregó su alma a Dios (a la edad de 78 años) el 26 de febrero de 1611.

En su testamento espiritual, después de renovar sus votos y de pedir perdón por sus faltas, termina con estas palabras: ¡Oh buen Jesús, Salvador de los hombres, *suscipe spiritum meum!*

## Cultura de Ingenios





El argumento y el plan del libro es muy fácil de entender. Quien se dedica al estudio como a cualquier otra buena, ha de tener presente el fin, los medios y los obstáculos. Así podrá sin riesgo dirigirse a la meta. El fin en los estudios es la Sabiduría y la Religión, que nunca han de separarse. Los medios, cuando son intrínsecos a nuestro propio progreso, nuestras facultades y sentidos, otros extrínsecos o distintos de nosotros mismos, a saber: los sobrenaturales y los naturales; entre éstos los naturales.

La *Bibliotheca Selecta* en su primer libro «*De Cultura Ingeniorum*» trata, podemos decir, de la educación formal de la inteligencia, sin olvidar la voluntad. Después de ésto, en los libros segundo y tercero, de cómo ha de estudiarse la *Teología Positiva*, la *Escolástica* y la *Moral*; y enseguida, en el libro cuarto, de la manera de utilizar esos conocimientos en bien de las almas, principiando por los niños. Tal es el objeto de la «*Theologia Catechetica*». Al proponer el argumento del libro escribe el autor estas palabras que copiamos aquí y que nos agradaría poder traducir con toda su fuerza: «*Enixè connitendum est ut quamoptimè Christiana Doctrina imbuantur*».

*Connitendum est*; ha de esforzarse uno, hemos de trabajar cuanto podamos, *enixè*, con el mayor empeño, por que se empapen los niños en la doctrina cristiana; bien, no sólo bien, muy bien *optimè*; y, como si aún fuera poco, antepone el *quam*, reforzando el superlativo, «*quamoptimè Christiana Doctrina imbuantur*».

Pero no adelantemos ideas; comencemos ya por el libro primero: *De Cultura Ingeniorum*.

El *argumento* y *plan* del libro es muy fácil de entender, de carácter científico y práctico.

Quien se dedica al estudio, como a cualquier obra buena, ha de tener presente el fin, los medios y los obstáculos. Así podrá, sin riesgo, dirigirse a la meta. El *fin* en los estudios es la Sabiduría y la Religión, que nunca han de separarse. Los *medios*, unos son intrínsecos, nuestro propio ingenio, nuestras potencias y sentidos: otros extrínsecos, o distintos de nosotros mismos, a saber los sobrenaturales y los naturales; entre éstos los maestros y los libros y los seres del universo. Los *obstáculos*, además del pecado, que embota sobremanera la inteligencia, provienen de que no se examinan bien las aptitudes de cada cual, o de que se emplea un mal método, o poco práctico.

## Dignidad del hombre y fin del estudio. (Cap. I)

El fin de la educación coincide con el fin de la vida; y puesto que en el orden actual de la providencia el hombre ha sido destinado a contemplar, poseer y amar a Dios en la bienaventuranza eterna, a ello han de encaminarse la ciencia y la virtud.

Gradualmente y, como ascendiendo por una escala de valores, llega Possevino a esa conclusión.

Hombres de gran talento y brillante ingenio, dice, se

dieron con afán al estudio, juzgando más glorioso y excelente el saber, que acumular riquezas, o desvirarse por los honores. Algunos renunciaron a los placeres y se desprendieron de su fortuna, para correr, sin impedimento, al alcance de la virtud.

Si hubiesen estado iluminados por los destellos de la revelación no hubieran puesto la mira en sola la virtud humana, habrían subido más arriba, disponiendo su alma para recibir la gracia, que nos une con Dios, en quien se hallan todos los bienes y que es nuestro verdadero fin.

Elevado el hombre por su Creador al orden sobrenatural debe buscar diligente la Religión y la Sabiduría, ambas unidas; y si puesto en medio del mundo dirige la mirada a un lado y a otro para conocer los seres creados, su frente erguida le indica que ha de levantar la cabeza para llegar hasta Dios.<sup>15</sup>

## Los medios

El capítulo segundo lleva por título: «*Homini a Deo, magistri traditi.*» Maestros, que al hombre ha dado Dios. Y desenvuelve la idea insinuada en el plan.

15 No nos parece importuno recordar aquí la máxima de San Bernardo: «*Sunt qui scire volunt eo fine tantum, ut sciant; et turpis curiositas est. Et sunt qui scire volunt, ut sciantur, ipsi; et turpis vanitas est. Et sunt item qui scire volunt, ut scientiam suam vendant; et turpis quaestus est. Sed sunt quoque qui scire volunt, ut aedificent; et caritas est. Et sunt qui scire volunt ut aedificentur; et prudentia est.*» (S. Bern. In Cant. Serm. XXXVI. 3).

No se contentó Dios con darnos el deseo de saber, y el entendimiento, capaz de conocer la verdad, y los sentidos, por donde se comunica el alma con el mundo exterior, sino creó este universo, tan maravilloso, como ingente volumen escrito e iluminado por su sabiduría y omnipotencia.

Nos enseña a leer en él, valiéndose de maestros invisibles como los ángeles que nos purifican, iluminan y perfeccionan <sup>16</sup> y de otros, visibles, los hombres, los cuales nos instruyen con el ejemplo, la voz y los libros.

La ciencia proviene  
de Dios. (Cap. III)

Él nos instruye, generalmente por los medios ordinarios que su providencia ha dispuesto; pero a veces infunde el saber en las almas rápidamente y en alto grado. Ejemplo tenemos en Salomón: *Ipsé, dice, dedit mihi horum quae sunt, scientiam veram...* (Sap. VII-17). Él me dió la ciencia *verdadera* de estas cosas...

Ni bastó eso al amor que Dios nos tiene. Siendo tan deficiente la luz de la razón y no pudiendo llegar por sí al conocimiento de las verdades que atañen a nuestra salvación eterna, nos envió por Maestro a su propio Hijo, cuya misión docente continúa la Iglesia (Cap. IV). A estos breves capítulos quiero añadir una glosa: ¡En cuanto hemos de estimar esa sublime y celestial doctrina! ¡Oh

16. Adviértase que son las tres vías de la vida espiritual *«qui nos purgant, illuminant, perficiunt, ac sine quibus essemus nequissimi (S. Dionys.)*

si Cicerón la hubiese conocido! Es un pensamiento que desarrolla el autor. Y como la ciencia proviene de Dios, han de comenzar con la oración todos nuestros estudios, sin separar la religión y la sabiduría.

Por cierto que he de apuntar aquí una observación contra un inconsciente laicismo. La frase tan repetida «*mens sana in corpore sano*» se presenta siempre mutilada. Es de Juvenal, en una de sus Sátiras; y él, pagano y todo, dice: «*orandum est, ut sit mens sana in corpore sano*». *Se ha de orar*, para conseguir la afortunada unión de la salud corporal y espiritual, para que el cuerpo se vea exento de enfermedades y el alma libre del error, de la ignorancia y los vicios.<sup>17</sup>

#### Los Centros docentes (Cap. V)

Tras el magisterio divino viene el humano. A grandes pasos recorre la historia de las escuelas catequísticas, episcopales y abaciales, deteniéndose en las superiores, Academias, o Universidades. Pondera que nuestra Patria, afectada por grandes calamidades y en lucha constante contra los sarracenos, no se descuidó en crear centros de elevada cultura, donde los jóvenes, instruidos en Religión y en las Letras humanas defendieron con tesón su Fe y propagaron el Cristianismo por otros reinos.

Dedica un extenso capítulo (XXXVII) a la Universidad Salmantina.

17 Sátira X, v. 356. Kuhn, en el Congreso Catequístico de Múnich, 1928. *Bericht*, pág. 241.

Dos motivos alega para ello: 1.º Reparar la omisión de Middendorp <sup>18</sup> y otros escritores, los cuales no hablan de ella con detenimiento; y 2.º que puede servir de modelo, por su admirable organización y estatutos, a otras, que se erijan, o que, habiendo decaído, hayan de restaurarse.

Habla de su fundación por Alfonso VIII y del diploma y privilegios otorgados por Martino V, debido a lo cual el día de San Martín se verificaba anualmente la elección de Rector y ocho Consiliarios; de las grandes atribuciones del Maestrescuela en la administración y vigilancia; de los recursos económicos y de la ayuda generosamente prestada por el Cabildo Catedral; de los Catedráticos propietarios, los cuadrianales y los profesores pensionados, del plan de estudios; de los cuarenta días de vacaciones desde la Natividad de la Virgen a San Lucas, ocho en Navidad y quince en Pascua; de los casi veinte Colegios agregados, cuatro de ellos mayores. Y observa, con elogio, que habiendo llegado alguna vez a siete mil el número de escolares en Salamanca, parecía la Ciudad un claustro, por la honestidad de costumbres, la piedad, la disciplina y el amor al estudio.

Propone también por modelo el Colegio Romano, dotado por S. S. Gregorio XIII con largueza, al cual han concurrido siempre numerosos alumnos que se han distinguido por su laboriosidad y fervor religioso (Cap. XL).

Como los que se han consagrado a Dios totalmente, se hallan libres de los cuidados del siglo, pueden dedicarse

18 *Academiæ orbis christiani libri duo*, Colonia 1572.

de lleno a su misión docente. Es una de las ventajas de los colegios y escuelas dirigidos por religiosos (Capítulo XXXVIII). El Señor les concede sus dones, puesto que han renunciado a todo por su gloria y por la salvación de las almas. A lo que ha de añadirse el ambiente, el orden, la sobriedad y tranquilidad, que tanto valen para la sabiduría; la vocación y preparación; y la caridad con que colaboran al mismo fin individuos a veces de naciones diversas (Cap. XLI).

Mas, por lo mismo que los Seminarios y Colegios, las Universidades y Escuelas son instrumento tan valioso para la formación cristiana de los jóvenes y la salvación de los pueblos, el enemigo del género humano ha puesto siempre asechanzas a esa actividad de la Iglesia. Desde Juliano el Apóstata, los arrianos y los vándalos, hasta los partidarios de la Falsa Reforma. Al invadir los herejes a Hungría y Polonia, Suecia y Dinamarca, Inglaterra y Escocia desaparecieron las Universidades, de cuyos bienes se apoderaron (Caps. XLII y XLIII).

#### La gran escuela del Universo. (Caps. VI y VII)

Hay todavía otro maestro, otra academia, que es el mundo, en el que resplandece la Providencia. Más que en el orden y hermosura de cielos y tierra, plantas y animales, en el divino gobierno de los hombres. «Aun las mismas perturbaciones, que por doquier contemplamos, no son verdaderos desórdenes para el sabio, sino escuela en que el varón piadoso ejercita su virtud, y el impío se

corrige de su insipiencia». Pruébalo la historia del pueblo judío (2.º Paral. XII). Considerando los acontecimientos de su época: guerras con los turcos y con los herejes, de los cristianos entre sí, martirios, Concilio Tridentino etc., dice, que son vivísimos rayos con que Dios ilumina nuestra inteligencia.

De un modo particular se manifiestan los amorosos designios del Señor en el descubrimiento de América. Se compensaron así los estragos que el Protestantismo había causado a la Iglesia. Por ello repite Possevino las palabras de San Hilario: *Ecclesia dum persequitur, floret; dum opprimitur, crescit; dum contemnitur, proficit; dum laeditur vincit; dum arguitur, intelligit; tunc denique stat, cum superari videtur*. La Iglesia florece cuando la persiguen; crece si la oprimen; despreciada, prospera; si la maltratan vence; inculpada, muestra su grandeza; y permanece firme en pie, cuando parecía vencida.

Expuestos así los *medios*, las luces y los maestros para que, de buen grado y alegre, se dirija el hombre al *fin*, la religión y la sabiduría, pasa a tratar de los *impedimentos* que a tan grande bien se oponen.

Y si se disgusta el labrador al ver estéril el campo que ha cultivado con esmero, reprobará Dios al hombre que, no obstante tales cuidados, permaneciere infecundo.



## Obstáculos

### El pecado. (Caps. VIII y IX)

Ya dijimos las tres causas que impiden a la mente humana, creada para la Religión y la sabiduría, animada con tantos alicientes, y favorecida con tantos auxilios llegar al conocimiento de la verdad: el pecado, la falta de adaptación, y el método desacertado.

¡El pecado! Sí; el pecado, que corta los nervios del espíritu y como vaho pestilencial anubla la inteligencia.

En sentido acomodaticio, le aplica Possevino las palabras del libro de Job (XVIII. 5). *¿Acaso no se apagará la luz del impío?*

Es como gusano roedor que, escondido en la raíz del árbol, hace amargos todos sus frutos. Averroes, desviado en no pocas cosas del camino de la recta filosofía, dijo una gran verdad, cuando escribió que la castidad y demás virtudes, que reprimen los desordenados apetitos de la carne, valen mucho para adquirir la sabiduría.

### Variedad de ingenios. (Cap. X)

Pasando al segundo impedimento, que es la falta de adaptación, el no mirar de antemano *quid ferre valeant humeri*, escribe el P. Possevino: «Platón quería que hubiese Magistrados con la carga de examinar el ingenio de los adolescentes». Aristóteles puso en ello todo el bien de la República.

Trata, pues: 1.º De la variedad de ingenios. 2.º De la necesidad y manera de discernir el de cada cual. 3.º Cómo han de cultivarse.

Define el ingenio: Es la indole en virtud de la cual se aprenden con facilidad, o difícilmente las cosas o las artes. «*Ingenium ea indoles est qua facile vel difficulter res aut artes addiscuntur*». No ha de confundirse (aunque algunos le den este nombre) con la naturaleza que (*Cum det esse rei, principium operandi est*) es igual en todos, doctos e indoctos.

Aristóteles y otros filósofos dieron también el nombre de naturaleza a los temperamentos cálido y frío, húmedo y seco, de donde derivan precisamente la variedad de ingenios.

Con la edad, siendo idéntica la naturaleza cambia la capacidad. Y se modifica además por otras causas como la enfermedad, defecto de cultura, hábitos contrarios y aun sobrenaturalmente, como ocurrió a Alberto Magno.

Platón reduce a tres grupos las causas de esa diversidad de ingenios: naturales, humanas y divinas. Ficino intérprete de Platón las deriva del aire, el agua, y el suelo...

Al llegar aquí, ocurre la pregunta. ¿Por ventura no es ésto un extracto del *Examen de Ingenios*, de Huarte de San Juan? Desde el principio ¿no nos vienen a la mente los proemios y primeros capítulos que el Dr. Huarte escribió?

HUARTE DE SAN JUAN Y POSSEVINO.—No cabe duda alguna de que conocía muy bien Possevino la obra del doctor

español. En la segunda edición de su *Bibliotheca Selecta*, al libro «*De cultura ingeniorum*» le añade como subtítulo: «*Examen ingeniorum Joannis Huartis expenditur*». Y muy en cuenta lo tiene en varios capítulos.

Pero esto no es motivo bastante para afirmar como lo hace Baur<sup>19</sup> que Possevino tradujo al latín el *Examen de Ingenios*; y causa mayor extrañeza que el *Dictionnaire historique de la Médecine* llegue a decir que esa traducción es la mejor de todas.<sup>20</sup>

Por otro lado no puede considerarse el libro *De Cultura ingeniorum* como una mera refutación o crítica del de Huarte. Discute ciertas afirmaciones en los capítulos XIII al XVIII; pero nada más. Resaltará la diferencia entre ambos si recordamos que el Dr. Huarte en los veintidos capítulos de su obra nada apenas dice del fin y los medios y muy poco de metodología de que trata extensamente Possevino, y éste, en los cincuenta y tres de la suya, ni alude siquiera a las cuestiones de eugénica que se exponen en los seis últimos capítulos del *Examen*.<sup>21</sup>

**DIVERSIDAD DE INGENIOS SEGÚN ARISTÓTELES (Caps. XI y XII).**—A dos clases reduce los ingenios Aristóteles: De buen o mal temple; bien o mal dotados o equilibrados.

19 En la Enciclopedia de Ersch y Gruber, cit. por Fell, pág. 386.

20 *Ibid*, not. 3.<sup>a</sup>

21 Acerca de «*El Doctor Huarte de San Juan y su Examen de Ingenios*» la obra más sólida y mejor documentada es la del P. M. de Iriarte, S. J., de «Ediciones Jerarquía». Año de la Victoria. Después de los datos que aporta esta obra no se concibe que continúen algunos escribiendo que Huarte cursó Medicina y se licenció en Huesca.

Los buenos pueden ser vivos, o sosegados. La viveza exagerada degenera en furia y atropellamiento; el sosiego en estupidez.

Y a estos grupos pueden referirse los demás, como: precoces (*andropaidés* los llamó Sófocles, como si dijera, niños hombres) y retrasados; grandes, mediocres e infimos; veloces y tardos, agudos y obtusos. Por felices se tiene a los *autodidactos* que llevan consigo siempre al maestro y debieran más bien llamarse *teodidactos*, como Santa Teresa. Que no ha de olvidarse la intervención de la Providencia.

Para la ciencia humana como para la divina conviene conocer los ingenios.

Clemente de Alejandría llamó a las almas «Campos vivientes». Y sabido es que ha de sembrarse y cultivarse el terreno según su calidad. *Tu nihil invita facies, dicesve Minerva*, escribió Horacio. (*Ars. Poet.* 385).

Vuelve a insistir Possevino en que el fin de la cultura no es el mero conocimiento sino la virtud. Y es verdaderamente útil la ciencia cuando acciones y pasiones se dirigen por la razón.

La constitución corporal no quita el libre albedrío. El Señor exigió a sus siervos que negociasen con los talentos que les concedió.

**DEL EXAMEN DE INGENIOS DE JUAN HUARTE (Caps. XIII al XVIII).**—Comienza el capítulo XIII con lo que Juan Huarte pone en el capítulo 8.º de su obra «donde se da a cada diferencia de ingenio la sciencia que le responde en particular: y se le quita la que le es repugnante y contraria».

«Las artes y ciencias, dice, que se alcanzan con la *memoria* son las siguientes: gramática, latín y cualquier otra lengua; la teórica de la jurisprudencia; teología positiva; cosmografía y aritmética.

Las que pertenecen al *entendimiento*, son: teología escolástica; la teoría de la medicina; la dialéctica; la filosofía natural y moral; la práctica de la jurisprudencia, que llaman abogacía.

De la buena *imaginativa* nacen todas las artes y ciencias que consisten en figura, correspondencia, armonía y proporción. Estas son: poesía, elocuencia, música, saber predicar; la práctica de la medicina, matemática, astrología; gobernar una república, el arte militar; pintar, trazar, escribir, leer, ser hombre gracioso, apodador, polido, agudo in agilibus...; y todos los ingenios y maquinaciones que fingen los artifices...; y también una gracia de la cual se admira el vulgo, que es dictar a cuatro escribientes juntos materias diversas, y salir todas muy bien ordenadas».

Comprobándolo con ejemplos, respecto al lenguaje, dice que como los vocablos no han sido impuestos a los objetos por la naturaleza sino por el arbitrio de los que los descubren, el aprenderlos es cosa de la memoria y apenas tiene parte en ello el entendimiento.

Por lo cual, los niños en quienes predomina la memoria, como enseña Aristóteles «aprenden mejor cualquier lengua que los hombres mayores, aunque éstos son más racionales. Y sin que nos lo diga nadie nos lo muestra claramente la experiencia».

Admite Possevino el hecho; mas lo explica de otra

manera. Esa facilidad de los niños es porque no tienen otras cosas en que ocuparse, y dedican a ello más tiempo; por otro lado, su alma está aún libre de pasiones vehementes, que impiden aprender; tienen los órganos de fonación mas tiernos y el oído más agudo; y no acostumbrados aún a la lengua patria les cuesta menos adaptarse a la extraña.

Si los adultos se aplicasen con esfuerzo, dejando otros negocios que los preocupan y dominando los apetitos desordenados, lejos de tardar más, aprenderían ántes y mejor las lenguas; pues, aparte los conocimientos gramaticales, con el discurso penetran en el origen, composición y relaciones de las palabras, lo cual facilita mucho la retentiva.

Ni es cierto que la imposición de nombres sea fortuita (Cap. XIV).

No se hizo al acaso, ni al arbitrio de los hombres, sino basándose en la razón. Aduce la autoridad del Tostado, el cual afirma que de Dios recibió Adán el lenguaje y que él puso nombre a los animales, según su naturaleza, sus cualidades, diferencias, figura, movimiento, etc.

Una cosa es indudable, que hay en todo idioma cierto número de voces primitivas, o raíces, de las cuales se derivan las demás palabras, no a capricho sino conforme a normas racionales.

**LOS HOMBRES DE GRANDE ENTENDIMIENTO Y EL LENGUAJE.**— Parece que Huarte de San Juan afirma que los ingenios hábiles para las ciencias especulativas, los filósofos y teólogos son menos aptos para el latín y el griego y para

los primores en el estilo. «La elocuencia y policía en el hablar, no pueden estar en los hombres de grande entendimiento».

Trata de probarlo con dos hechos: 1.º Grandes teólogos, incluso Santo Tomás, Escoto, Durando, Cayetano, etc., en los que descollaba la inteligencia no sobresalieron por la elegancia de su estilo; *quibus non veretur adjungere Platonem et Aristotelem*, dice como admirado Possevino, a los cuales añade sin recelo Platón y Aristóteles.

2.º Que los españoles, como ingenios filosóficos, son poco hábiles en las lenguas clásicas.

En los capítulos XV, XVI y XVII rebate Possevino esa opinión. Los grandes teólogos fueron a veces tan buenos literatos. Y opone a los nombres que cita Huarte, los de un San Basilio, San Gregorio Nacianceno, San Jerónimo, San Juan Crisóstomo y otros muchos Padres que sobresalieron por su elocuencia; y entre los grandes talentos San Agustín. Pero si algunos escolásticos no fueron perfectos en su estilo, se debió a la época en que escribieron, cuando habían decaído los estudios humanísticos; y a que se cuidaron más del fondo que de las palabras, y buscaban a Dios, más que la gloria humana.

Respecto a Platón y Aristóteles nada más elegante en lengua griega. Cicerón mismo llama a Aristóteles «*aureum eloquentiae flumen*». Solo que Huarte debió disponer de malas traducciones y no manejó el texto en la lengua original.<sup>22</sup>

<sup>22</sup> Concuerta esto con lo que dice el P. Iriarte acerca de los estudios humanísticos de Huarte de San Juan. Obr. cit., pág. 28.

Lo de los españoles pudo ser cierto cuando, faltando profesores, aún no se habían desarrollado en España los estudios humanísticos; no así luego, en tiempo de Domingo Soto, Melchor Cano y Maldonado.

**JUICIO DE JUAN DE HUARTE ACERCA DE LOS AMANUENSES** (Cap. XVIII).—Según el sentir del Dr. Huarte los que se dedican a pintar, o a escribir son ingenios de buena imaginativa y que no suelen tener agudeza de entendimiento para la especulación. «Si alguno lo quisiere ver y notar considere los estudiantes que ganan de comer en las Universidades a trasladar papeles de buena letra; y hallará que saben poca gramática, poca dialéctica y poca filosofía; y si estudian medicina o teología no ahondan en nada».

Defiende a estos amanuenses Possevino, advirtiendo que si tuviesen qué comer, como otros estudiantes, si dispusiesen de tiempo para asistir a clase, meditar y repasar las lecciones, mostrarían acaso mayor talento que los que les pagan las copias.

A tal punto ha llegado la insensatez en juzgar la buena letra como indicio de mediano talento, que algunos escriben mal, a propósito, dando a entender que absorta en la contemplación su inteligencia atienden sólo a la idea. Mas no son incompatibles las dos cosas. Adquirido el hábito pueden trazarse rasgos y figuras sin que el entendimiento deje de estar libre para discurrir.

**VARIOS MODOS DE ACERTAR EN EL EXAMEN DE INGENIOS** (caps. XIX y XX).—Discutidas las dichas opiniones de



Huarte de San Juan, sugiere Possevino algunos medios para con más seguridad conocer la índole y aptitudes de los jóvenes. Son la observación y experimentación.

Comenzando por ésta recuerda que los filósofos antiguos sometían a diversas pruebas a los que habían de admitir como discípulos. Pítagoras después de algunas preguntas de Matemáticas les obligaba durante cinco años al silencio. Sócrates, en cambio, sostenía con ellos conversación. «*Loquere ut te videam*»; habla, para que te vea» solía decir. Aristóteles les proponía cuestiones algo intrincadas, y no admitía a los candidatos tardos o de corto ingenio. Los atenienses, según el Nacianceno ponían a prueba la paciencia de los nuevos alumnos, de lo cual ha quedado vestigio en algunas academias... El examen ha de ser cuidadoso, porque ingenios en apariencia iguales, pueden ser de índole muy distinta.

También en la observación pone varios ejemplos. Orígenes, siendo todavía niño, preguntaba a su padre, San Leónidas, el sentido de algunos pasajes de los libros Sagrados, y a los artífices el objeto y uso de los instrumentos que manejaban. San Carlos Borromeo se entretenía en su casa en construir altares. Andrés Vesalius, insigne anatomista y médico de cámara del emperador Carlos V, y luego, de Felipe II, en disecar ratones. Así mostraba cada cual su afición y sus aptitudes. Por ello ha de consultarse a los padres.

Mas como Dios, que nos ha hecho, sabe perfectamente lo que hay en el hombre, a Él hemos de acudir por la oración, a la vez que reflexionamos y consultamos, con la mira puesta en nuestro último fin.

Buenos maestros y bien formados. (Caps. XXII y XXVII)

Conocidas la indole y aptitudes del joven, viene la labor de cultura. Un mal método es una desviación en el camino. Mas lo primero para no extraviarse es un buen guía «*quales sunt duces tales sunt ducendi*». Y «si un ciego guía a otro ciego caen ambos en la hoya», dice la Escritura Santa.

¡Qué daño no causaron a Juliano, y a todo el orbe sus impíos maestros, Máximo el filósofo y Libanio el retórico! En cambio ¡qué bien hicieron a la Cristiandad Arsenio, maestro de Honorio y Arcadio; Alcuino a cuyas lecciones asistía Carlomagno, Gerberto, luego Silvestre II, que instruyó a Otón III y a Roberto de Francia, Adriano VI, maestro del emperador Carlos V!

Si el examen de ingenios ha de hacerse con cuidado, más aún tratándose de maestros que deben ser los mejores y más aptos.

El que enseña cualquier ciencia ha de preguntarse seriamente si está capacitado para ello. Y jamás aparte a sus alumnos de las prácticas religiosas. Ponga desde el principio en las almas los cimientos de una vida cristiana.

En algunos Centros al que enseña Filosofía, se le exige que haya estudiado Teología. Y al que explica Derecho Civil, que haya cursado el Canónico.

**PIEDAD, ORDEN Y CONSTANCIA (caps. XXI, XXII y XXXV).**  
Puesto que el principal maestro es Dios, hay que levantar

hacia Él los ojos, y decir como el Rey Profeta: «*Da mihi intellectum*». A Él acudían San Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino para resolver las dificultades en sus estudios.

Sin perder de vista el fin, como buenos timoneles, y llevando una vida pura, ha de estudiarse con orden. Lo entiende en dos sentidos:

1.º *En las materias*, dedicándose con intensidad a una sola; pues el entendimiento no abarca de una vez todo el panorama de la ciencia; y una, bien aprendida, sirve de fundamento a las demás.

2.º *En las potencias del alma* que han de aplicarse a la par, «a la manera que una carga se levanta mejor con las dos manos». Prescindiendo de alguna de las potencias, no penetrarán en el asunto, ni valdrán para enseñar a otros, o no sabrán gobernarse en la vida, sacando poco fruto de la especulación científica.

Decisión y constancia en el trabajo ayudan sobremañera a lograr el fin que uno se propone. Muéstranlo Cleantes y Demóstenes. Baldo, que, siendo anciano se puso a estudiar jurisprudencia. Burlábanse de él diciendo: ¡Tarde vienes; en balde trabajas, oh Baldo! Defenderás pleitos en el otro mundo. Adquirió, sin embargo, gran renombre, como escritor y jurisperito. El mismo San Ignacio comenzó a estudiar latín en edad adulta.

### El "Ratio studiorum"

Como es la falta de método un obstáculo para la cultura, dedica un capítulo Possevino al «*Ratio studiorum*» código pedagógico que se promulgó en 1599 y estuvo vigente durante dos siglos en todos los colegios de la Compañía, y fué el plan de estudios que más influyó en el mundo católico durante ese tiempo.<sup>23</sup> Revisado en 1832, continúa siendo todavía de un valor incomparable. No entra el P. Possevino en el fondo del asunto, ni presenta siquiera un resumen de ese método; hace de él, con todo, una buena apología con sólo referir cómo fué elaborado.

Después de varios esbozos y aprovechando trabajos anteriores, se reunieron en tiempo del P. Aquaviva seis Padres ilustres, de diversas naciones. (De España el Padre Juan Azor). El Papa Gregorio XIII bendijo el proyecto.

Dedicaban diariamente tres horas al examen y discusión, y lo restante del día al estudio de manuscritos, reglamentos, estatutos de Universidades y Colegios. Tras nueve meses de incesante trabajo la obra estaba terminada; pero aún la revisaron varones doctos y fué enviada, para su examen, a cada una de las provincias. Antes de implantar el *Ratio studiorum* se volvió a mandar a todos para que se ensayase (*ad experimentum*) por un trienio.

23 Manual de Historia de la Compañía de Jesús por el P. Villoslada, Madrid 1941. Editorial Aldecoa. Pág. 279.

### Los cinco consejos de Maldonado

Coinciden con algunos procedimientos del «*Ratio studiorum*» los *consejos* de Maldonado, pues si bien este Padre es anterior a su redacción definitiva, venía observándose ese método, en lo substancial, desde los primeros tiempos de la Compañía.

Fué el P. Juan Maldonado, autor de los maravillosos comentarios sobre los Evangelios, natural de Casas de la Reina, provincia de Badajoz. Hizo sus estudios en Salamanca; y en la misma Universidad, aunque por poco tiempo, enseñó Griego, Filosofía y Teología.

En 1562 ingresó en la Compañía de Jesús, y al año siguiente fué enviado al Colegio Clermont, de París, donde adquirió gran renombre en la Cátedra de Filosofía y más aún en la de Teología, que empezó a explicar el año 1565. Copiaremos lo que dice de él el P. Villoslada.<sup>24</sup>

«Se puso a explicar Teología, pero no la teología decadente, erizada de sutilezas inútiles y de bárbaro lenguaje, cual era la que se enseñaba entonces en la Sorbona, para ludibrio de humanistas y risa de los herejes, sino la teología auténtica, según el espíritu de la Iglesia y de Santo Tomás, la teología renovada en España, gracias a los escrituristas complutenses y a los teólogos salmantinos. Maldonado reformó los métodos escolares; demostraba un profundo conocimiento de los Santos Padres y del texto bíblico en su lengua original, tenía en cuenta las modernas herejías para deshacer sus errores, y se expre-

24 Obr. cit. pag. 154.

saba en un latín, tan puro, elegante y armonioso, como nunca se había visto al tratar de tales materias. Quien conozca lo que en el Renacimiento significaba el dominio de las lenguas clásicas y la belleza de la forma, podrá adivinar los triunfos increíbles del teólogo español en la capital de Francia. Y Maldonado no era un simple humanista, era una de las inteligencias más poderosas de aquel siglo, fecundo en grandes hombres. <sup>25</sup> Cien alumnos asistieron a sus clases ya desde el principio, y se creyó una cosa extraordinaria; pasados algunos años llegaban a tres mil. A falta de locales capaces para tal auditorio, érale preciso dar su clase en el patio».

Pues bien, el Rvmo. P. Wernz, General que fué de la Compañía, notibilísimo canonista, autor de la magnífica obra *Jus Decretalium*, a quien tanto admiraban y querían sus alumnos de la Universidad Gregoriana, juzgaba hacer un gran bien a sus discípulos exponiendo con algún detenimiento los consejos que, para aprovechar en los estudios, daba el insigne jesuita extremeño; y solía dedicar a este objeto la primera lección del curso. Helos aquí: 1.º *Audire professorem*. 2.º *Repetere*. 3.º *Disputare*. 4.º *Legere*. 5.º *Scribere*. En torno de estos cinco medios, sin gran violencia, quiero reunir los capítulos que aún me resta extractar del libro «*De Cultura ingeniorum*».

**AUDIRE PROFESSOREM.** *Escuchar al profesor* (cap. XXIV, XXV y XXVI).—No excluye Possevino los procedimientos

<sup>25</sup> Ya vimos cómo Possevino demostraba que no son incompatibles las ciencias especulativas y los conocimientos humanísticos. Allí cita a Maldonado.

intuitivos, imágenes etc., principalmente para niños «*in quibus tamquam in molli cera species imprimuntur*». Ni los gráficos, dibujos de plantas en cuyas ramas y hojas se escriben los términos que han de aprenderse. Y aun recuerda que San Jerónimo escribía a Leta que enseñase a leer a su hija jugando, (*lusus ipse eruditio fit*) con letras de marfil o de madera. Mas el principal medio didáctico es la viva voz del maestro; y por tanto, la primera norma para aprender es *audire professorem, escuchar*, más bien que oír, estar atentos a la *explicación* del profesor.

Se supone, pues, que el profesor explica, no que dicta. Los que escriben al dictado, dice, si se dan de lleno a copiar, cuando bastaba tomar breves notas sobre algunas observaciones, sufren no leves perjuicios.

Uno de ellos es que como atienden sólo a escribir, sin detenerse a pensar y fijar en su mente las ideas, si pierden los apuntes se quedan sin nada absolutamente. Ocorre lo que dice el verso: «*quod si charta cadat, secum sapientia vadat*».

Además se estropea la letra y acaso el estilo. No raras veces el excesivo copiar daña a la salud. Y no es poco el tiempo que se pierde; o el dinero, si hay que pagar amanuenses. (Alude a la costumbre de la época).

En la Universidad de París, se prohibió a ciertos Doctores que dictasen sus lecciones «*ne auditorum manum potius exercerent, quam continenti explicatione mentem erudirent*»; prohibición, que el Legado Pontificio hubo de renovar más tarde.

REPETERE, DISPUTARE (caps. XXXI al XXXIV).—No

basta labrar el campo y depositar en él la semilla; ha de cubrirse ésta con la tierra. No desempeña bien su misión el maestro que no exige al alumno su tarea, la repetición, conferencia, respuesta, disputa, según los casos.

Respondiendo, los alumnos adquieren mayor confianza con el profesor, practican un acto de humildad, merecen que Dios les dé sus luces; y si proponen ellos sus dudas, hallará remedio su propia ignorancia.

Recomienda para ésto el libro duodécimo (cap. XV) *de locis communibus Theologicis* de Melchor Cano. Temas y preguntas han de estar al alcance del auditorio. Porque a la manera que daña a los oídos un ruido muy fuerte; y el exceso en el comer, al estómago; y una carga, pesada en demasía, al que la lleva; y al campo, las lluvias incessantes, los alumnos, por las preguntas indiscretas o muy difíciles, pueden salir perjudicados.

Es insensato querer someter a nuestro examen cuestiones que trascienden todo nuestro entender, dice San Cirilo de Alejandría; y San Agustín censura a los que pierden el tiempo disputando de cosas que nuestros mayores, con gran prudencia, creyeron conveniente dejar para la vida bienaventurada.

Evitando la temeridad, nada ha de enseñarse contra el sentir de la Iglesia Católica Romana, ni contra la piedad sólida. Y ántes de descender a la arena, antes de tomar parte en la disputa, es preciso prepararse por una seria reflexión. Como de la nuez la cáscara, (de ahí el nombre, *disputa*, dice Vives) podrá separarse lo falso, lo ambiguo, lo dudoso, quedando manifiesto lo que es ciertamente verdadero.



**LEGERE; la lectura** (caps. XXVIII, XXIX, XLVI y XLVIII).—Cuando llegaba a este punto, el P. Wernz, tan grave y tan serio, tan varonil y sencillo solía repetir con sonrisa, recalcando la frase: *cum moderamine inculpatæ tutelæ*. Porque si ha de resultar beneficiosa la lectura, ha de hacerse en buenos libros y con la debida moderación.

El profesor, como angel tutelar, y muy experto en lo que explica, ha de indicar las fuentes, ha de señalar buenos autores, haciendo notar en otros los errores y herejías. Para quitar la máscara a herejes y falsarios, escribió Possevino muchas de sus obras.

Si se alaba a los autores paganos se guardará cierta medida; y con el elogio de lo bueno, se advertirá el riesgo de lo malo. El mismo San Agustín se retracta de haber alabado a los platónicos «*quantum impios homines non oportuit*».

A fin de prevenir los males, se imprimen ediciones expurgadas. Y en las bibliotecas, sobre todo si tienen acceso a ellas los jóvenes, se hará con sumo cuidado el expurgo de libros.

No aprovecha, dice Séneca, tener muchos libros, sino que sean buenos, «*cum multitudo oneret, non instruat*». A los que sólo contienen sutilezas, son preferibles los que instruyen en la virtud. Ha de leerse con orden, lo cual ayuda a la memoria, y anotando lo más importante, como hacía Plinio.

**SCRIBERE; la escritura** (caps. XLIX a LIII).—Los ejercicios de composición, que tanto recomienda el «*Ratio studiorum*», en sus diversas clases y grados son de utili-

dad suma para aplicar las reglas, precisar las ideas y grabarlas en la memoria, aguzar el ingenio y pulir el estilo.

Possevino trata de la redacción de libros, de la censura, edición, propaganda y de la manera de conservarlos ordenadamente. Recogeremos tan sólo algunas advertencias.

El que escribe un libro no se deje llevar por impulso de la gloria mundana, con detrimento del premio en la gloria eterna.

A Trajano, le llamaban algunos «*herba parietaria*» parietaria, por su afán en verse inscrito en mármoles y monumentos.

Consulte primero con Dios por la oración, y pida el parecer de varones prudentes. Vea también si ha de ser útil, o no, lo que escribe, principalmente cuando hay ya mucho escrito sobre la materia. Someta su trabajo al buen juicio de examinadores; acepte humildemente su fallo.

Y si se viera juzgado con demasiado rigor por sus émulos, sufra con paciencia la condición humana. Preguntado Temistocles, si le parecía que había hecho algo grande, replicó: no, todavía no, pues aún no tengo envidiosos.

Gran obra de misericordia es difundir buenas lecturas. Alude Possevino a los herejes de su tiempo, cuyas insidias había que rechazar por medio de una intensa propaganda. Propone algunos medios, que hemos visto en su biografía: insinuar este apostolado a los penitentes; procurar que haya puestos de libros a propósito en mercados y reuniones, en populosas ciudades y centros marítimos.

Pone remate a su hermoso tratado «*De cultura ingeniorum*», con un capítulo (LIII) sobre la manera de conservar los libros y su colocación en las bibliotecas.

Los clasifica, por materias, conforme a la costumbre de entonces, en siete grupos: 1.º Teología. 2.º Filosofía. 3.º Medicina. 4.º Derecho Civil, (jurisprudencia). 5.º Historia. 6.º Oratoria, Poesía y Gramática. 7.º Enciclopedias (*apparatus*), Diccionarios, etc.

Y cita a Juan Mauborn, canónigo regular de San Agustín, quien ateniéndose a las palabras de David: *Disciplinam, bonitatem et scientiam doce me*, los clasifica en: Morales, piadosos (*devotionale*) e intelectuales.



## Teología Catequística

# Teologia Católica

de caridad en que han de estar como vista de en-  
 termos encasillados etc.  
 Gostando ambas sibilones coincide subalterna-  
 mente en la parte Catequística. Solo que de Colonia  
 divide varias capitulos de la de Roma. Pero la diferencia  
 mas notable consiste en que en esta se contiene la parte  
 de Fiestas y con Fiestas; mientras que en aquella  
 se halla solo un extracto distribuido en seis capitulos.  
 Respecto ahora a un plan el contenido de dicha

primera parte de la Teología Catequística, nos dice que  
 «El gran fin de esta Grande sibilone es su «Compendio»  
 la «Theologia Catechetica» constituye el libro cuarto  
 de la Biblioteca Selecta, de Possevino. Ya vimos la  
 razón de ese orden. ¿De qué sirve haber aprendido en  
 Seminarios y Universidades la Teología Positiva (lib. II)  
 y la Escolástica y Moral (lib. III) si no se utiliza en bien  
 de las almas?...

Y, como indica el subtítulo, comienza por evangelizar  
 a los que son miembros de la gran familia cristiana, los  
 fieles, los que pertenecen a la Iglesia de Cristo «*de juven-  
 dis Domesticis Fidei*». En libros posteriores trata de la  
 manera de ganar para Jesucristo a los herejes, los judíos,  
 los sarracenos, el mundo pagano.

Mas no todo el libro se refiere a catequesis. En la edi-  
 ción vaticana, desde el cap. XI trata de los Seminarios  
 y de algunos oficios eclesiásticos, como Párrocos, Obispos,  
 Nuncios y Cardenales; y en la de Colonia el cap. XVI, se  
 refiere a los hijos de los Príncipes, y los que siguen, hasta  
 terminar, se ocupan de las Asociaciones piadosas, prin-  
 cipalmente las de estudiantes, su organización, y obras

de caridad en que han de ejercitarse, como visita de enfermos, encarcelados, etc. <sup>1</sup>

Cotejando ambas ediciones, coinciden substancialmente en la parte Catequística. Solo que la de Colonia divide varios capítulos de la de Roma. Pero la diferencia más notable consiste en que en ésta se contiene la carta de Possevino a Ivón Tarterio; mientras que en aquella se halla sólo un extracto, distribuido en seis capítulos.

Reduciendo ahora a un plan el contenido de dicha primera parte de la Teología Catequística, nos place traer aquí el que nuestro P. Granada, propone en su «Compendio y Explicación de la Doctrina Cristiana».

Para ser verdadero cristiano se requiere *querer* (los Artículos inclinan nuestros corazones al amor y obediencia de Nuestro Señor); *saber* (los Mandamientos nos declaran lo que hemos de hacer); y *poder* (la Oración tiene por fin pedir la gracia y los Sacramentos tienen la virtud de darla).

Pues bien, para ser buen catequista, un catequista de verdad, hace falta: 1.º *Querer*. Y a este fin ordena Possevino los motivos de celo en general y los que con especialidad se refieren al Catecismo. 2.º *Saber*; y trata de la manera de catequizar, según San Agustín (*ratio docendi Catechismi ex D. Augustino*. Cap. IX); y luego, en varios capítulos expone su propio método, (*ratio alia*

<sup>1</sup> Ya, al hablar de la Biblioteca Selecta, dijimos que la edición príncipe, vaticana, es del año 1593 y la edición de Colonia del año 1607. La Teología Catequística tiene en la primera veinte capítulos, que llegan a treinta y cuatro en la de Colonia. En ésta lo referente a Seminarios se halla en el lib. V.



*docendi, ex auctore*). 3.º Poder, lo cual depende de las dotes personales del catequista, y, sobre todo de la gracia de Dios.

Publicamos en este trabajo: Primero, un resumen de los capítulos referentes al celo en general. Después, la manera de catequizar según San Agustín, ampliando un poco y ordenando, a nuestra manera, lo que Possevino incluye en su obra.

Por fin, la Carta a Ivón Tarterio. En ella ponemos epígrafes, hacemos resaltar algunos pensamientos, que pudieran muy bien transcribirse para recuerdo, estímulo y norma práctica; y añadimos algunas notas tomadas de varios autores y del mismo Possevino en otros lugares, y las observaciones que, reflexionando, a nosotros nos ocurren.<sup>2</sup>

No faltará quien estime un poco fatigosa la lectura de esta carta, en la que hay cosas anticuadas y otras muy peculiares de las circunstancias. Mas queremos traducir íntegro este documento, tan importante en la Historia de la Catequesis. Lo que parece anticuado puede aprovecharse todavía; y las circunstancias de lucha en que se hallaba entonces la Iglesia son en algún modo similares a las nuestras; y en una u otra forma suelen perdurar a través de los siglos.

<sup>2</sup> Varias ediciones se hicieron de la Carta a Ivón Tarterio, antes de incluirla en la Teología Catequística (Ed. Vaticana, caps. VI, VII y VIII). A veces se unía con el Canisio.

### Motivos de celo. (Caps. I y II)

Al modo que las semillas son muy pequeñas y para desenvolverse necesitan tiempo, las artes nobles, las grandes obras, suelen desarrollarse paulatinamente y tener pequeños comienzos.

En la gran obra de la salvación del género humano, el Divino Maestro eligió, *infirmi mundi*, a unos pobres pescadores como mensajeros del Evangelio. La conversión de las almas, la propagación de la Iglesia supone tiempo, trabajos y sacrificios, hasta el martirio.

Pide el Señor nuestra colaboración; y he aquí, dejando otros, tres motivos para corresponder generosamente al llamamiento divino:

1.º Voluntad de Dios es la santificación de las almas (1.ª Tes. IV-3). Quiere que todos los hombres se salven (1.ª Tim. II-4) y vengan al conocimiento de la verdad. Jesucristo padeció y murió *propter nos, homines et propter nostram salutem*. Justo es que demos satisfacción a sus deseos y cooperemos a esa gran obra, aun a costa de sacrificios.

2.º Enseñan las Sagradas Escrituras que tiene Dios peculiar cuidado de los justos y escucha sus oraciones y cumple sus deseos; *voluntatem timentium se faciet*. (Psal. CXLIV, 19). Quien convierte a un pecador le hace amigo de Dios. ¡Qué gracias no le obtendrá ese intercesor a quien ha reconciliado con su Padre!

3.º Ha puesto el Señor en nuestro corazón un deseo sincero y voluntad de servirle. Fomentado, con caridad,

ese germen divino, llegará a desarrollarse, bendecido por Dios, y dará su fruto en bien de nuestros hermanos.

Confirma ésto con ejemplos, en que parece más bien rebatir las falsas alegaciones, que a veces opone el desaliento.

Primeramente la escasez del fruto. Noé, dice, empleó cien años, nada menos, en construir el arca, en la cual se salvaron sólo ocho personas. Pero esas pocas repoblaron después toda la tierra. No crea, pues, que ha logrado escaso fruto quien consigue unir unos pocos con Dios, y los pone en sitio seguro. <sup>3</sup>

«Sólo ocho almas ganó para Cristo en Galicia el apóstol Santiago; su labor fué, sin embargo, bien provechosa. Porque esos discípulos convirtieron a toda Galicia y gran parte de España; y Dios hizo que, no queriendo escuchar al Apóstol cuando vivía, acudieran a venerar sus reliquias gentes de todo el orbe, implorando su protección durante siglos y siglos».

Si nos arredran las dificultades y los obstáculos, pensemos en los que hubieron de superar Abraham y Moisés para cumplir el mandato divino. Dios está con nosotros, no abandona a los que son instrumento de sus designios.

No temerá el sacrificio quien contemple a Jesucristo, azotado y coronado de espinas y clavado en la cruz, por salvarnos.

Puede uno juzgarse inepto para esa obra de la salvación de las almas. Mas, es Dios mismo quien, principal-

<sup>3</sup> *Non parum sciat, se profecisse, qui paucissimos cum Deo conjungit, eosque in tuto collocat.*

mente, ha de realizarla. Y se vale a veces de personas indoctas. Manifiesto es el caso del santo abad Antonio, quien, dejando por breve tiempo el desierto y viniendo a la ciudad de Alejandría, causó mayor estrago a los arrianos que el que hubieran podido causar los discursos más elocuentes de hombres más sabios.

Puede alguien llegar a figurarse, que trabajando con más moderación tendría vida más larga y ganaría más almas para Cristo. Si eso hubieran pensado los Apóstoles no habrían padecido el martirio, ni propagado tan pronto el Cristianismo. Ni los misioneros de Indias hubieran logrado tantas conversiones si se hubiesen reservado para vivir más tiempo.

Cómo se impide o retrasa el bien de las almas. (Cap. III)

En esta obra de la salvación de las almas, la causa principal que impide el éxito es no seguir el camino que trazó la Divina Sabiduría, el de la paciencia, pobreza y desprendimiento, por no haber gustado la dulzura y suavidad de la cruz de Jesucristo.

De ahí que algunos, movidos por el amor propio, buscan vanos honores y ser alabados por los hombres.

Otros se dan a estudios curiosos e inútiles, descuidando el ministerio que les fué encomendado.

O, poniendo trabas a la bondad divina, desaprovechan las ocasiones de hacer bien al prójimo.

Quizá se entregan a negocios seculares, con pretexto

de un bien falso, sin darse cuenta del precioso tiempo que en tales menesteres pierden.

Despreciando otros los consejos de sus superiores y de varones experimentados, pretenden valerse de vanos métodos, e ineficaces.

O abandonan el bien espiritual de los suyos, que en el orden de la caridad es lo primero.

O, buscando el descanso y propio bienestar, se olvidan de que en tiempo de lucha todos han de tomar alguna parte en la batalla.

O pierden toda esperanza de salvar a los que, entregados por entero a sus negocios, se preocupan poco del negocio del alma.

Por fin, algunos pierden ellos mismos la gracia; y el gusto y deseo de las cosas divinas. O, lejos de alegrarse del buen resultado de los trabajos de otros, se entristecen y tienen envidia por ello.

La misma enumeración de estas causas indica ya su remedio: (cap. IV). La humildad y propio conocimiento. Nada somos; todo se lo debemos a Dios. Ni siquiera podemos gloriarnos, dice Santa Catalina de Sena, de haberle rogado que nos diera la existencia.

Obedecer a los superiores, ocupar el puesto por ellos designado y seguir sus indicaciones es el camino seguro para alcanzar la victoria.

Unido el hombre con Dios, como el instrumento con la causa agente, será muy eficaz su acción y su palabra. Y si tiene la desdicha de separarse de Él por la culpa, detestando el pecado, lléguese a los pies del confesor.

Reflexiones, consejos  
y estímulos. (Cap. V)

Si a pesar de nuestros esfuerzos no logramos la conversión de las almas, pensemos: 1.º Que somos indignos de que, para tan alto oficio, se valga Dios de nuestro ministerio; porque fuimos tibios y negligentes en procurar la salvación nuestra y la de nuestro prójimo; y aun quizá dimos con nuestros pecados ocasión a su ruina.

2.º Si no podemos, como Josué, vencer a treinta y un reyes; podemos, como los exploradores, avisar y animar a los combatientes.

3.º Si ni aun a eso llegamos, podemos cuidar del bagaje, prestar a los operarios del Señor servicios humildes.

4.º Si por nuestras culpas pasadas no merecemos edificar el templo, podemos recoger materiales para que otros lo construyan en tiempo oportuno.

Tras estas reflexiones aconseja: a) Imitar a San Ignacio encomendando nuestras empresas a Dios, como si nada pudiéramos nosotros, y trabajando con empeño como si todo dependiera de nuestro esfuerzo. b) Recordando la caída de Orígenes, quien tanto hizo por los demás en tiempo de las persecuciones, se ha de tener santo temor y no descuidarse a sí mismo «*qui mittitur, caveat ne exeat extra se*». c) Con todo fervor y asiduamente, hemos de pedir al Señor que no mire a nuestros pecados, sino a la necesidad e inocencia de tantos niños. d) Conviene implorar el auxilio de aquellos santos que esparcieron la semilla evangélica, en aquellas regiones donde ejercemos nuestro ministerio. e) Muy bueno es

leer sus vidas, principalmente las de aquellos que más trabajaron y sufrieron. f) Se ha de recordar todos los días que el sarmiento, si se separa de la vid, no produce fruto alguno.

Como estímulo para no desmayar por las dificultades y sufrimientos propone la consideración de que con ellos se evitan, o disminuyen, las penas del purgatorio; y en cuanto a la recompensa del cielo no ha de ser por el fruto sino por el trabajo. El Apóstol dice: *unusquisque mercedem accipiet secundum suum laborem*; no dice *secundum suum fructum*. Santa Brígida pone una comparación. Si uno buscando granitos de oro contrata jornaleros para que de la orilla del río le traigan cestos de arena, no deja de pagarles el jornal porque no halle el oro que busca, si ellos cumplen bien su cometido.

## Manera de catequizar, según San Agustín <sup>4</sup>

INTRODUCCIÓN.—Había en Cartago un diácono, llamado Deogracias, dotado, sin duda, de ciencia, elocuencia y celo, pues le mandaban, con frecuencia, catecúmenos por la buena opinión que de él tenían; pero a veces se hallaba descontento y le parecía que notaba en sus oyentes cierta

<sup>4</sup> Tal es el título del capítulo noveno de la Teología Catequística. Los demás capítulos se incluyen en la Carta a Possevino, o los extractamos en las notas.

frialdad y cansancio. Deseoso de perfeccionarse, acudió a San Agustín pidiéndole le escribiese algo sobre este ministerio de la Catequesis.

Impellido el Santo por la amistad que le profesa y más aún por amor a la Iglesia, le contesta con tal abundancia que sus instrucciones forman un libro, el hermoso tratado *De Catechizandis rudibus*. Condensa Possevino este tratado en un capítulo de su Teología Catequística. <sup>6</sup> Ampliaremos nosotros, según dijimos, algunas ideas y proponemos el plan siguiente:

EXAMEN.....	{	Oficio y género de vida.
		Motivos de su conversión.
INSTRUCCIÓN.	{	Alegría del catequista.
		Fin de la instrucción.
		<i>Teoría</i> ... Materia que ha de enseñarse.
		Métodos y procedimientos.
		Normas especiales. (Acomodación).
		<i>Práctica</i> ... Catequesis extensa.
	{	Resumen.

EXAMEN.—Los que pedían ser admitidos en la Iglesia habían de ser sometidos a una prueba que acreditase su recta intención. Si ejercían cargos, o profesiones ilícitas, e incompatibles con la dignidad del cristiano v. gr.; gladiadores, comediantes, fabricantes de ídolos y aun otros oficios menos honestos, era preciso que re-

<sup>6</sup> 5<sup>o</sup> Cap. IX de la edición de Colonia. *Ratio docendi Catechismi ex D. Augustino*.



nunciasen a ese modo de vivir y que cambiasen de conducta. A los que habían practicado la magia se les probaba por más tiempo; a los esclavos, cuyo amo era cristiano, se les exigía buen testimonio de éste.

Mas no sólo se investigaban las circunstancias y género de vida, sino los motivos de su petición. Pueden darse tres casos: 1.º Cuando se ignora el ánimo con que el catecúmeno viene a instruirse. 2.º Cuando se sabe que el motivo no es bueno; pero exteriormente manifiesta que lo es. 3.º Cuando aun exteriormente manifiesta un fin menos recto.

He aquí cómo ha de proceder el catequista en cada caso:

1.º Ciertó que ignoramos cuándo viene con el espíritu el que corporalmente se presenta a nosotros; pero hemos de tratarle de modo que se forme en él esa voluntad, si no la tuviera. Y si la tiene nada perderemos; porque con nuestro proceder se afianza en ella, bien que no sepamos el tiempo y la hora en que comenzó su buena disposición. Conviene, sin duda, que, a ser posible, averigüemos cuáles son sus disposiciones y por qué motivos quiere abrazar la religión cristiana. Y si no hubiese otra persona que nos informe, hemos de preguntarle a él mismo para colegir, cómo hemos de instruirle, por las respuestas que nos dé.

2.º Si viniere con ánimo fingido buscando humanas ventajas, o huyendo de inconvenientes, mentirá él; pero nosotros hemos de basarnos en su mentira; no para quitarle la máscara, como habiéndonos dado cuenta del engaño, sino para aprobar la intención laudable y alabar

el buen propósito que manifiesta y lograr que halle gusto en ser realmente tal como quiere parecer.

3.º Y si dijere cosa muy distinta de lo que debe haber en el ánimo de quien ha de ser iniciado en la fe cristiana, reprendiéndole con blandura y suavidad y mostrándole el verdadero fin de la instrucción cristiana, se ha de procurar que quiera, lo que por error o simulación aún no quería. <sup>6</sup>

**ALEGRÍA DEL CATEQUISTA.**—Se quejaba el diácono de que le parecía desmayado y flojo su discurso, por lo cual, descontento de sí mismo pedía reglas sobre la manera de hacer la explicación. El santo Obispo después de probarle, por experiencia propia, que muchas veces lo que a nosotros mismos no nos satisface, agrada y aprovecha a los oyentes, añade que ese descontento puede nacer del desmedido afán de decir cosas nuevas, o con lenguaje florido. Se nos oye con mucho más gusto cuando nosotros mismos mostramos nuestra complacencia. <sup>7</sup> Y esa alegría hace que nuestra palabra sea más fácil y agradable.

No está pues la dificultad del negocio, dice, en determinar por dónde ha de empezar y hasta dónde ha de llegar la narración, sino en que el catequista esté alegre y enseñe de buen talante, *ut gaudens quisque catechizet*. Porque si en la limosna corporal ama Dios al que da con alegría (1.ª ad Cor. IX-7) ¿cuánto mas en la espiritual?

<sup>6</sup> *Faciás eum velle quod aut per errorem aut per simulationem nondum volebat.*

<sup>7</sup> *Multo gratius audimur, cum et nos eodem opere delectamur.*

¶ Pero que en tiempo oportuno no nos falte esa alegría depende de la misericordia de Aquél que nos manda tenerla. La caridad, difundida por el Espíritu Santo en nuestros corazones, nos sugerirá motivos y disipará la niebla de nuestros disgustos y tristezas cuando hayamos de catequizar.

¶ SEIS CAUSAS DE DISGUSTO, Y SUS REMEDIOS.—Dedica San Agustín cinco capítulos (del X al XIV) a exponer las causas de dónde suele provenir la tristeza y fastidio, e indica los correspondientes remedios.

1.º Nos deleita y agrada más, dice el Santo, lo que nuestra alma contempla en silencio; y nos contraría tener que instruir, sobre todo a gente ruda, lo cual nos obliga a bajar de la cima de nuestra contemplación para acomodarnos a su capacidad, trabajando en expresar por medio de rodeos, lo que con tanta prontitud concibió el entendimiento.

A lo cual responde: a) Recapacitemos bien cuánta ha sido la liberalidad de aquel Señor que nos dió ejemplo para que siguiéramos sus huellas (1.ª Petr. II-21). Por mucho que diste nuestra voz articulada de la vivacidad de nuestra inteligencia, dista infinitamente más la mortalidad de nuestra carne, de la grandeza de Dios. Y, no obstante, el Verbo Divino se anonadó a sí mismo, tomando la forma de siervo, hecho semejante a los hombres... (Ad. Phil. II-7) hasta la muerte de cruz. b) San Pablo, su fiel imitador, dice: «Si nos humillamos es por vosotros (2.ª ad Cor. V-13). Nos hicimos párvulos en medio de vosotros, como una madre para con sus hijos (1.ª ad Tes. II-7).

c) Pone el ejemplo de la madre, que, más que en comer ella misma, se complace en dar a sus hijitos trozos pequeños. d) Recuerda el ejemplo de la gallina que con ronca voz llama a sus polluelos y los cubre con sus alas decaídas (Mat. XXIII-37). e) Finalmente a los goces de la ciencia opone los de la caridad en procurar a otros, desinteresadamente, la salvación.

2.º Suele preferirse oír lo que otros dicen, mejor que hablar uno mismo. ¿Por qué? Por miedo, por temor de hacerlo mal, o de inducir a error a nuestros oyentes, o de ofenderlos con nuestras palabras. Ataja el Santo la causa de este mal, recomendando la pureza de intención; que invoquemos a Dios para que venga en nuestra ayuda y no busquemos nuestra gloria. Preparándonos bien no será fácil que incurramos en equivocaciones. Mas si advertimos algún error debemos corregirlo oportunamente, y si lo hubiesen notado los que nos oyen, se nos presenta ocasión de ejercitarnos en la paciencia y en la humildad.

3.º Si nos causa fastidio repetir muchas veces cosas ya muy trilladas y rudimentarias, tengamos amor de hermanos, más aún, de padres, y nos las hará nuevas el amor. ¿No experimentamos satisfacción y nuevo gozo cuando enseñamos un panorama o un edificio a unos forasteros, aunque, por la costumbre, otras veces pasábamos de largo, con indiferencia? Y el amor nos causa novedad y complacencia, tanto mayor cuanto más grande es el afecto que los tenemos y el contento que observamos en ellos. BA)

Si recorremos de nuevo las calles para guiar a uno que andaba perdido ¿con cuánta más alegría hemos de repetir las sanas doctrinas, aun las muy sabidas para nos-

otros y triviales, a fin de conducir por los caminos de la paz a un alma digna de compasión, hastiada con los desengaños del mundo, mayormente cuando nos lo manda el Señor mismo, que nos la encomendó?

4.º Cuando nuestra tristeza proviene de la indolencia y frialdad, que advertimos en nuestros oyentes, hemos de averiguar la causa de esa apatía. Puede originarse, a veces, del mismo cansancio corporal, v. gr.: por estar de pie; otras proviene de la falta de interés, porque tienen ya muy sabido lo que se les enseña; o, al contrario, porque nada entienden, o porque algún otro asunto les preocupa. Con gran maestría indica el Santo los remedios, como ofrecer asiento, y procurar hacer la instrucción interesante. Para ésto propone, entre otros recursos, la brevedad, las preguntas, los ejemplos, alguna agudeza que reanime o conmueva el espíritu; la oración sobre todo: *magis pro illo ad Deum, quam illi de Deo multa dicenda.*

5.º Si abate tu ánimo tener que dejar otra ocupación más gustosa y por eso te pones triste y enseñas con desabrimiento, has de pensar en que, ciertamente, es más razonable seguir nosotros la voluntad de Dios, que pretender que el Señor haga la nuestra. Aceptemos con gusto y hagamos nuestro el orden que Dios trazó en nuestras obligaciones. Porque muchos pensamientos hay en el corazón del hombre; pero la voluntad de Dios permanece eternamente (Prov. XIX-21).

6.º Por último contra la tristeza y perturbación del ánimo que procede de algún escándalo, sírvanos de consuelo considerar que con los nuevos catecúmenos, que se nos presentan, se nos ofrece ocasión de compensar las

pérdidas y «el que viene a ser iniciado quita la pena por el que desertó».

Y si nos invade la tristeza por el recuerdo de nuestras propias faltas, traigamos a la memoria que «así como el agua apaga el fuego, la limosna destruye el pecado» (Eccli. III-33). Por tanto, a la manera que si peligráramos en un incendio correríamos en busca de agua con que apagarlo y daríamos mil gracias a quien nos la pusiera cerca; así también, si levantó alguna llama de pecado el heno de nuestra carne y por eso estamos afligidos, alegrémonos si tenemos ocasión de practicar esta gran obra de misericordia, porque hemos hallado una fuente con que apagar el incendio. A no ser que neciamente juzguemos que con prontitud y alegría hemos de dar pan a un hambriento, y no la palabra de Dios que sustenta las almas.

Anádase que si nos aprovechara instruir, a los ignorantes, en la doctrina, pero no nos perjudicase el omitirlo, desgracia grande sería despreciar un medio tan necesario para la salvación del prójimo y tan útil para la nuestra; mas cuando el Señor nos amenaza tan terriblemente como al siervo perezoso (Mat. XXV-26) ¿qué locura, sería en fin la nuestra si porque nos acongoja el pecado quisiéramos pecar de nuevo, no repartiendo los tesoros a quien los necesita y los pide?

Con éstas, y otras consideraciones parecidas, habiendo acudido a la oración y movidos por la caridad, se temple el ánimo para que la catequesis tenga encantos y se reciba con agrado lo que se da con rostro alegre y con amorosa solicitud.

FIN DE LA INSTRUCCIÓN.—¿Qué fin ha de proponerse el catequista? Magníficamente lo expresa el Santo Doctor: La virtud, la práctica de las buenas obras, principalmente las tres virtudes teologales; fe, esperanza y caridad; las dos primeras con la mira puesta en la última. «*Propo- niéndote, pues, el amor de Dios como fin al que todo lo refieras, cuanto digas dilo de tal modo, que aquel a quien hables, oyendo crea, creyendo espere, y esperando ame*». Al mismo fin de la caridad se ha de encaminar el recuerdo de los beneficios, la esperanza del premio, el temor de los castigos.

Cristo murió por nosotros para que nosotros le amemos; y si éramos remisos en amar no lo seamos en corresponder al amor de un Dios, que nos amó primero y no perdonó a su Hijo unigénito sino que le entregó por nosotros. No hay mejor invitación al amor, que prevenir amando; y harto duro es el corazón de aquel que, si no quería amar, no quiere a lo menos corresponder al amor.

Y es muy de notar que, aunque los superiores desean verse amados por los inferiores, y les complacen sus amorosos obsequios, y cuanto más pruebas de amor reciben tanto más los aman, mucho más se enciende en amor el súbdito cuando se ve amado por el superior; porque ese amor es bien desinteresado en este caso, ya que no nace de la indignencia sino de la excesiva bondad.

Si, pues, el inferior desconfiaba de que el superior pudiese amarle, no cabe expresar cómo se encenderá en amor al manifestarle éste espontáneamente cuánto le ama, siendo así que él, ni siquiera se atrevía a prometerse tanto bien.

¿Qué superior más elevado que Dios, nuestro juez, y qué inferior más descorazonado que el hombre pecador?

Por tanto, si Cristo vino al mundo para que el hombre conociese cuánto le ama Dios, y conociéndolo se enardeciese en amor de aquel que le amó primero, y para que amase también a su prójimo, según el ejemplo y mandato de quien se acercó a nosotros cuando nos habíamos alejado de él por la culpa, toda la enseñanza ha de tender al cumplimiento de ese gran precepto de la caridad.

**MATERIA QUE HA DE ENSEÑARSE.**—Es triple y coincide con las tres virtudes que ha de inculcar el catequista; por más que, según acabamos de decir, la fe y la esperanza se ordenan a la caridad. Detenerse en la primera, o en la segunda, sería pararse en el camino, sin llegar al término a donde hemos de conducir al catecúmeno.

El mismo Santo Doctor afirma que quien no ama como debe, cree en vano, aunque sea verdadero el objeto de su creencia; espera en vano, aunque su esperanza le muestre la verdadera felicidad.

Consta, pues, la instrucción: 1.º De una sumaria narración de la Historia Sagrada, desde la creación del mundo hasta los presentes tiempos de la Iglesia, con lo cual se despierta la fe. 2.º Terminada la narración se ha de intimar la esperanza de la resurrección, refutando las objeciones de los infieles, y se ha de tratar del juicio final, del castigo de los impíos y de la gloria y felicidad



de los buenos». 3.º Por fin se han de traer brevemente a la memoria los preceptos de una conducta honesta y cristiana. La observancia de los preceptos es la mejor prueba de la caridad.

**MÉTODO Y PROCEDIMIENTOS.**—Observa muy atinadamente Bürgel <sup>9</sup> que San Agustín no exige para toda la catequesis, exclusivamente el método llamado histórico. Comienza, sí, por la narración la primera parte de su instrucción doctrinal; mas, respondiendo al diácono de Cartago, añade la exhortación y la declaración de los novísimos y de algunos preceptos.

Refuta algunas objeciones, discute las opiniones contrarias, previene al catecúmeno contra las burlas y escándalos de los impíos, cimenta su fe en argumentos sólidos.

La narración, según el Santo, ha de ser *completa, sumaria y pragmática*. «La narración es *plena*, dice, cuando comienza con aquello que está escrito: «en el principio creó Dios el cielo y la tierra» hasta los presentes tiempos de la Iglesia. Mas no por eso hemos de recitar literalmente, aunque lo supiéramos, todo el Pentateuco, los libros de los Jueces, de los Reyes y de Esdras, todo el Evangelio, y los Hechos de los Apóstoles, ni referir y explicar todo lo que dichos volúmenes contienen, cosa que ni el tiempo nos permite, ni exigencia alguna nos pide; sino hemos de reducirlos a un *sumario* general y escoger ciertos hechos más notables, que tienen mayor atractivo

9 Bürgel. *Die Schrift des hl. Aug. «De catech. rud.»* II-3.

y que constituyen los *principales acontecimientos de las diversas épocas*, los cuales no han de exponerse de una manera vaga, para quitarlos enseguida de la vista, sino con cierto detenimiento, desmenuzándolos y desarrollándolos, de modo que los oyentes puedan contemplarlos y admirarlos; los demás hechos, en cambio, se indicarán rápidamente. Así resaltarán más las cosas que deseamos encarecer, dando menos relieve a las otras; no fatigaremos a los oyentes, ni engendremos confusión.

Y no sólo han de narrarse los hechos, sino que se indagaran las razones y explican las causas; y todo se dirige a un centro que es Jesucristo, cabeza de la Iglesia. En este sentido la narración es *pragmática*, así como lo es en el fin. En todas estas cosas no sólo hemos de tener nosotros presente el fin del precepto que es la «*Caridad, de corazón puro, buena conciencia y fe no fingida*» (1.<sup>a</sup> ad Tim. I-5) a lo cual hemos de referir todo lo que digamos, si que también hemos de dirigir y encaminar al mismo fin el ánimo de aquel a quien instruimos.

Ni con otro objeto se escribió ántes de la venida del Señor todo lo que en las Sagradas Escrituras leemos, sino para encarecer su venida y prefigurar su futura Iglesia, o sea el pueblo de Dios extendido entre todas las gentes.

Al explicar las causas, razones y figuras «no hemos de hacerlo de tal modo que nuestro corazón y nuestra lengua, rompiendo el hilo de la historia, se precipiten en un laberinto de cuestiones abstrusas; más bien han de ser las razones como el oro que engarza las piedras preciosas, sin que hagamos perder de valor a los adornos mismos, por la superfluidad».

**NORMAS ESPECIALES.**—Antes de componer una plática modelo, como le pedía el diácono le expone el Santo la dificultad, por no tener presente al auditorio. Y expresa elocuentemente la gran regla de la acomodación, que sintetiza en estas palabras: «*cum eadem omnibus debeat charitas, non eadem est omnibus adhibenda medicina*». Caridad para con todos; pero a cada uno en la manera que convenga, aplicándole el remedio oportuno.

«Cuando hablamos importa mucho conocer si los oyentes son pocos o muchos, instruidos o ignorantes, o mezclados unos con otros, bien educados, o rústicos, o de ambas clases a un tiempo... Te aseguro de mí mismo, dice, que siento muy diversa impresión cuando veo ante mí para que lo instruya, un erudito, un ignorante, un ciudadano, un extraño, un pobre, un rico, un particular, un dignatario, una persona de ésta o aquella nación, edad o sexo, de ésta o la otra secta, con éstos o los otros prejuicios; y según la variedad de mis afecciones así comienza, prosigue y termina mi discurso.

Porque se deba a todos la misma caridad no ha de aplicárseles la misma medicina; pues la misma caridad da vida a unos, enferma con otros, procura edificar a éstos, teme ofender a aquéllos, se humilla con unos, se engríe con otros, es blanda con éstos, severa con aquéllos, de nadie es enemiga, es madre para todos».

Ateniéndose a esta norma de atemperarse a la clase y condición de los oyentes, dedica San Agustín un capítulo a la manera de catequizar a los eruditos, y otro a los gramáticos y retóricos.

Respecto a los eruditos conviene saber qué libros les

han sido más familiares; y proceder en consecuencia, refutando lo malo y aprobando lo bueno. «No se ha de emplear mucho tiempo, ni machacar con fastidio en las cosas que ya saben; se reducirán sencillamente a las menos palabras posibles, diciéndoles, por ejemplo, que nos parece saben ya ésto o lo otro; y se pasa por ello ligeramente, repitiendo por encima aquellas cosas que se inculcan a los indoctos; para que lo que ya sepan lo oigan, sin que nos demos tono de maestros,<sup>10</sup> y si lo ignoran lo aprendan» sin herir su amor propio.

A los gramáticos y retóricos, que forman como una clase media entre los ignorantes y los doctos, se les ha de recomendar mucho la humildad y que eviten con más cuidado los vicios de las costumbres que los de las palabras. Se les ha de inspirar afición a las Sagradas Escrituras, no obstante la sencillez de su elocuencia. Las sentencias son de más valor que las palabras, como el alma vale más que el cuerpo. Y así como debemos preferir los amigos prudentes a los hermosos, deben preferirse los discursos verdaderos, a los que se componen tan solo de rebuscadas elegancias. Dios penetra los corazones; y por tanto, para El las mejores palabras son los afectos del alma.

LA PRÁCTICA. MUESTRA DE UNA CATEQUESIS.—Después de las acertadas normas que San Agustín explica en su tratado, las pone en práctica en dos catequisis: una más extensa; la segunda es un resumen de la anterior. No

<sup>10</sup> *Non tanquam a doctore audiat.* (Cap. VIII-12).

siéndonos posible transcribirlas daremos una idea del plan.

Teniendo en cuenta los seis días de la creación y que el séptimo Dios descansó, señala al hombre como fin de su vida y objeto de su felicidad el día séptimo, el descanso en Dios. A este fin llega el hombre por Jesucristo.

El Redentor fué prefigurado en el Antiguo Testamento, que divide en cinco períodos: 1.º De Adán a Noé. 2.º Desde Noé hasta Abraham. 3.º Desde Abraham hasta David. 4.º De David hasta la cautividad babilónica. 5.º Hasta la venida de Jesucristo. Muestra en ellos la omnipotencia, bondad, justicia, paciencia y misericordia del Señor. <sup>11</sup> El sexto período abarca desde la venida de Jesucristo hasta el fin del mundo.

Luego que ha narrado la vida del Salvador, su muerte y resurrección, la venida del Espíritu Santo, las persecuciones y triunfos de la Iglesia hasta su tiempo, por el cumplimiento de las profecías aviva la fe en que se cumplirán las cosas que aún quedan por realizarse. De esta manera pasa a tratar del juicio y de la resurrección, de los premios y castigos eternos, y termina exhortando a la práctica de las virtudes y a precaverse de los paganos, judíos, herejes y malos cristianos, procurando tener amistad con los buenos y seguir sus ejemplos <sup>12</sup>.

11 V. Katschener. *Katechetik*, pág. 6, n. 2.

12 «Imita a los buenos, sufre a los malos, ama a todos, porque no sabes cómo serán el día de mañana los que hoy son malos», dice San Agustín al final de su obra. *Homines ergo bonos imitare, malos tolera, omnes ama, necis quid cras futurus sit, qui hodie malus est.*



INTRODUCCIÓN

# Carta de Possevino a Ivón Tarterio

sobre la necesidad, utilidad y  
manera de enseñar el Catecismo





INTRODUCCIÓN <sup>1</sup>

**C**on toda el alma, doy incesantes gracias a la bondad divina, que cada día os impulsa a pelear más decididamente y a proseguir la carrera que ha de mereceros el galardón eterno de la bienaventuranza. Como intrépido luchador defendéis con valor la verdad y, lejos de tenerla cautiva, la ponéis sobre el candelero, para que

---

1 *Epistola ad Ivonem Tarterium, maioris Ecclesiae Trecensis in Gallia Decanum, qui postea a Calvinianis haereticis interfectus est.*

Fué Ivón Tarterio, Deán de la Iglesia mayor, o Catedral, de Troyes, capital de la Champagne, antigua provincia de Francia. Le incluye Possevino en su *Apparatus Sacer* (vol. 2, pág. 551). No cita de él más que la versión francesa de la vida y pasión de una santa mártir *Zanchea*.

En cambio, aunque rápidamente, traza algunos rasgos biográficos que hacen grata en extremo la persona de este capitular, a quien llama «*Optimus sacerdos, et doctus*», con quien tenía gran amistad. Dice que el año 1575, con motivo del Jubileo, fué a Roma (*cum*

todos vuestros conciudadanos la vean y glorifiquen a Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo.

Animo, pues, y seguid adelante, con santo celo, en la empresa que habéis comenzado. Y no os arredren los ataques de vuestros adversarios que, como las olas contra las rocas, se estrellan contra vos, sin doblegar vuestra constancia. Muy pronto el Señor benignísimo mandará a los vientos y sobrevendrá una gran calma.

Según me manifestáis en vuestra carta del 20 de agosto <sup>2</sup>, tan llena de sabias reflexiones y para mí tan grata, continuáis trabajando a todo remo por llegar al puerto. La sabiduría infinita de Dios recoge de esta manera frutos más abundantes, y os brinda buena ocasión para hacer callar a los que hablan falsedades, y ejerci-

---

*anno Jubilei 1575 venisset Romam, Religionis causa*). Por esa fecha el P. Possevino residía en la Casa Profesa de dicha ciudad; y dijimos que su cargo de Secretario del P. Mercuriano, no le impedía ocuparse en algunas obras de celo. Tarterio «hizo confesión general de toda su vida, cosa que ya había hecho antes, más de una vez; y fortalecido con el auxilio divino y los consejos de aquel con quien se había confesado, volvió a su Deanato y se dió de lleno a enseñar el catecismo a los niños, y a educarlos en la piedad; y a los ochenta canónigos, a quienes presidía, los animaba continuamente a que se ejercitasen en toda clase de obras buenas». Los Calvinistas no pudiendo soportar esa actividad en persona de tan edificante y prestigiosa conducta, le asesinaron cruelmente. «Era pequeño de estatura y grande en el celo.

2 *Decimo tertio Kalend. Septembris*. Como no expresa aquí el año, se entiende el mismo de la contestación, 1576; y no 1575, como ponen a veces.

taros vos mismo en la paciencia, mereciendo así brillante e inmarcesible corona. Bien sabéis que la verdad impugnada, mas defendida con fortaleza cristiana, arraiga más profundamente en el ánimo de todos, y saldrá triunfante cuando llegue el tiempo señalado en los designios de la Providencia. Pues si alguno se hiciere sordo a esa verdad, la cual clama por boca de los niños, que *tienen sed de Catecismo*,<sup>3</sup> la longanimidad de Dios se hará más patente, al continuar enviando su luz a los que la rehusan, y colmando de bienes a los ingratos. Pero llegará por fin un día en que la harán justicia sus mismos enemigos, ellos que hubieran merecido la recompensa eterna del cielo, si hubiesen sido razonables y rendido honor a la verdad.

---

3 Las palabras de Possevino «*Catechismus sitiunt*» nos recuerdan las del Profeta en sus Trenos: «los niños pidieron pan; *parvuli petierunt panem*». Y también las de Nuestro Señor Jesucristo: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia». Porque la enseñanza del Catecismo tiene por fin la justicia, la práctica de las virtudes todas, y principalmente la caridad.

## CAPÍTULO PRIMERO

### Necesidad de la enseñanza del Catecismo

Alentando a muchos, con esa vuestra decidida constancia, espero que hemos de conseguir lo que tanto nos interesa, a saber: que en nuestra causa no se nos tenga por de inferior calidad y más flojos que los herejes en la suya, ni realmente lo seamos. Ellos a sangre y fuego introdujeron por todas partes su Catecismo, plagado de pestilentes errores, con grandísimo daño de ese Reino; mientras callaban, cuando más necesario era que hablasen, aquellos que ahora, bien importunamente, aguzan sus lenguas contra la enseñanza católica, sin saber siquiera lo que dicen, y qué daño tan grande se causan a sí y a otros. Si hablando en defensa de un bien tan necesario, en el cual estriba la seguridad y bienestar de los reinos, me extendiere más de lo justo en rebatir las argucias de semejantes hombres, espero que sabréis soportarlo, ya que tan afable y bondadosamente me habéis invitado a que trate de ello.

Respecto a lo que ellos afirman «que el mejor modo de procurar el bien del pueblo cristiano es que todos continúen viviendo en aquella sencillez con que fueron educados», ésto podría haber valido para los herejes, cuando por vez primera acometieron con adulterados catecismos el alcázar de la fe católica; pero prohibir el antídoto cuando se ha diseminado el veneno y se desliza por todas partes ¿qué es ésto sino oponerse a la salvación de las almas e impedir con toda saña que el nombre de Dios sea conocido? <sup>4</sup> Por otro lado, aun prescindiendo de que con ese reparo van contra los Concilios generales, cuya autoridad, en frase de San Agustín tan saludable es para las almas; contra los Papas, Vicarios de Jesucristo; contra los santos y sabios Padres; contra los mártires; y por fin, contra la práctica constante de las más renombradas Iglesias, no deben desconocer que antiguamente no podía ofrecerse a Dios, en sacrificio, animal alguno que fuera cojo, o ciego.

**LA IGLESIA, ENEMIGA DE LA IGNORANCIA RELIGIOSA.**— Aunque la Iglesia tenga en buena estima la fe de los sencillos, rechaza sin embargo, y justamente condena, la ignorancia de aquellos que son negligentes en aprender lo necesario para salvarse; porque está escrito en el Libro divino «*el ignorante será ignorado*». <sup>5</sup> Por eso hizo la

---

<sup>4</sup> Es el argumento del «*Judam non videtis?* ¿No veis a Judas, que no duerme?» que desarrolla San Pedro Canisio al dedicar su *Opus Catechisticum* al Prelado de Wurzburg.

<sup>5</sup> *Si quis autem ignorat, ignorabitur* (1.<sup>a</sup> ad Cor. XIV, 38).

Iglesia recitar públicamente el Símbolo Apostólico, y mandó a sus pastores que predicasen la doctrina, e instruye también con las sagradas ceremonias. A ello contribuyen tantos escritos y los ejemplos de los mártires para que, como dice San Clemente «los males que acumuló la ignorancia los disipe brillantemente la instrucción». Y añade: «Como la práctica hace desaparecer la torpeza en el obrar, y cesa la vacilación cuando hemos hallado el camino seguro, así es necesario disipar las tinieblas con la fe verdadera e instrucción cristiana». La ignorancia es el negro manto de las tinieblas, que nos oculta la verdad, y extraviándonos nos hace incurrir en pecados.

Son también de gran peso las razones que aduce San Agustín, probando la necesidad de conocer las verdades que hemos de creer para salvarnos.

Como «el justo vive de la fe» y «con el corazón se cree para justificarse y con la boca se confiesa para salvarse» (Rom. X-10) exige la fe, de nosotros, el ejercicio del corazón y de la lengua. No podríamos vernos libres de la malignidad de este mundo y alcanzar la eterna justicia, si no nos ocupásemos en la salvación del prójimo, profesando con las obras la fe que confesamos con la boca. Y hemos de prevenirnos cuidadosamente para que esa fe no pueda ser adulterada en nosotros por las fraudulentas maquinaciones de los herejes.

*Si bautizado quiere decir iluminado; y ésto lo mismo que libre de las tinieblas ¿cómo podrá tenerse por iluminado el que aún permanece envuelto en las tinieblas de la ignorancia? «Éramos tinieblas los que ahora debemos*

ser luz en el Señor» dice, con el Apóstol, (Ef. V-8) San Clemente de Alejandría.

Tampoco tienen presente aquel texto del Apóstol «revisámonos de Jesucristo», o sea: démosle a conocer por todos los medios, por las obras, la palabra, el ejemplo. Él, que enseñaba, dialogando con los niños, y con el joven, que le preguntó qué haría para conseguir la vida eterna, y con la Samaritana, y que preguntó a Marta y a otros muchos si creían y cuál era su fe y les instruyó acerca la manera de orar y de la confianza que habían de tener en la oración y de lo que habían de hacer, esperar y temer, fué el mejor catequista.

Se olvidan también de que San Pablo dice a los Corintios (1.ª Cor. III-2) que les ha dado leche, como a niños, que les ha instruído en los primeros elementos con que comienza la vida cristiana.

Los catecúmenos son del todo deudores a sus catequistas. Y es tan gran beneficio enseñar estas verdades de la vida espiritual, que los pastores de almas, fieles y constantes en el desempeño de su ministerio, pueden prometerse no sólo una admirable recompensa en el cielo sino también estimables ventajas en la tierra.

**OTRO REPARO. LA INSTRUCCIÓN CRISTIANA HA DE COMENZAR DESDE LA NIÑEZ** <sup>6</sup>.—Paso ya a tratar de las demás dificultades.

---

<sup>6</sup> En el cap. VII de la Teología Catequística (ed. de Colonia) resume así los motivos para instruir y educar cristianamente a los niños: a) Porque son los predilectos de Jesucristo, la porción esco-

tades que os presentan. Obligados por sólidos argumentos, confiesan vuestros adversarios que en los primitivos tiempos de la Iglesia se enseñaba el Catecismo a los que se preparaban para ser bautizados; y nada más justo, pues eran adultos, capaces de entender los sagrados misterios. Pero «no es admisible que párvulos y escolares aprendan de memoria la doctrina contenida en el Catecismo católico». Para que esta objeción se destruya por sí misma, no es preciso que invoque la necesidad de los tiempos, que para nuevos males halló siempre nuevos remedios, ni que aduzca la autoridad de la Santa Iglesia Católica, ni multitud de testimonios; veamos la cosa como es en sí misma: en la Iglesia primitiva no sólo se bautizaban los adultos, sino que también los niños eran recibidos en su seno, como se hace hoy día, por el santo Bautismo.

Admitido ésto, y dada la práctica unánime de aquellos primeros siglos del Cristianismo de que todos fuesen afianzados en la Religión católica por medio de la instrucción catequística no cabe duda de que también a los párvulos se les hacían las preguntas bautismales, aunque ellos no las entendiesen, ni fueran capaces de contestar;

---

gida por el Señor. b) Son la simiente del pueblo cristiano. c) Al ser bautizados se les dió un padrino que les enseñase la ley cristiana. d) Reciben sin prejuicios la doctrina; y como su corazón no está dañado, arraiga en él profundamente. e) La doctrina inculcada en sus corazones es el mejor antídoto contra el pecado, los errores y herejías. Ellos, cuando mayores, propagarán la doctrina, instruyendo a otros.



para ésto se les daba como fiadores los padrinos, los cuales respondían en su nombre.<sup>7</sup>

**TESTIMONIOS QUE LO PRUEBAN.**—Que antiguamente se bautizaba a los párvulos, y que, por tanto, luego que hablaban, eran instruídos en la doctrina y preceptos del Señor lo prueban testimonios de gran autoridad como el de San Dionisio Areopagita, San Justino Mártir, Tertuliano, Orígenes, San Ireneo y el Concilio de Gerona (año 517, c. 5). Ya San Clemente Romano, contemporáneo de los Apóstoles y sucesor de San Pedro, amonesta expresamente a los que tienen a su cargo la educación de los niños que los instruyan en la disciplina del Señor; y ésto desde la misma infancia. «Enseñadles, decía el autor de las Constituciones Apostólicas, desde la niñez, las palabras del Señor, instruidles en la Sagrada Escritura y en los preceptos divinos»; añadiendo, que si por negligencia de los padres los hijos son arrastrados al vicio, se hacen aquellos reos de la ruina de sus almas y no sólo de sus almas, sino que aun a veces son causa de su muerte pre-

---

<sup>7</sup> Los Concilios y las Capitulares de los Reyes Francos mencionan la obligación que incumbe a los padrinos, en defecto de los padres, de educar a sus ahijados en la religión, enseñándoles el Símbolo Apostólico, la Oración Dominical, etc. Por lo cual fueron excluidos de dicho oficio los que ignoraban las verdades más importantes de nuestra fe. Y habiéndose encontrado en Lieja Carlomagno, con ciertos padrinos, que no sabían el Credo ni el Padre Nuestro, les prohibió desempeñar su cargo hasta que los aprendieran de memoria (*Migne Patrol Lat. XCVIII-917*).

matura. Lo que atribuye San Justino a que los padres no cumplen el deber de corregir, que les incumbe. Es digno de consideración lo que San Dionisio Areopagita (Eccl. Hier. 3) dejó escrito con otro fin; pero que viene muy bien a nuestro caso: «a los párvulos que no son instruidos en la doctrina del Señor, les acontece lo mismo que al que muere antes de nacer, que se queda privado de luz y de vida, cual sucede a los abortos que nacen muertos, los cuales jamás llegan a su desarrollo, ni podrán ser arreglados cuidadosamente por mano de comadre.

Y si buscamos razones en los libros de los gentiles, no dejará de admirarnos que hombres iluminados con la luz de la fe, y doctos por otra parte, no vean más claramente que aquéllos, que guiados sólo por la razón, e impulsados por la fuerza de la verdad, afirmaron constantemente, que la salvación del Estado en este solo punto estriba: en la buena educación de los niños. Lo puso de manifiesto Licurgo por el ejemplo de dos perros; y lo enseña el proverbio de que «vale mucho acostumbrarse desde la niñez» «y es más difícil instruir al hombre caído en el error, que al ignorante sin prejuicios». ¿No dijo Aristóteles en su «Política» que no va poco, sino todo, en cómo haya sido cada cual instruido desde la niñez? ¿No se aplicaron desde la más tierna edad a la Religión y servicio divino los egipcios, los persas y otros pueblos? Los filósofos, como Pitágoras y otros, pensando en la ley impresa en la conciencia del hombre ¿no han enseñado esa ley a otros? ¿Y cuánto más lo hicieron los profetas, y antes que ellos Dios mismo que quiso no sólo que todos

conocieran sus preceptos, sino que también se enseñase a los hijos de Israel la religión de la Pascua? (Exod. XII-26). De modo que *si fué necesario que aquellos conocieran la figura y la sombra, no podían los hijos de los cristianos desconocer la gracia y la verdad* de la nueva Ley. Estas cosas les sucedían a ellos en figura, y están escritas —y hemos de enseñarlas— para nuestra corrección, nosotros que nos hallamos al fin de los siglos. <sup>8</sup>

JESÚS NUESTRO MODELO. LA NIÑEZ.—¡Pero adelante; varón optimo! Aduciré aún en favor de los huérfanos y niños otras razones y ejemplos; y clamaré incesantemente con el Señor: «Dejad que los párvulos vayan a Cristo», dejad que se les enseñe el Catecismo vosotros que guardais las llaves de la ciencia; dejad que entren en el atrio del Señor, mientras permanece aún en su corazón el respeto a sus padres y el poder de la obediencia; mientras con el barro tierno es fácil formar los vasos

---

8 Estas palabras, tomadas de la Carta primera del Apóstol a los Corintios (X-11) significan «que nos hallamos en la sexta edad del mundo, en la última edad» y así las interpreta Santo Tomás, en su comentario a este pasaje. Ya vimos en el tratado «*De Catechizandis rudibus*», cuáles son las seis edades o épocas. Otra interpretación da el Doctor Angélico a las palabras *in quos fines saeculorum devenerunt*: «nosotros en quienes por la fe y el amor en Jesucristo se acabó la afición a las vanidades del siglo, o sea del mundo, *finita est saecularitas*». Y en este sentido podríamos decir: más que nadie nosotros, que creemos en Jesucristo y le amamos y estamos despegados de las vanidades mundanas, hemos de procurar que todos, principiando por los niños, conozcan y cumplan la ley del Señor.

escogidos para Dios, cosa que sería imposible si lo dejáramos enfriar y endurecerse; mientras la juventud se deja instruir en las leyes, como afirma Aristóteles. La experiencia os habrá probado cuán difícil es grabar los primeros principios de la Doctrina en aquellos corazones duros por una larga costumbre de pecar y por el abandono y olvido de las prácticas piadosas.

Y ¿qué hará el varón de deseos en medio de tanta relajación de costumbres? ¿Qué recurso habrá más fácil y menos arriesgado para sostener la sociedad entre tantas perturbaciones y ruinas? El único que nos queda es empezar por instruir a los niños y cultivar esas tiernas plantas de Nuestro Señor Jesucristo. Los pueblos con el ejemplo de las buenas obras se excitarán a la práctica de las virtudes. Y se les predicará la piedad, la caridad, la diligencia, cuando la pereza, la envidia y la impiedad se han introducido en sus ánimos desde la cuna para sofocar en ellos la religión y para armar las manos de los padres contra los hijos y las de éstos contra sus padres. No hubieran seguramente ocurrido estos males si se hubiesen corregido los síntomas que suelen preceder a las perniciosas doctrinas del Catecismo de los herejes, doctrinas, a su vez, precursoras de males incalculables. Se hubiese alejado el mal no sólo refutando las malas doctrinas, sino empleando sus mismas armas, enseñando el Catecismo, lo que hubiera sido más fácil; y ejercitándose en obras de piedad.

ESTRAGOS DE LA IGNORANCIA RELIGIOSA EN LA JUVENTUD.—  
En efecto, no hay camino por donde más se perjudique

a la Religión cristiana como el que la juventud esté infestada por los pecados, de cualquier clase que sean; pero, principalmente cuando ha bebido el veneno de los errores, el cual crece tanto más en fuerza para la impiedad y apostasia, cuanto más avanza el hombre en edad.

Pues, como dice San Agustín, las nueces, y bolitas y pájaros de los pedagogos pasan a ser el oro, posesiones y esclavos de reyes y gobernantes; a medida que crecen en edad se hacen más culpables, y a la palmeta suceden mayores castigos (Confes. I-19). Por eso no tengo reparo alguno en afirmar, que con ningunas armas se ha combatido tan fuertemente a la Iglesia como cuando Juliano, el apóstata, abrió las escuelas de los impíos y cerró las de los cristianos.

También el Profeta (Jer. XIII-23) o más bien Dios por el Profeta, atribuye el cautiverio del pueblo de Israel a la ignorancia de las cosas divinas; y en otro lugar afirma que es muy difícil obrar bien, cuando se ha aprendido a obrar mal. Lo mismo nos asegura San Agustín, hombre de tan gran talento, diciendo que de muy niño había oído palabras de vida eterna, y que le había quedado impreso profundamente el nombre de Cristo, con el cual su madre había nutrido su tierno corazón, al mismo tiempo que le nutría con su leche. San Gregorio cuenta en sus Diálogos (IV-18) aquel caso tremendo para los padres, que un niño de cinco años fué muerto por Satanás en el seno de su mismo padre, a cuyas blasfemias-estaban acostumbrados ya sus blandos oídos, blasfemias que profería a veces con su propia boca; y que fué arrojado a los infiernos. Pues si la ponzoña de la blasfemia puede in-

troducirse en tan tierna edad no cabe duda de que pueden los niños aprender mucho mejor los principios de las cosas celestiales; y que por omitirlo se les deja caer en los lazos de Satanás.

Estas razones movieron a Carlomagno a fundar centros de educación en las iglesias, y escuelas junto a los templos, donde siervos y libres con los estudios de las ciencias aprendiesen la Religión cristiana; y rogó a Obispos y predicadores que enseñasen lo más importante para la salvación.

**DEL ENEMIGO EL CONSEJO.**—*Es, pues, la mayor deshonra, ya que no digamos impiedad, ver que los niños de los turcos aprenden el Alcorán de Mahoma; que los judíos, cegados todavía con denso velo, leen casi desde la cuna la Sagrada Escritura, como lo testifica, de su tiempo, Orígenes; que los herejes, en fin, enseñan a los párvulos, so capa de piedad sus falsas y ponzoñosas doctrinas, las cuales nunca o con dificultad abandonan, mientras los cristianos desconocen los rudimentos de la fe, que con el orden más fácil se exponen en los catecismos católicos.*<sup>9</sup>

Juzguen, por consiguiente, los que tienen el espíritu de Cristo si será consejo prudente querer que los niños gusten hasta las heces la copa de la herejía y los vicios, antes que beber la leche de la divina sabiduría. Si los

---

<sup>9</sup> El P. Granada en el «Prologo Galeato» a su «Guía de pecadores» dice: «Una de las cosas, más para sentir, que hay en la Iglesia Cristiana es la ignorancia que los cristianos tienen de las leyes

niños que se presentan por vez primera en la Iglesia, cuando aún no saben hablar, hacen profesión de fe, por boca de sus padrinos en orden a la salvación eterna, *deberá ciertamente horrorizarse el que llamándose discípulo de Cristo ignora los artículos que profesó.*<sup>10</sup> Pues si se exige el Catecismo antes de bautizarse, es, sin duda, abuso intolerable que después de bautizados no conozcan su profesión, como sería vergonzoso para un soldado no conocer las ordenanzas militares, después de haber jurado la bandera. A fin de no dar a los niños manjares pesados, en vez de leche, indicaremos, más adelante, qué se les ha de enseñar. Entretanto, téngase por muy cierto que *nada mejor puede hacerse para bien de la sociedad que enseñar a los niños la salvadora doctrina del Señor, y acostumarles a recitarla luego que comienza a despertarse su inteligencia y que se sueltan las trabas de su lengua.* De este modo jamás vendrá a tierra la casa fundada sobre roca firme, y cuando el joven pueda dar a usura los talentos que le han confiado, no renegará de su patria con perversas doctrinas y malas costumbres.

---

y fundamentos de su religión. Porque apenas hay moro ni judío que si le preguntáis por los principales artículos y partes de su ley, no sepa dar alguna razón de ella. Mas entre los cristianos (que por haber recibido la doctrina del cielo la habían de traer más impresa en lo íntimo de su corazón) hay tanto descuido y negligencia, que no solamente los niños, mas aun los hombres de edad, apenas saben nada de esta celestial filosofía».

10 *Qui Christi discipulus dici vult, horreat se professionem suam ignoret.*

**ANTÍDOTO CONTRA LA PERFIDIA.**—San Agustín es testigo irrecusable de lo que sucede a los que se entregan a vicios rastreros y costumbres degradadas, cuando deberían buscar un ideal elevado y practicar las virtudes. A más de que, si los animales irracionales, guiados sólo por su natural instinto corren a las yerbas contrarias para librarse del veneno que tragaron, el mortífero veneno del error se ha de contrarrestar con el antídoto de la enseñanza cristiana; y a la perfidia, que todo lo invade, nosotros, iluminados por la razón y por la fe, hemos de oponer la doctrina ortodoxa como barrera infranqueable. Ni hay para ello edad más a propósito que la de la niñez; pues *son los niños semilla del pueblo cristiano, porción escogida del Señor*; y sus corazones cuanto más tiernos, repletos de los dones del Cielo, conservarán por más tiempo su suave perfume; mayormente porque amparan a la inocencia los Angeles y la Virgen Santísima, Madre de Dios, y el Señor mismo, que se complace en recibir de su boca la alabanza.

**LA NATURALEZA Y EL ARTE; EJEMPLOS.**—Lo mismo enseña la naturaleza, que interesa a los labradores por las plantas más tiernas y aguza el ingenio del hombre para domesticar a los animales salvajes y acostumarlos al trabajo desde muy jóvenes, sin esperar a que lleguen a la madurez. También las artes se aprenden más fácilmente desde la edad más temprana; y teniendo todas las ciencias sus principios, su orden y sus métodos, los que profesan la ciencia más necesaria y ejercen el arte de las artes, como dice San Gregorio, o sea el cuidado pastoral



de las almas <sup>11</sup> han de utilizarlo y llevarlo a la práctica en la formación de los corazones cristianos. Además, debiendo creer firmemente los principios de nuestra fe, y ya que esta fe puede acrecentarse y robustecerse, ninguna de estas dos cosas conseguiremos más fácilmente, que inculcando estas verdades en la infancia y ejercitando con frecuencia el espíritu en actos de dicha virtud, cuando, ni el pecado, ni la falsía han tenido aún entrada en el alma. Y como el hábito constituye una segunda naturaleza, si la religión católica hubiera de costarnos un día el sacrificio de nuestra vida, no seríamos cobardes y vacilantes en confesar nuestra fe.

○ No habría, ciertamente, en otro tiempo, aquel hijito seguido de buen grado los pasos de su madre, llevada al martirio, si no hubiese oído frecuente y ordenadamente la doctrina celestial. Ni se tributarían alabanzas a los padres de Santo Domingo de Guzmán y a un tío de éste si no le hubiesen educado desde niño en la santidad; a él, que con el ejemplo de su vida y la antorcha de su palabra había de disipar las tinieblas de los albigenses e iluminar al mundo cristiano con el brillo de su luz. Tampoco los príncipes cristianos más esclarecidos, dejando ahora a Josías, Salomón y otros de los tiempos antiguos, habrían podido realizar hechos tan notables en apoyo de la religión y de la justicia, si no hubiesen procurado sus padres imbuir sus tiernas almas en la doctrina sólida de

---

11 *Regulae Pastoralis Liber. Pars I c. 1. «Ars est artium, regimen animarum».*

los varones santos. San Luis que desde su infancia oía repetir a su buenísima e inteligente madre: «hijo mío; más quisiera verte muerto, que el que cometieras un pecado mortal», fué tan de veras religioso que Francia no ha tenido un monarca más santo, ni conoció el mundo mayor rectitud en un rey. Atalarico, mientras seguía los consejos de su madre y de Justiniano daba fundadas esperanzas de ser uno de los príncipes mejores; pero desde el momento en que dejóse seducir por el influjo de hombres livianos cayó en el abismo de los placeres y de los vicios deshonestos.

**PELIGRO DE PERVERSIÓN.**—Razón tiene Hesiquio cuando dice que a la manera que un niño inocente, y sin malicia alguna se pone contento al ver a un prestidigitador, y fascinado por sus juegos y entretenimientos le sigue sin darse cuenta; así también los sencillos y rectos corazones, criados por Dios, se van, en pos de las fugaces sugerencias de Satanás, y engañados abrazan gustosos lo malo, creyendo que es bueno. ¡Ojalá que mientras el corazón de los niños, blando como la cera, recibe con facilidad las impresiones, no vieran sus ojos mas que imágenes honestas y oyeran sus oídos los afamados hechos de los varones santos, mejor que los poemas inmorales —que son la perdición de la juventud— o las acciones de hombres impíos! Por eso muy juiciosamente prescribió Platón que las amas no enseñasen a los niños cualesquiera cuentos; porque hay algunos, en verdad, que pudieran muy fácilmente corromper sus tiernos corazones.

Los daños y perjuicios que se han seguido de la inob-

servancia de estas reglas, más fáciles son de llorar que de corregir. Pues ha llegado, por desgracia, el tiempo en que los jóvenes y muchachas de los herejes insultan a los más renombrados teólogos y reniegan de todo lo santo; y aun los que llevan el nombre de católicos se atreven a blasfemar públicamente en los pueblos, en los albergues; y hasta en el templo, a lo menos con su actitud descarada y sacrilega cuando se celebran sobre el altar los más augustos misterios. Lo que los griegos llamaban augusto y terrible, los hombres irreligiosos, de hoy se desdeñan en llamarlo santo; y desprecian a los magistrados, e insultan a los sacerdotes, de modo que si viniera un escita o un tracio y los juzgase por sus obras, no sé que pensaría—exceptuando siempre a los buenos— de sus padres, padrinos, maestros y pastores.

De aquí proviene otra gran calamidad al cristianismo. Si la conociéramos bien, nadie habría de corazón tan duro que no emprendiese con todo empeño la tarea de enseñar la doctrina. Se halla el peligro en las continuas incursiones de los turcos para llevarse cautivos a los cristianos. Consiguen arrebatarnos en gran número y los transportan al Asia y Africa. ¿Qué tiene de extraño que pierdan la fe y abandonen la religión y no tarden en armarse contra Cristo y sus seguidores, esos infelices que jamás han aprendido lo que han de creer, ni saben acudir a Dios para que les ayude en su necesidad y les dé fortaleza en los tormentos?<sup>12</sup>

<sup>12</sup> Este argumento tiene hoy mucha fuerza, aplicado a los emigrantes. ¡Cuántos pierden la fe por completo y se hacen indife-

Ni porqué muchos vivan lejos de las costas expuestas a la piratería o eviten el comercio con esos hombres enemigos del nombre de cristiano, ni porque rara vez vayan a los mencionados países, ni en fin aunque sea raro que los habitantes del continente sean llevados cautivos a las regiones de turcos, moros e islas de herejes, han de creer que semejantes razones no van con ellos, y que les importa menos aprender y enseñar el Catecismo; ya que si en alguna parte es necesario, lo es ante todo en las populosas ciudades.

No menores perjuicios trae el descuido de la enseñanza del Catecismo en ese vuestro reino de Francia, donde los herejes se han apoderado de tantas ciudades y pueblos, en los cuales muchos católicos, ora sea por miedo, o bien por ignorancia no sólo sufren ya resignados su tiranía y sus insultos, sino que alaban su gobierno tiránico y anticatólico, lo cual es síntoma manifiesto de reprobación.

Esto ocurre porque no se pusieron en sus corazones, durante la juventud, los fundamentos de la fe, y ahora desgraciadamente se han apartado de Cristo y de su Iglesia. Y paso por alto a muchísimos que han venido a parar al ateísmo; del cual es muy difícil que salgan, si aprendido lo que han de creer ni saben ni quieren aprender. Por eso se necesita en su necesidad y por de fuerza enseñarles, y aun se alistan en sociedades o sectas enemigas de la Iglesia! Véase lo que en nuestro «Tratado de Pedagogía Catequística» (ed. 4.<sup>a</sup>, pág. 612) decimos de la obra laudabilísima de Mons. Scalabrini, «apóstol del Catecismo», como le llamó Pío IX; *catequista* de los italianos que emigraban a América.

Dios clementísimo no les ampara con especial misericordia.

**OTRAS CONSECUENCIAS.**—Esto también es causa de que la eficacia del Bautismo, <sup>13</sup> tan manifiesta en los adultos, que lo recibían, no se deja ver apenas en nuestros niños; pues por culpa y negligencia de los padres, ántes de ser educados en la piedad, se ven enredados en los vicios que contristan al Espíritu Santo, que recibieron al ser bautizados.

A fin de precaver un mal tan grande solían confiarse a los monasterios los hijos de los nobles para que fuesen educados cristianamente, como ocurrió en tiempo de San Basilio, San Benito y San Gregorio Magno.

A ello se añade que muchos han llegado a una edad avanzada sin haber conocido siquiera la importancia y efectos del Sacramento de la Confirmación y no lo han recibido, a sabiendas y voluntariamente, no obstante haberseles presentado ocasión oportuna; y creen no cometer en eso la menor culpa. Así, no es de extrañar que a la menor presión de los herejes, no permanezcan firmes en

---

13 El Concilio de Trento (en la sesión XXIV, cap. 7 de Refor.) «a fin de que los fieles lleguen con más reverencia y devoción a recibir los Sacramentos, manda a todos los Obispos, que no sólo cuando ellos por sí mismos se los administren al pueblo, expliquen antes su eficacia y uso, según la capacidad de los que los reciben, sino también procuren observar lo mismo, con piedad y prudencia, todos los párrocos».

la fe, sino más bien caigan en la herejía y sigan el triste camino que el desventurado Novaciano. <sup>14</sup>

Por fin ¡cuántos clérigos hay, que instruidos en la religión desde la niñez y habiendo aprendido con afán la Doctrina Cristiana nos sirven de edificación por su virtud y vida piadosa y pura, y a no recibir esa educación esmerada serían piedra de escándalo para la heredad de Jesucristo y habrían tenido en menos estima y reverencia el altar, que las tabernas y mesas profanas!

**GERSÓN. SU APOLOGÍA DEL CATECISMO.** <sup>15</sup>—Dicha necesidad de enseñar el Catecismo se demuestra también con el testimonio de los más afamados teólogos, con poderosas razones, y con brillantes ejemplos. Comenzaremos por Gersón. Este hombre notable en la época en que el cisma más horrendo afligía y perturbaba a la Iglesia, consciente

14 Novaciano había recibido el Bautismo, hallándose en peligro de muerte, pero como escribe San Cornelio, restablecido de su enfermedad no completó su instrucción cristiana, ni recibió la Confirmación. Su carácter ambicioso le hizo pretender la Sede Pontificia; y habiendo sido elegido, San Cornelio, se hizo consagrar obispo por tres obispos indignos, y se proclamó Papa contra el verdadero Pontífice. Incurrió en varios errores, restringiendo la potestad que tiene la Iglesia de perdonar los pecados y aun negándola en cuanto a los ya bautizados. Escribe San Ligorio, que tuvo la triste gloria de ser el primer antipapa, originando la escisión en la Iglesia Romana (*Istoria dell'eresie*. Bassano, 1773. Tom. 1, pág. 36).

15 Juan Charlier, conocido más por Gersón, lugar de su origen en la diócesis de Reims, fué el primogénito de una numerosa familia de labradores. Nació el año 1363. Dedicado al estado ecle-

de que con dificultad se llegaría a la pacificación de los espíritus, si no se restauraban las escuelas cristianas para la juventud, tomó él mismo el cuidado de instruir a los niños en la fe y en la piedad, siguiendo y practicando aquel consejo de San Bernardo: «donde reina el amor, el trabajo no se hace pesado, sino que causa gran placer». Al punto de emprender Gersón esta santa obra de la catequesis, le asedia una turba de detractores que no podían soportar que tan gran teólogo y predicador, y además gran Canciller de la Universidad de París, se ocupase en

---

En ese mismo momento presento mis planes

siástico, estudió con gran aprovechamiento Filosofía y Teología. Por su virtud, su prudencia y extraordinario talento, mereció ser nombrado sucesor de D'Ailly en el difícil cargo de Canciller de la Universidad de París, el año 1395, cargo que desempeñó hasta el Concilio de Constanza (1414-18) en el cual representó a la Sorbona y al Rey de Francia. La educación religiosa de los niños y del pueblo fué uno de los cuidados constantes de Gersón. Predicaba en francés, con mucha frecuencia, y escribió en lengua vulgar gran número de tratados de educación e instrucción cristiana. La reforma de los colegios agregados a la Universidad, las escuelas para las cuales escribió reglamentos, la infancia expuesta a muchos peligros fueron objeto incesante de sus desvelos. A ejemplo de San Gregorio, enseñaba el Canto y la pronunciación latina a los Clérigos jóvenes. Y, desde 1419, en que, después de haberse refugiado en Alemania regresó a Francia, vivió en Lyon en el monasterio de Celestinos, consagrándose por entero a la instrucción y confesión de los niños, y a escribir varias obras, entre otras el hermoso tratado *De Parvulis trahendis ad Christum*. En el retiro y apostolado de la niñez halló una paz y consuelo del alma como no había experimentado hasta entonces. Murió el 12 de julio de 1429. Mereció el título de doctor excelente, cristianísimo, y también suavísimo, dote que le infundió con la educación su piadosa madre.

este ministerio, que tan poco útil les parecía y sin brillo, muy trabajoso, en cambio, e importuno por la corta capacidad infantil. Entonces este siervo fiel de Dios, en defensa de los pequeñuelos, cuya causa había patrocinado el mismo Jesucristo, escribió el libro: *De trahendis parvulis ad Christum*. E impulsado por el divino espíritu y bien persuadido de que la ciencia hincha, si no se encierra entre los límites de la humildad y de la caridad, comenzó ese tratado, precioso más que el oro, con aquellas palabras de Jesucristo: «Dejad que los niños se acerquen a mí».

En ese valioso opúsculo presenta numerosas razones con las cuales claramente demuestra que ha de ser especialmente misión de teólogos dedicarse a este ministerio de catequizar a los niños.

He aquí cómo se expresa: «*Son los niños como vasijas nuevas, aptas para conservar mejor el perfume del licor que en ellas se echa; son aún tiernas plantas que fácilmente se inclinan a donde desea el diestro jardinero. No sucede lo mismo con los mayores, cargados de días malos, los cuales antes de doblegarse se quebrarían, y llegarían a morir sin corregirse de sus inveteradas malas costumbres. Si puede, dice Jeremías, el etiope mudar su piel y el leopardo sus colores, también podréis vosotros obrar el bien, habiendo aprendido el mal* (cap. XIII-23). Por consiguiente, si según ésto, para emprender la reforma tan necesaria en las costumbres de los cristianos hemos de comenzar por la buena educación de los jóvenes ¿dónde podrá hacerse con mejores resultados que en esta renombrada ciudad de París? Aquí, en efecto, se hallan



jóvenes estudiantes que un día se dispersarán por todos los reinos y que serán excelentes maestros y educadores, principiando por los de su misma casa. Síguese de ello, que los mayores enemigos de la Iglesia y los que más hacen por destruirla y preparan los caminos al Anticristo, son los que con palabras o con hechos, secretamente, o en público se oponen a los designios amorosos de Jesucristo que dice: *Dejad que los niños se acerquen a mí*.

Más adelante añade: *«Todos los días vemos que se incita a los niños uno tras otro, al mal, con toda clase de provocativas palabras, sin que nadie lo contradiga, ni haya quien les haga ver las ventajas de las virtudes, con lo cual podrían enardecerse en deseos del bien. Los niños, en fin, atormentados por voraz hambre espiritual, piden pan, y no hay quien se lo parta, y hasta tratan muchos de impedir que otros se lo distribuyan.*

No era, en verdad, ésto lo que enseñaba Jesucristo; no era esa su conducta cuando en su afán por atraer las almas se comparó a la gallina, que, en frase de San Agustín, *es el animal que más enferma por amor a sus hijos, pues por ellos deja caer sus alas, se encrespan sus plumas, enronquece su voz lastimera, se olvida de comer, y defiende a sus polluelos con un denuedo, tan superior a sus fuerzas, que parece increíble.* Y nosotros, que pretendemos llamarnos imitadores de Cristo, ¿nos descuidaremos en esta obra de encaminar los niños hacia el divino Señor, aguardando, en vano, tiempo más a propósito para catequizarlos, mientras dejamos transcurrir los meses sin hacer cosa alguna? No lo permita Dios.

Muchas maneras hay de llevar los niños hacia Jesucristo; pero las principales son: 1.ª La predicación pública. 2.ª La exhortación privada. 3.ª La enseñanza en la escuela. 4.ª La confesión sacramental; y ésta es la más propia de la Religión Cristiana. Piense cada cual como le plazca, que yo sencillamente creo que *una confesión bien hecha es el mejor y más eficaz medio de dirigir los niños a Cristo*.

Gersón, después de dar algunas convincentes respuestas a los que reprendían la costumbre de confesarse con frecuencia, prosigue en el mismo capítulo diciendo: «Alguno, tal vez, me dirá a mí y a los que se ocupan en instruir a los niños, y en oír sus confesiones: —Gastáis el tiempo inútilmente. —¿Por qué? les pregunto. —Porque, dicen ellos, los niños mienten y fingen y vuelven a caer pronto en las mismas culpas. —Mas respondiendo, ante todo, a esta última objeción, replicamos que también los mayores, sin exceptuar siquiera a los sacerdotes, vuelven a caer con frecuencia en pecado sin que dejen por eso de confesarse. ¿Por ventura, el marinero encargado de limpiar el fondo de la nave desiste de su trabajo, porque éntre otra vez agua, a medida que la va quitando? *Luchamos contra los vicios, dice Séneca no para vencerlos, sino para no ser vencidos por ellos*».

Y para que nadie se imagine que aquel ilustre Canciller y teólogo insigne inculcaba este humilde y fructuosísimo ministerio únicamente a los directores de la juventud, oigamos lo que dice luego: «*¿Habrá quien se admire de que nos amenace un gran cataclismo religioso y social cuando son ya muchos los que tienen por indigno de un*

*teólogo, de un famoso literato, o de hombres vestidos de alguna dignidad eclesiástica que se dediquen a la enseñanza de la doctrina, sobre todo a los niños? A mí mismo, a quien tienen por competente en esta materia, me lo echan en cara y me tachan y ridiculizan por ello.*

Me parece, en realidad, estar viendo a los discípulos del Señor, cuando, poco formados aún en las cosas celestiales, padecían el mismo error y trataban de impedir que presentasen los niños a Jesucristo, creyendo indigno que tan gran maestro y doctor se ocupase en ministerio tan humilde».

Habiendo Gersón respondido a estos reparos, añade haciéndose cargo de las dificultades de aquellos que decían quererle bien: «Me reprenden a mí, o a mis niños, queriendo impedir nuestro trato. Y apoyan su modo de proceder en varias razones principalmente en las cuatro siguientes: 1.<sup>a</sup> Alegan la gran diferencia que va de mis costumbres a las de los niños. 2.<sup>a</sup> Dicen que la dignidad de mi cargo podría emplearse mejor en ministerios más elevados. 3.<sup>a</sup> Ponderan también lo importuno del lugar y tiempo. 4.<sup>a</sup> Temen que mis émulos han de reprocharme que me ocupe en un ministerio, en el cual jamás tomaron parte alguna mis antecesores». <sup>16</sup>

---

<sup>16</sup> He aquí unas máximas tomadas de la consideración cuarta «*de apologetica pro baculo meae defensionis*» del Gran Canciller de París que resuelven esas objeciones. 1.<sup>a</sup> Para obtener fruto me haré niño con los niños, por el amor. Porque, «si falta el amor (*quid proderit instructio dum nec libenter audient, nec dictis credent, nec*

Finalmente habiendo resuelto esas dificultades de sus amigos aquel varón virtuoso prosigue: «Los adversarios motejarán esta novedad, de curiosidad, de hipocresía, de tiempo perdido, de excesiva ligereza y otras cosas por el estilo. Nada de eso se me oculta, todo lo tengo pensado, y he meditado bien sobre ello. ¿Qué hombre distinguido hubo jamás cuyas acciones no fueran censuradas, ni estuvieran sujetas a torpe y torcida interpretación? Ruego a todos, sin embargo, por aquella gloria que esperamos y les suplico encarecidamente ante el tremendo tribunal del justo juez, Dios, Señor nuestro, que en este ministerio me juzguen, según la norma de Jesucristo, por los frutos, ya que *nadie sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está dentro de él* (1.<sup>a</sup> ad Cor. II-11). Y si en la doctrina, o en la práctica, hallaren algo falso, impúdico, o malvado, ténganme por lobo rapaz, con piel de oveja. Mas si los frutos de la buena obra aparecen ma-

---

*imperatis obedient?)* ¿de qué sirve la enseñanza, si no me escucharán con agrado, ni creerán lo que les diga, ni harán lo que les mande?»

2.<sup>a</sup> «Después de vuestro ejemplo ¡oh piadosísimo Jesús! ¿quién se avergonzará de ser humilde con los niños? Creo yo que tal vez en el púlpito podría trabajar con más pompa que en la catequesis; pero no con tanta eficacia, ni con tan copiosos resultados».

3.<sup>a</sup> «Quien considere atentamente cuán abundante es la cosecha y cuán pocos los operarios, verá que no puede perderse para este ministerio día alguno, ni hora, ni oportunidad».

4.<sup>a</sup> Nada de nuevo ni extraordinario tiene este oficio; pero si lo tuviera responderé con el proverbio: *Suus cuique mos est*.

nifiestos, no condenen, les ruego, como interiormente perverso el árbol de la intención; de lo contrario incurrirán en el aborrecible pecado de juzgar temerariamente a sus hermanos y escandalizarán a los párvulos impidiendo de esta manera que vengan a Cristo. Los que así se condujeran llevarán en adelante el peso de un pecado, en el cual no tendré yo parte alguna». Hasta aquí el célebre Canciller de París; ¿qué no hubiera dicho del catecismo católico si hubiese oído lo que nosotros hemos comprobado con la mayor amargura, que niños muy jóvenes, por haber leído el catecismo de Calvino, atestado de errores, impugnaban públicamente la fe católica y oponían a la verdad, herejías que apenas se hallaban al alcance de los mismos teólogos?

EL DOCTOR ANGÉLICO. EL CATECISMO TRIDENTINO.—Y ¿qué no diría Santo Tomás de Aquino, que escribió un libro contra los que apartaban a los hombres del estado religioso? No podía aquella lumbrera de la Iglesia tolerar que los que se sentían llamados por Jesucristo a la contemplación de las cosas celestiales se vieran arrastrados por el mundo a las cosas vanas de la tierra; ¿cuánto menos hubiera tolerado que los niños y pueblos enteros de gente sencilla, pero hambrientos de instrucción religiosa, se viesen excluidos de la enseñanza de la doctrina católica, sin la cual se derrumbaría todo el edificio de la Iglesia de Cristo. Estos dos profundos teólogos procuraron por el mismo camino conjurar la negra tempestad que su despejado talento y buen corazón veían cernirse sobre la

Iglesia Católica; Santo Tomás con el opúsculo que publicó «*De los Artículos de la Fe y de los Sacramentos*». <sup>17</sup>

En tiempo en que el Cisma de Bohemia estaba en su mayor efervescencia mandó el Sumo Pontífice que los alemanes fuesen instruidos por ese libro. Gersón, más tarde, procuraba prevenir el mal con un «*Compendio de Teología*» y otro escrito que publicó con el título de *Opusculum Tripartitum*. <sup>18</sup> Mas viendo que ya por entonces se descuidaba la instrucción cristiana de niños y adultos, suplica oportunamente a los señores Obispos que manden a sacerdotes y maestros explicar dicho libro y a todos los seglares y a los monjes que lo aprendan; y que las verdades principales se escriban en algunas tablas, las cua-

---

17 «*De Articulis Fidei et Ecclesiae Sacramentis*». Lo escribió a ruegos del Obispo de Palermo. En él expone brevisimamente la doctrina de la Iglesia, y se extiende más en la enumeración de los errores, precisando así el alcance de los dogmas cristianos. Dice que los Sacramentos han de incluirse en el cuarto artículo, perteneciente a la Divinidad, que trata de Cristo Salvador y de la gracia. pero los expone aparte, porque de ellos le preguntan con especialidad.

18 *De praeceptis decalogi, de confessione, et de arte bene moriendi*. Este opúsculo llegó a ser la norma de catequización en Francia. Francisco de Luxemburgo, Obispo de Mans, en una instrucción, prescribe que los domingos al leer un capítulo de esa obra no se celebre Misa para que los fieles atiendan mejor a la lectura. (K. B. 1910, pág. 19).

les han de ponerse a la vista de todos, en las iglesias, ermitas, monasterios, hospitales, etc.

También el Santo Concilio de Trento, en el Catecismo que dispuso se publicase para los párrocos, después de haber exhortado a los pastores de almas a que se dedicasen con celo a tan santo ministerio, añade: «Ni ha de mostrar nadie menos solicitud y desvelo en la enseñanza, porque, a veces, sea necesario instruir a los oyentes en aquello que parece humilde y sencillo, cuya explicación suele disgustar especialmente a los que se dedican a la contemplación de cosas más sublimes. Porque si la misma Sabiduría del Eterno Padre descendió a la tierra para que en la humildad de nuestra carne nos enseñase los preceptos de la vida celestial ¿a quién no impulsará la caridad de Cristo a hacerse pequeño entre sus hermanos y a desear, cual tierna madre para sus hijos, la salvación de sus prójimos, con tal afán, que a imitación del Apóstol (1.ª Tes. II-8) no solamente ansie enseñarles el Evangelio, sino aun dar por ellos la vida?»

**NO APARTÉIS DE JESÚS A LOS NIÑOS.**—Por fin, he de traer aquí lo que dejó escrito un hombre muy docto, Palacio <sup>19</sup>,

<sup>19</sup> Pablo de Palacio, natural de Granada, insigne teólogo de aquellos tiempos (*App. Sacer.* II, pág. 229), escribió en elegante latín un comentario del Evangelio de San Mateo, impreso primero en Lyon en 1569 y luego en Salamanca en 1571. Después se hicieron varias ediciones. Escribió también una *Catena Aurea*, comentarios sobre los Profetas Menores y el Eclesiástico. Además publicó en

exponiendo aquel pasaje del Evangelio: «Y los discípulos los reprendían». «¿Quién no se pasma, dice, al ver que los discípulos de Cristo impiden que los niños se le acerquen? Si el diablo, la carne y el mundo lo hubiesen impedido, no me extrañaría; pero que los discípulos hagan el oficio de demonios, apartando del Salvador a los niños ¿a quién no afligirá ésto? El espíritu de Cristo reúne a los polluelos bajo sus alas y clama; si alguno es niño, que venga a mí. Que el Señor diga: venid a mí, y que los discípulos lo impidan, y eso a los niños, que son los que más necesitan del amparo de Jesucristo, ¿quién lo podrá tolerar? Pero ésta es la triste realidad; pues ni antes, ni ahora faltan quienes se empeñan en apartar de Cristo a los niños, cuando debían emplear todos los medios para llevarlos a Él. Si ellos desean con ansia honores, riquezas y placeres, les inclinan a desearlos, y de esa manera los alejan de Jesús. Casi no me atrevo a decir que muchos de ellos no pueden sufrir que los niños recen con frecuencia y confiesen y comulguen; ¿no veis que a semejanza de los discípulos quieren apartar a los niños, de Jesucristo? Para confusión suya oirán al Salvador, que les dice: «Dejad que los niños se acerquen a mí, y no queráis impedirselo, que yo quiero morir por ellos y me sacrifico por ellos y les abro las puertas del reino de los cielos; dejadlos, pues, que vengan a mí. Y así como tienen su gozo

---

español un breve comentario a la Suma de Santo Tomás, con una carta prólogo del P. Granada.



en estar conmigo, yo hallo mis delicias en bendecirlos y abrazarlos y acariciarlos... ¡Cuán seguros están los que se hallan en brazos de Jesucristo! ¡Cuánto temerán el demonio y el mundo con sus errores y sus vicios a los que están con Jesús!»<sup>20</sup>

Hasta aquí el citado autor.

## CAPÍTULO SEGUNDO

20 Puede valer este argumento contra los clérigos poco amantes de la Catequesis. Húbolos en tiempo de Ivón Tarterio, como cuando escribió Gersón su tratado. Pero el impedir que los niños se acercasen a Jesús fué debido a que estaba instruyendo en particular a los apóstoles y no querían ellos que los niños interrumpiesen la lección. (Véase nuestro «Tratado Elemental de Pedagogía Catequística», ed. 4.ª; pág. 546).

## CAPÍTULO SEGUNDO

### Utilidad de la enseñanza

### del Catecismo

Aunque no nos impeliera a la enseñanza del Catecismo aquella laudable costumbre de los Santos Padres, felizmente restablecida, ni la autoridad del Santo Concilio de Trento, aunque no nos movieran a ello los ejemplos de un San Panteno, mártir, San Cirilo de Jerusalén, San Gregorio Niseno, y de todos aquellos que plantaron, el Cristianismo en Oriente, y lo propagaron y defendieron siempre, nos bastaría considerar en sí misma esta obra y recordar las innumerables ventajas que todos los días vemos reporta a la Iglesia de Dios.

**VENTAJAS PARA EL CATEQUISTA Y LOS CATECÚMENOS.**—*¿No observamos, en efecto, que los catequistas pasan muy fácilmente a ser grandes y no intrincados predicadores, porque primero se habían acostumbrado a exponer con orden y claridad, al pueblo y a los niños, los divinos*

misterios? <sup>21</sup> ¿No sabemos que algunos párrocos, que ántes por miedo, o tal vez por falta de instrucción no se atrevían a emprender decididamente el grave y principal ministerio de la predicación, después, enseñando el Catecismo se han hecho bien aptos para distribuir a todos el pan de la buena doctrina? ¿No tomamos por señal muy cierta de que ayos y maestros educan a sus discípulos en la verdadera piedad y fe ortodoxa el verlos muy solícitos en enseñarles de memoria la doctrina contenida en el Catecismo católico?

Y ¿no está a la vista de todos, que los padres, llevados por el amor a sus hijos, no sólo vienen al templo con más gusto y escuchan a sus pastores con más respetuosa atención, sino que se hacen más cuidadosos en enseñar y preguntar a sus hijos las verdades religiosas? <sup>22</sup>

Y aun a los mismos niños ¿no los vemos aficionarse más y más a las cosas celestiales, y tener mayor fervor cuando se dirigen a Dios por la oración y cuando invocan el patrocinio de los santos, a medida que van dándose cuenta de la grandeza y majestad de las cosas divinas?

<sup>21</sup> Desarrolla este argumento Dupanloup en una de sus admirables conferencias al clero de su Diócesis acerca del Catecismo. Y prueba cuánto vale ejercitarse en la catequesis para llegar a ser no sólo buenos predicadores, sino además buenos confesores y pastores de almas. (*L'Œuvre par excellence* 10.<sup>a</sup> entretien).

<sup>22</sup> «Ganando los corazones de los niños, se ganan las repúblicas», dice el Beato Juan de Avila. Y el Sr. Cardenal Cos cuando era Arzobispo-Obispo de Madrid-Alcalá, en una Pastoral que escribió acerca de la Catequesis (20 sept. 1900) hace resaltar cómo por medio de los niños se atrae a los padres, logrando su estima y gratitud.

En una palabra: ¿cuántas almas se conservarán fieles a Dios, si tomamos posesión de ellas por medio de la instrucción católica, antes que se apoderen de sus inteligencias y de sus corazones inocentes los seductores herejes!

**BIENES QUE REPORTA A LA IGLESIA Y A LA SOCIEDAD.**—De la enseñanza del Catecismo proviene que los eclesiásticos traten más santamente los Sacramentos y actos de culto divino; y los reyes no tienen vínculo más poderoso para unir consigo los corazones de sus súbditos. Mientras que, por el contrario, aquellos que, desde niños, tuvieron la desgracia de ser instruídos en falsas y perversas doctrinas, han sido siempre los enemigos capitales de los reyes y de los pueblos, de los padres y de los buenos pastores de almas. Llegaron, por fin, a conocer estas ventajas Fernando, emperador y hermano del emperador Carlos V, y los demás príncipes católicos de Alemania, los cuales para sostener el imperio, que se derrumbaba, dieron de común acuerdo aquel edicto mandando que se enseñase a todos la doctrina del Catecismo. Y desde entonces vemos que se han fundado Colegios en Praga, Viena, Dillingen, Wurzburg, Ingolstadt, Innsbruck, Colonia y otras ciudades, donde hay numerosos luteranos, husitas y anabaptistas, para que aprendan el Catecismo católico. Los

23 Este adelantarse es el mejor procedimiento para prevenirse contra errores y vicios. «*Cito occupetur divinis, ne subintret mundus et diabolus, quibus in baptisate renuntiavit*», dice un Concilio Provincial de Viena (Schüch-Polz *Pastoraltheologie*, pág. 183).

envían sus padres, de buen grado, a dichos Colegios, diciendo, que *si ellos y sus hijos acudieron a los herejes y sectarios fué porque muchos ministros católicos habían abandonado por completo una enseñanza tan trascendental, como es la doctrina cristiana*; y ántes que quedarse sin idea alguna de la religión, prefirieron ser instruidos, aunque exponiéndose a peligrosos errores.

Otro ejemplo, tan brillante como reciente, de ésto mismo nos ofrecen las noticias que nos llegan de las Indias <sup>24</sup> donde los niños convertidos a la fe católica, habiéndose acostumbrado a cantar a coro, públicamente, de día y de noche, por las calles, los puntos principales de la Doctrina, como suele hacerse en Italia y España, supieron sufrir después grandes tormentos por confesar esa misma fe y hasta dieron con valor su vida en defensa de Jesucristo.

Lean, si no, los varones piadosos las *Vidas de los Santos* que acaba de publicar Surio, monje cartujo, las cuales ya conocéis seguramente; y también el primer *Libro* del ilustre portugués Diego Paiva <sup>25</sup>, escrito contra

---

24 San Francisco Javier, en sus misiones en Goa, procuraba adoc-trinar a los niños a fin de ganar para Cristo a los mayores. Su método de catequización lo hemos expuesto en nuestra «*Pedagogia Catequística*» (ed. 4.ª, pág. 374).

25 Diego Paiva editó en 1564 *ortodoxas explicaciones* (diez libros) de casi todas las verdades de la Religión, controvertidas por los herejes; en ellas refuta principalmente los errores de Martín Kemnitz. (*App. Sacer.* I, 790). Fué teólogo del Rey de Portugal en el Concilio de Trento.

los herejes alemanes, y los *Anales de las Indias*; y, por fin, lo que todos los días se está publicando en diferentes idiomas sobre los triunfos de la Religión en Francia, Alemania, España e Italia.

VARIOS TRATADOS CATEQUÍSTICOS.—Estas mismas razones y ventajas movieron a varios Padres de la Iglesia a trabajar en la enseñanza religiosa y a escribir notables tratados acerca de la catequesis y educación cristiana. Y así San Clemente Alejandrino escribió un libro, el *Pedagogo* sobre educación de los fieles; San Cirilo de Jerusalén nos legó sus renombradas *Catequesis* <sup>26</sup>, de San Agustín tenemos su precioso tratado *De Catechizandis rudibus*, sus *Confesiones* y los cuatro libros de *Doctrina Cristiana*. Iguales motivos han dado ocasión a que los más insignes teólogos de nuestro siglo, aunque con otro método, como lo exigía la diversidad de los tiempos, publicasen sus Catecismos. Citaremos el de Sonnio en Bélgica <sup>27</sup>, Pedro

---

26 Un estudio sobre el *Pedagogo*, y las *Catequesis* de San Cirilo puede verse en «Revista Catequística» y en nuestra obra citada de Pedagogía, pág. 565 y siguientes.

27 Francisco Sonnio nació en Zon (Brabante), el año 1506 y murió en 1576, siendo Obispo de Amberes. Fué profesor de Teología en Lovaina. Asistió al Concilio de Trento. Felipe II le comisionó cerca de Paulo IV para negociar varios asuntos eclesiásticos de los Países Bajos. Entre sus obras cita Possevino (*App. Sacer.* I, 592). *De septem Sacramentis* (Lugduni 1565). *Verbo Dei et Patrum refutatio Confessionis Calvinicae* (Coloniae 1567). Dos son sus Catecismos: «*Christianae Institutionis formula*» (Amberes 1561) y *Catechismus auctior* (Bosleduci 1570).

Soto en Alemania, Vitoria y Domingo Soto en España <sup>28</sup>, y otros en Italia; y ésto sin hacer mención del Catecismo de San Pedro Canisio, que tanta aceptación ha tenido en todo el orbe cristiano, y sin hablar tampoco del Catecismo del P. Edmundo Auger <sup>29</sup>, que es el que actualmente se estudia en Francia, después de haberse completa-

<sup>28</sup> *Fray Pedro de Soto*, vicario de la Orden Dominicana en Alemania. Publicó en alemán un *Curso breve de Doctrina Cristiana* (Ingolstadt, 1549) por encargo del Cardenal Otto de Augsburgo, el cual, en el Sínodo celebrado el año anterior había recomendado a los párrocos la enseñanza de la Religión. Era resumen de su obra *De institutione christiani hominis*. Escribió también el *Manuale Clericorum*. Había nacido en Fontiveros (Avila) a fines del siglo XV. En Trento gozó de gran autoridad, como teólogo del Papa. Allí falleció el año 1563.

*Domingo Soto* nació en Segovia el año 1494 y murió en Salamanca en 1570. Fué dominico y confesor de Carlos V, el cual le envió a Trento como teólogo imperial. Adquirió gran renombre en su cátedra de Teología de la Universidad de Salamanca. Al lado de sus grandes obras *De natura et gratia*; *De justitia et jure* y sus comentarios sobre el Maestro de las Sentencias, no se desdendió en escribir un Catecismo. D. Juan Manuel Sánchez cita una edición del Catecismo, o Doctrina Cristiana, impresa en Salamanca en 1563.

*Fray Francisco Vitoria*, profesor también en Salamanca, el más notable expositor de la Teología Escolástica en su tiempo y contemporáneo de Domingo Soto (1486-1546) escribió el *Confessionario*, que es un compendio de Doctrina Cristiana, con una instrucción para examinar la conciencia. Lo publicaron sus discípulos en Salamanca en 1552. Hay una edición hecha en Medina del Campo en 1569.

<sup>29</sup> Acerca de los Catecismos de San Pedro Canisio y del P. Auger, véase nuestro «Tratado Elemental de Pedagogía Catequística», pá-

mente desechado el de Calvino; y sin ocuparnos del de Reims, el primero que se escribió en idioma francés, por orden del célebre Cardenal de Lorena <sup>30</sup>, Catecismo, que habiendo comenzado yo a explicarlo por primera vez en Lyon, al empezar los trastornos de la guerra, fué, sin duda, para aquella ciudad el más eficaz antídoto contra la ponzoña calvinista, y el mejor medio de atajar el voraz incendio producido por los catecismos de Ginebra.

El Santo Concilio de Trento, asistido por el Espíritu Santo, lejos de desconocer la importancia y utilidad de los Catecismos para el pueblo cristiano, la confirma, disponiendo que se publicase un Catecismo mayor, que sirviese de norma a los párrocos para sus instrucciones catequísticas. Vean pues, los que acaso hasta ahora no habían reparado en ello, esa concordia y opinión unánime de las diversas regiones católicas respecto al Catecismo, lo cual no puede provenir sino del Espíritu de Dios. Adviertan que muchas veces es mejor suspender los estudios profundos, cautivando nuestro entendimiento en obsequio de la fe de Cristo, que enseñamos en el Catecismo, y no negar ese manjar celestial a los niños hambrientos, cuya inocencia es muy agradable al Señor,

ginas 601 y 602. El P. Edmundo Auger, de la Compañía de Jesús, era natural de Troyes, donde nació el año 1530. Murió en Como en 1591. Además de sus afamados catecismos, publicó varias obras teológicas, principalmente sobre la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía y sobre otros Sacramentos (*App. Sacer.* I, 504).

<sup>30</sup> El Cardenal Carlos de Lorena, Arzobispo de Reims (1525-1574). Dió pruebas de su elocuencia en el Concilio de Trento.



y de cuya sencillez y pureza son muy amantes sus ángeles custodios, los cuales presentan a Dios nuestros cuidadosos afanes y trabajos en favor de los niños que les están encomendados. Ya ántes los teólogos más doctos de la Sorbona, y algunos de otros países, hicieron imprimir Catecismos, o los propagaron recomendándolos; y en ésto, como miembros de la Iglesia, se hallaban de acuerdo con la cabeza, con la Cátedra de Pedro en donde ha de buscarse dócilmente la verdad.

**FRUTOS DEL CATECISMO.**—Paño ahora a tratar de los buenos resultados que dicha enseñanza ha producido entre nosotros, y concretándome a lo sucedido en ese reino de Francia, no dudo en afirmar que apenas habrá ciudad donde estuviera floreciente la catequesis, que no haya dado pruebas de gran valor en su lucha contra los herejes; y ninguna, fortalecida por el Catecismo y defendida por católicos bien instruídos, ha caído en poder de ellos.

Ya en muchas partes se habían hecho y expendido ediciones del Catecismo del P. Auger, y yo mismo oí decir al librero, que lo había impreso en París que en aquella ciudad había vendido en poco tiempo más de cuarenta mil ejemplares. Así que causa asombro que unos cuantos hombres, llenos de prejuicios, se atrevan a oponerse al unánime parecer de los pueblos católicos. Es cosa que no puede soportarse en silencio.

Secardo, decano de la Universidad de París, y Vicario General del Cardenal de Borbón, exhortaba a todos con empeño a que se dedicasen, en cuanto les fuera posible,

a esta enseñanza del Catecismo; y, en honor de la verdad, he de decir que a él se debe el que nunca interrumpiese yo semejante ocupación, no sólo cuando predicaba en su parroquia, sino también en otras dos, cuando pasé a predicar a Rouen. Había comprobado muy bien aquél varón prudente, que unió siempre gran ciencia con la mayor sinceridad, que el *pueblo hacía mayores progresos en la fe y en la piedad por la enseñanza del Catecismo, que por los más elocuentes sermones*, que durante muchos años había predicado, cosa que nos enseña a todos la experiencia. En un solo mes, los impresores de Rouen se vieron obligados a reimprimir seis veces el Catecismo y habiendo pasado a Dieppe, con igual objeto, aquella ciudad cuyos habitantes se hallaban inficionados por la herejía, se reformó de tal manera, con esta luz de la Doctrina, que más de mil cuatrocientos, entre hombres y mujeres, abjurando públicamente sus errores, volvieron al gremio de la Iglesia católica, haciéndose luego muy común en toda la Normandía el uso del citado Catecismo. Y el mismo Secardo, en vista de tan copioso fruto, me aseguró que hace algún tiempo había escrito un Catecismo parecido al que yo enseñaba, afirmando que a nuevos males eran necesarios nuevos remedios, si puede llamarse reciente o nuevo lo que estuvo en uso desde los primeros tiempos de la Iglesia, aunque, por incuria, (hablando con sinceridad cristiana) a veces se haya interrumpido. Por eso, muy prudentemente juzgaba Secardo que no se podía tardar más en aplicar el remedio, cuando se veía tristemente arder todo el reino por la tea incendiaria de la herejía, pues después puede darse por perdida toda espe-

ranza de apagar el fuego. Habiendo comenzado a llevar a la práctica en Rouen ese proyecto, cayó la ciudad en poder de los enemigos, los cuales sustrajeron el Catecismo de este insigne teólogo. De este modo Satanás se opuso a sus santos esfuerzos, no menos de lo que se oponen ahora a los nuestros algunos hombres escudados bajo una falsa piedad; los cuales apenas se atreven a protestar contra los Catecismos de los herejes, mientras los desdichados levantan el grito contra los Catecismos católicos.

¡Qué bien si entonces se hubiese puesto decididamente la mano en una obra tan santa! Si entonces se hubiese enseñado la sana doctrina a los jóvenes, que ahora son cabezas de numerosas familias, se habría, sin duda, conseguido que, detestando las impías enseñanzas de los herejes, guardasen fidelidad a Dios, a la Iglesia y a las legítimas autoridades. A buen seguro que la ciudad no hubiera sido tomada, ni habrían asolado sus mismos hijos una de las más ricas provincias de Francia, ni se habrían abierto las fronteras a los extranjeros, enemigos de la fe, ni hubiéramos perdido a los más ilustres caudillos, con gran perjuicio de la nación, por hallarse todavía el Rey en la infancia; se habría, en fin, logrado que innumerables almas que viven ahora bajo el yugo de Satanás, hubiesen permanecido firmes en la fe, o a lo menos se hubieran con más facilidad convertido luego a Jesucristo.

Cuán desacertadamente han procedido en ésto, lo comprenderán, por fin, aquellos, que despertando de su sueño prefieran abrazar arrepentidos la verdad, antes que complacerse pertinazmente en el error. Previó tam-

bién esa tormenta el Consejo municipal de Rouen, el cual procuró conjurarla, mandando por un edicto que se enseñase a todos los niños la doctrina católica. Porque, como decía el edicto, aumentaría en poco tiempo grandemente el número de los impíos si los hijos de los herejes llegaran a embeberse, como sus padres, en la herejía. Tristemente hemos dejado perder tan buena ocasión. <sup>31</sup>

*Mas si pudiendo emprender una marcha próspera, con viento favorable, no desplegarámos velas, antes bien, algunos de nuestro propio estado tratasen de impedir la acción de aquellos que, a todo remo y contra viento y marea se ocupan en catequizar a los niños, me horroriza*

---

31 ¡Qué responsabilidad la de los maestros, ante Dios y ante la Patria, si no cumplen, con espíritu de verdaderos educadores católicos, las Circulares del 9 de abril de 1937 y 5 de marzo de 1938! ¡Y qué responsabilidad la nuestra, si un día pudieran aplicarse a nosotros esas palabras de Possevino! Véase cómo se expresa el Excmo. Sr. Obispo de Tuy, después de dar cuenta de un atento Oficio del Sr. Rector de la Universidad de Santiago (12-XII-1936) rogándole que encomiende a los párrocos la labor de coadyuvar con los maestros nacionales en la enseñanza de la Religión y de la Historia Sagrada. «Esperamos de nuestros sacerdotes y primeramente de los que tienen cargo parroquial que organizarán esta labor de enseñanza la Religión en las escuelas, de suerte que en todas las escuelas de la parroquia respectiva, *por lo menos* una vez a la semana den una lección; en la cual tarea deberán auxiliar a los párrocos los coadjutores y demás sacerdotes, que estuvieren en condiciones de hacerlo. Tengan por cierto que este trabajo reclama las primicias de nuestro celo, actividad y tiempo sobre otros muchos quehaceres que no están taxativamente prescritos como obligatorios». (B. O. E. de Tuy, 1936, pág. 399).

*aun sólo el pensar en los males que habrían de sobrevenirnos dentro de poco. Quiera Dios que nos sucedan las cosas como deseamos, y que los enemigos, que ahora contamos, de nuestra fe, no lleguen a ser otras tantas familias de herejes.*

¡Ojalá que los que actualmente parecen estar con nosotros reciban instrucción cristiana y cultivados como «campos vivientes» no sigan el camino de la herejía y los vicios y se hagan incurables!

No dejemos el campo al hombre enemigo para que siembre la cizaña, que tan amargos daños causa. *Pues no hay terreno tan fértil que, sin cultivo, produzca otra cosa que espinas y abrojos; ni lo hay, tampoco, tan estéril, que, bien cultivado, no dé, por fin, algún fruto.*

**CELO EN REPARAR LAS NEGLIGENCIAS.**—Mas si emprendemos con celo esta obra ¿no dirá el pueblo que ántes nos hemos dormido; si no achaca a otros la negligencia? No entremos ahora en quién tiene la culpa; lo cristiano es reconocerla y no encubrirla con perjuicio de la sociedad. ¿No sería querer arguir a Dios mismo de injusticia, como si a él se debieran los males que afligen a la Iglesia, cuando la causa no es otra que el haber muchos abandonado tan importantes obligaciones? Apenas hay quien no sienta el remordimiento de su conciencia, y que en la ociosidad y falsa paz no sufra amarga pena.

Si la enseñanza del Catecismo católico es ocupación santa y provechosa ¿por qué amontonar culpables omisiones, pecando contra el Espíritu Santo y contra esa verdad reconocida? *¿Por qué no nos damos de lleno a esa*

*obra santísima, a fin de resarcir, con nuestra diligencia, ante Dios que escudriña los corazones, el tiempo que antes perdimos?*

Y si negamos que sea útil dicha enseñanza ¿qué respuesta daremos al voto de tantos pueblos, que son como la viva voz de Dios, a tantos teólogos, Romanos Pontífices y a la Iglesia toda que con tanto empeño instauraron la enseñanza religiosa, o a lo menos se esforzaron vivamente por conseguirlo?

REFUTACIÓN DE VANOS PRETEXTOS.—«Pero en las Academias, o escuelas superiores, no la enseñan», replicarán algunos. Lo que allí se haga no es imputable al párroco. Por lo demás, con la autoridad de esas Academias hemos demostrado y puesto en evidencia la utilidad del Catecismo. Las referidas Academias, o Universidades, cumplen con su deber cuando explican a sus oyentes la Teología y les enseñan los más sublimes misterios. Si ellos, después, como pastores de almas, no instruyen en la fe a sus ovejas se hacen culpables ante el Señor, que, ciertamente, no ha de tolerar ser burlado.

Dicen, además, que en el Catecismo se enseña qué es la Santísima Trinidad y qué son los Sacramentos. Y ésto no es asunto para las iglesias sino para las Universidades, puesto que de ello se trata en los libros primero y cuarto del Maestro de las Sentencias. También el Maestro de las Sentencias expone los preceptos, las virtudes y la Encarnación del Verbo. Sin embargo, en el templo se exponen con más sencillez acomodándolos a la capa-

cidad del auditorio, mientras que en las Universidades y Academias se explican más profundamente.

Apenas hablaré del Símbolo de San Atanasio y del de Constantinopla, que habían de cantarse públicamente, en el Santo Sacrificio de la Misa, para que los oyera el pueblo, cuando en Roma todavía se entendía bien la lengua latina; ni alegaré las Catequesis de San Cirilo, en las cuales se enseñaba detenidamente al pueblo la doctrina de los Sacramentos; ni me ocuparé del Catecismo pontificio, en el cual se exhorta a los párrocos a que instruyan en esas verdades a sus feligreses. Con estos hechos quedan suficientemente refutadas tan fútiles objeciones.

Otros, en cuyo corazón no ha echado raíces la piedad, siguiendo distinto camino, arguyen: Los herejes han empleado esa manera de enseñar ¿vais a imitar vosotros a los herejes? Nó, respondemos nosotros; enseñando así reanudamos nuestros métodos, no usurpamos los ajenos.<sup>32</sup> Como dice San Basilio «el diablo roba lo nuestro

<sup>32</sup> *Repetimus nostra, non usurpamus aliena.* Suelen los protestantes atribuir a Lutero el primer Catecismo, «Pequeño catecismo para la juventud», impreso en 1529. Mas lo cierto es, que aunque no con ese nombre, el Sínodo de Lambeth (Inglaterra), en 1281, hizo un conjunto con los cinco opúsculos doctrinales de Santo Tomás a los que añadió las obras de misericordia, pecados capitales y virtudes contrarias. El de Lavaur, en 1368, también compuso un resumen doctrinal. Se dirá que tales opúsculos eran más bien para el clero. Podemos concederlo; pero recordemos que el Concilio de Tortosa en 1429 mandó escribir un breve catecismo en que se compendiasse «con claridad, cuanto deba saber el pueblo»; y que esta

y procura distribuirlo entre sus partidarios». Así Numenio trasladaba a sus obras los escritos evangélicos de San Juan.

De igual modo Proclo, Jámblico, Fotino y demás platónicos presentaron como suyos muchos libros de San Dionisio Areopagita, como se queja él mismo, escribiendo a San Policarpo. Y finalmente, según el mismo Areopagita, emplearon las Sagradas Escrituras unos contra otros, transfigurándose Satanás en ángel de luz. Y ¿se tendrá por imitadores de los herejes a los que interpreten

obra había de dividirse de modo que pudiera explicarse en cinco o seis lecciones.

Anteriores al de Lutero son el *Libreto della dottrina cristiana*, de San Antonino de Florencia (1473); la «tabla de lo que ha de enseñarse a los niños» incluida en el Sínodo de Talavera, presidido por el cardenal Jiménez de Cisneros (1498); y la «Breve doctrina y enseñanza, que ha de saber y de poner en obra todo Xpistiano y cristiana. En la qual deben ser enseñados los moçuelos primero que en otra cosa», de Fray Hernando de Talavera.

En Alemania misma, el año 1471, publicaba el franciscano de Múnster, Coelde, su Manual del Cristiano, que tanta aceptación tuvo, dividido en tres partes: lo que se ha de creer, cómo se ha de vivir, y cómo se ha de morir.

Y si alguien dijera que esos tratados doctrinales no son con preguntas y respuestas, como el Catecismo de Lutero, replicaremos que en forma interrogativa se hallan la explicación del Símbolo y de 'a Oración Dominical del opúsculo *Disputatio puerorum per interrogationes et responsiones*, que se atribuye a Alcuino (735-804).

Ni siquiera parece original de Lutero la idea de aplicar el título de Catecismo al *Libreto de Doctrina Cristiana*, pues el P. Restrepo cita un Manual, escrito en inglés el año 1357, con el título *Lay Folks Catechism*. (Estudios Eclesiásticos, abril de 1924).



el Evangelio en sentido católico? ¿O a los que en la predicación y en los libros escritos que, contra la pestilencial e impía doctrina de los herejes, se van propagando por todas partes, expongan al alcance del pueblo las verdaderas enseñanzas de la Iglesia?

Ciertamente, replican, porque fueron los herejes, según parece, los autores del Catecismo. Pero ¿acaso son ellos los autores del Evangelio, porque ofrezcan sus averiadas mercancías con ese título? Concederéis, a lo menos, que no hemos de emplear esa palabra «Catecismo», porque tiene sabor herético, se aproxima mucho a la manera de hablar de los herejes.

Mas ¿quién hará caso de semejantes nifierías? Que si tratamos de la realidad y de la cosa misma, acordémonos de las Catequesis de San Cirilo, de San Agustín, por no citar a los teólogos modernos, de la práctica de la Iglesia desde los tiempos apostólicos y del Concilio de Trento al que no se negará la asistencia del Espíritu Santo. ¿Vamos a tacharlos de heréticos?

No negaréis, insisten, que toca a los padrinos, según afirma San Dionisio, y a quienes Justino llama *oferentes* y Tertuliano *fiadores*, instruir a aquellos en cuyo favor empeñaron su palabra al presentarlos a las fuentes bautismales. Así debe ser, os lo concedo, principalmente en defecto de los padres. Pero, ¿qué ha de suceder cuando muchos ignoran lo que han de enseñar y si lo saben no se preocupan de ello?

Pero tú, que eres pastor, dime: ¿qué harías si vieras que los mercenarios abandonaban a las ovejas de tu rebaño? ¿Se las dejarías por más tiempo? A buen seguro,

que no. Y si un deudor no te pagara la cantidad que te debía ¿no apremiarías al que salió fiador? Pues *¿qué no debemos hacer nosotros por salvar a las ovejas de Cristo, por las almas, que sabemos son de un valor infinitamente más grande que los animales que perecen, sobre todo habiendo salido fiadores de ellas ante el mismo Dios?* A los pastores de almas se aplican con particularidad las palabras del Apóstol: *Si alguno no tiene cuidado de los suyos, principalmente de sus familiares, ha negado su fe y es peor que un infiel (1.ª ad Tim. V-8).*

Replicarán todavía, diciendo: «Sería sujetar a los párrocos a una carga grave en demasía, si hubiesen de instruir a los niños, y a los adultos que ignoran la Doctrina». ¡Ojalá, responderemos, no tengan que dar terrible cuenta ante el tribunal de Dios, si debiendo, como padres espirituales, procurar a sus hijos los tesoros del cielo, descuidan esa obligación! Y ¿sería una carga insoportable para los párrocos emplear una hora los domingos en apacentar a su grey leyéndoles al menos alguna página del Catecismo Romano, y en enseñar la Doctrina a los niños? <sup>33</sup> Como ya lo he dicho y quiera Dios que a fuerza

---

33 La palabra «recitar» que emplea el texto «singulis diebus Dominicis impendat proprio gregi pascendo, aut saltem Romani Catechismi paginae recitandae...» parece significar leer en alta voz.

Sabido es que actualmente no se cumple con el deber de explicar el Catecismo a los adultos leyendo algún Catecismo explicado. Pero, cumplida la obligación, puede, con gran provecho, leerse a otra hora (salvo lo prescrito en la diócesis) algún texto a propósito. Y pueden darse circunstancias en que por causa legítima haya de suplirse

de repetirlo consigamos algo, una gran parte del pueblo, con especialidad los niños, por pobreza unas veces, otras por lujo, no han aprendido ordenadamente, lo que han de hacer, cómo han de vivir, qué obligaciones tienen como cristianos, y en cuánto han de estimar la vida eterna para la cual hemos sido creados. ¿Cómo han de amar y estimar lo que desconocen del todo, o a lo sumo conocen de una manera muy confusa?

Terminantes son las palabras de Miguel Merspurg <sup>34</sup> prelado de esclarecidas virtudes, quien hablando de la enseñanza de la Doctrina, dice: Para poner remedio a la ofensa que hacen a Dios los que con gran irreverencia se acercan a los Sacramentos, desconociendo la doctrina

---

la predicación por la lectura. Tenemos dos obras, muy estimadas, para este objeto: Una es la del P. Eusebio Nieremberg «*Práctica del Catecismo Romano*» (1640) que, según el P. Rodeles «fué durante mucho tiempo el libro de texto de muchas parroquias, haciendo por él lectura catequística a todo el pueblo, el cual acudía con gusto y provecho a lo que llamaba «El Eusebio». Otra es la *Carta Pastoral*, de Valverde (Ilmo. Sr. D. Félix Herrera y Valverde, Obispo de Orihuela. Librería Religiosa 1892) que solía leerse en Cuaresma, y dispuesta en forma de Ejercicios Espirituales en los que a la meditación, precede cada día la instrucción doctrinal.

34 Miguel Merspurg, alemán, publicó en su lengua nativa un Catecismo Católico, distribuido en ochenta y cuatro pláticas, que tradujo al latín Tilmann Bredenbach. Publicó además varios sermones acerca de la Eucaristía y el Santo Sacrificio de la Misa, una paráfrasis del Canon y explicación de las ceremonias, (1548), un Comentario sobre los Proverbios, (1571), y apostillas de los Evangelios dominicales (Ap. Sacer. 2.º, pág. 113).

católica, sería muy justo y necesario que en los templos, donde se administran, se enseñase a la par el Catecismo. Así se lograría que lo mismo los jóvenes que los adultos, al recibir los Sacramentos supiesen cómo han de recibirlos para gloria de Dios y salvación de sus almas, llevasen una vida conforme a las promesas solemnes que hicieron a Dios en el Bautismo, y obtuvieran un día la herencia celestial que el Señor les tiene prometida.

Hasta aquí el citado obispo.

Las mismas consideraciones movieron a tantos otros Obispos, reunidos en Trento, a mandar que se escribiese para los párrocos el ya mencionado Catecismo. En él se dispone que expliquen a los fieles los misterios augustos, significados en las ceremonias sensibles con que los Sacramentos se administran, a fin de que, instruidos en su significado y excitados los corazones, se acerquen con mayor piedad y reverencia a las cosas divinas, que como afirma San Dionisio, no han de tratar los profanos. Así la Sabiduría divina manifiesta y reparte los tesoros de su bondad según las necesidades de los tiempos.

## CAPÍTULO TERCERO

### De la manera de enseñar el Catecismo

Vista la necesidad y utilidad del Catecismo, me rogáis que os escriba también algo acerca de la manera de enseñarlo con habilidad y copioso fruto. Mejor desearía yo saberlo de vos; sin embargo, para complaceros, expondré las normas que he podido aprender, no sólo del método de catequizar, que suele usarse en la Compañía, sino, además, de lo que he observado en otros. Logrará el catequista grandes éxitos, y como quien esparce y cultiva bien la semilla recogerá cosecha abundante, si se apoya, como en dos alas, en la piedad y en una sencilla y clara expresión.

**CUALIDADES DEL CATEQUISTA.**—1.º Conseguirá ésto fácilmente, si piensa que en su cargo es semejante al ama.<sup>35</sup>

<sup>35</sup> Alude al texto del Apóstol «*tamquam si nutrix foveat filios suos*» (1.ª ad Tes. II-7). Y en otro lugar compara la doctrina con la leche, diciendo: «Como a niños os he alimentado con leche y

Si ésta no se nutre con buenos manjares, dará mala leche; y se criará el niño enfermizo y muy expuesto a morir.

Debe, pues, el catequista conocer los dogmas católicos, de tal modo que se los asimile íntimamente y los vea con claridad, antes de enseñarlos a otros. Y el fuego con que se prepara el manjar de la divina palabra es el amor. Dándose cierta analogía entre el comer y el aprender, *ha de mirar con cuidado el catequista qué clase y cantidad de alimentos proporciona a los que pueden admitir poca comida y ésta muy blanda y desmenuzada.*

2.º Como los niños conservan por largo tiempo las impresiones que recibieron en los primeros años, procure el catequista moderar sus palabras, sus gestos y toda su conducta, de manera que pueda servirles para en adelante como modelo de modestia y de virtud. Jamás se mostrará airado, ni dará señales de ligereza, o falta de corrección; no sea que, como administrador infiel e imprudente, destruya con las obras lo que quiere edificar con la palabra.<sup>36</sup>

3.º Ayude con la oración a los demás catequistas y

---

no con manjares sólidos; porque no erais todavía capaces de ellos» (1.ª ad Cor. III-2). La comparación es muy adecuada; porque la leche es alimento *completo, agradable y fácil* de digerir.

36 Sabida es la fuerza del ejemplo, y cómo el niño tiende a la imitación: 1.º Por la debilidad del entendimiento. 2.º Por falta de fuerza de voluntad. 3.º Por la ley de asociación ideomotora, ya que toda imagen tiende a producir el acto correspondiente. 4.º Por el sentimiento de estima, o admiración, que inspira el educador.

predicadores. Alégrese cuando oiga que desempeñan airo-  
samente su cometido; pues no hay cosa más mortífera  
y perjudicial que la envidia, ni la hay más vivificante y  
poderosa para ganar la complacencia divina que la ca-  
ridad. Leemos que Abdías, porque dió agua y pan a los  
profetas recibió del Señor el don de profecía. ¡Tan buen  
pagador es Dios, que cuando deseamos a los demás algún  
bien, no sólo se lo da con abundancia, sino que también  
a nosotros nos hace partícipes de sus favores!

4.º Antes de emprender el catequista su tarea, debe  
poner en sí mismo el fundamento de la humildad, y pen-  
sar con frecuencia en aquellas áureas palabras de San  
Agustín: «no sigas otro camino, para buscar la verdad  
y llegar seguro a su alcance, que el trazado por el Señor,  
el cual conoce el vacilar de nuestros pasos; la humildad  
al principio, en el medio la humildad, y al fin la humil-  
dad» (Ep. 118, c. 3, n. 22). Así se dejará guiar por el Es-  
píritu Santo, más que por sus propios caprichos, sabiendo  
que igual recompensa tendrá el que guarda los bagajes  
que los que toman parte en la refriega. Y como solía re-  
petir San Francisco de Asís, aquel varón seráfico; «la  
que era estéril parió a muchos, y la que tenía muchos  
hijos ha enfermado» (1. Reg. II-5); que es como decir:  
con la oración, en secreto, se ganan más almas para Cristo  
que con el ruido de palabras, cuando nacen del vano  
deseo de ser tenido por buen predicador.

5.º Desconfiando de sí mismo, ponga toda su confian-  
za en Dios; y pida frecuentemente, en la oración, fort-  
leza para superar todos los obstáculos. *El Señor, que da  
soltura a las lenguas de los niños, le dará pensamientos*

*y palabras apropiadas y abundantes, si se presenta a enseñar la Doctrina con pureza de corazón, aplicándose primero a sí lo que a otros enseña. La oración da gran eficacia para persuadir; porque hace salir las cosas del fondo del alma, más que de los labios. Y, lo que sale del corazón llega al corazón de los oyentes, sin detenerse en los oídos.* Tales son los efectos de la piedad, la cual, como dice el Apóstol «es útil para todo» (1. Tim. IV-8).

**OBJETO DE LA CATEQUESIS. FUENTES.**—Adornado el catequista de las susodichas cualidades, ha de saber de qué libros podrá sacar la explicación doctrinal, qué lenguaje ha de emplear, con qué método ha de enseñar; y a qué personas, en qué lugar y tiempo conviene tener la catequesis.

Antes de comenzar la lección deberá el catequista repasar dos o tres veces el Catecismo, para que, teniendo a la mano el hilo de lo que ha de enseñar, salgan las cosas con orden, ocupando cada una el lugar correspondiente.<sup>37</sup>

Y si por espacio de algunos días se entrega a la oración y a la meditación de las verdades del Catecismo es indecible el provecho que obtendrá para sí y para sus oyentes. Porque así como el catequista se pone en comu-

---

<sup>37</sup> Cualquiera que sea el método, es requisito indispensable de toda enseñanza el orden «Acudid a *ordo ordinis* y al tabernáculo», solía decir D. Enrique Ossó. «Orden en la explicación y Jesús dará su bendición».



nificación con Dios, así el niño se pondrá en más íntima comunicación con el catequista, atendiendo a lo que le enseña, y recibiéndolo como si se lo enseñara el Espíritu Santo, que es su verdadero preceptor.

Se han publicado ya muchos Catecismos; pero los que más se han generalizado son: el Catecismo mayor y el menor de Edmundo Auger, en Francia; y en todo el resto de Europa y en las Indias el mayor de Canisio, el cual, a más de la doctrina referente a los dogmas de nuestra fe, presenta con orden admirable lo más importante acerca de los vicios y las virtudes; y es muy a propósito para infundir en los corazones la piedad.

Dichos Catecismos mayores son a modo de explicaciones o paráfrasis de los menores. Y a todos da mucha luz el Catecismo pontificio Romano, que se compuso por acuerdo de la Iglesia y el cual no sólo indica la manera de catequizar, sino que suministra copiosa materia. <sup>35</sup> Los catequistas que manejen asiduamente tales Catecismos enseñarán con solidez y buen método, y al mismo tiempo se preparan para el estudio más profundo de la Teología y para el magisterio público de la predicación. <sup>36</sup>

<sup>38</sup> Muy encarecidamente recomienda Possevino a los seminaristas, que estudien la correspondencia, o relación, de la doctrina con los Evangelios de las dominicas. A este fin, algunas ediciones llevan un índice con esa concordancia. El Catecismo Tridentino entraba en el plan, aprobado por S. S. Gregorio XIII para los Colegios Eclesiásticos.

<sup>39</sup> A los elogios y prescripciones que citamos en nuestra «Peda-

Si el catequista no puede disponer de una colección de obras de los Santos Padres, lo suplirá con aquella en que un Padre de nuestra Compañía reunió los testimonios de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres, citados por Canisio en su Catecismo. Este libro vale por muchos, para exponer extensamente las principales verdades de la Religión Cristiana.<sup>40</sup>

Si es numeroso el auditorio y, creyéndose el catequista o párroco poco preparado, desea ahondar más en los conocimientos, estudie la «Teología Cristiana» de Javelli, publicada recientemente, o las obras de Viguero, y los opúsculos más fáciles de Santo Tomás; pues estos exce-

gía Catequística» (págs. 42, 542 y 601) añadiremos este precioso documento, tomado del Enquiridion de Seminarios:

«Nos recomendamos igualmente que todos los Seminaristas manejen y releen frecuentemente el libro de oro, conocido con el nombre de Catecismo del Santo Concilio de Trento, o Catecismo Romano, dedicado a todos los sacerdotes investidos de cargo parroquial (*Catechismus ad Parocos*). Notable a la vez por el rigor y exactitud de la doctrina y por la elegancia del estilo, este Catecismo es un compendio precioso de toda la Teología Dogmática y Moral. Quien lo posea a fondo, tendrá siempre a su disposición recursos con cuyo auxilio un sacerdote pueda predicar con fruto, cumplir dignamente el importante ministerio de la confesión y de la dirección de las almas, y estar pronto para refutar victoriosamente las objeciones de los incrédulos» (León XIII, Encicl. *Depuis le jour* a los Cardenales y Clero de Francia, Ench., núm. 603, pág. 346).

40 Se refiere al *Opus Catechisticum* del P. Pedro Buseo. Pondera el P. Possevino la labor tan grande que impone revisar tantas fuentes.

De las varias ediciones, dice que la mejor es la tercera, impresa en Colonia el año 1586.

lentes varones, dominando muy bien la materia, escribieron con unción y claridad y en forma bastante sencilla.<sup>41</sup>

Con frecuencia se hará ver a los niños, que la doctrina y los catecismos de los herejes están llenos de contradicciones; y que han de huir de ellos como de la más contagiosa enfermedad. Stafilo<sup>42</sup>, en aquel útilísimo libro que escribió contra las tres partes de la Teología de Lutero, muestra bien a las claras esas contradicciones

41 En «Revista Catequística» (vol. XII, página 226 y siguientes, hicimos un estudio, bastante detenido, de los opúsculos doctrinales de Santo Tomás, en los que, como dice Probst, prescinde de sutiles razones y pone ejemplos y símiles de la vida ordinaria, expresa los conceptos más hermosos en forma popular, emplea con abundancia textos de la Sagrada Escritura, deduce aplicaciones para la práctica de la virtud. Y no es necesario advertir que en esos opúsculos, como siempre, se distingue el Doctor Angélico por su precisión doctrinal, por su orden admirable, por la claridad con que presenta y desarrolla las cuestiones. Esos opúsculos son: *In Symbolum Apostolorum Expositio*; *Expositio Orationis Dominicae*; *Expositio de Ave Maria*; *In duo Praecepta Caritatis, et in decem Legis Praecepta Expositio*. Se hallan en el tomo XXVII, pág. 144 y siguientes, de la edición de Luis Vives. París, 1875. A ellos hay que añadir otro «*De Articulis Fidei et Ecclesiae Sacramentis*» que, según dijimos, abarca dos tratados.

42 Federico Stafilo, natural de Osnabrück, nació el año 1512 y murió en 1564. Fué gran controversista y escribió numerosos tratados contra el Protestantismo. Dice Possevino en su «*Apparatus Sacer*»: *Libelli ejus quibus agitur de praedicamentis, sive Theologia Lutheri trimembri, ac de concordia, hoc est discordia discipulorum Lutheri vere aurei sunt libri, qui et ab haereticis curatum est ut prorsus extinguerentur*.

entre los herejes mismos, y las divergencias entre ellos y nosotros.

Si instruye en la fe a catecúmenos judíos déles a conocer a Jesucristo por la Sagrada Escritura y principalmente por las profecías. A ese propósito le ayudará mucho leer, además de a San Agustín y a otros Padres antiguos, lo que sobre la Ley y los Profetas, escribió hace pocos años el sabio P. Francisco Turriano, jesuita.

Cuando sea preciso, al tratar de los Sacramentos, explique los deberes de la vida cristiana y proponga brevemente y con toda claridad algún caso de conciencia. Si advierte que alguna cuestión no la entienden fácilmente, déjela para más adelante, y procure no traspasar los linderos de la enseñanza catequística.<sup>43</sup>

Los lugares de la Sagrada Escritura y Santos Padres,

43 Dos indicaciones importantísimas se contienen en este párrafo. Una es acerca de la *concentración interna*. Llamamos así a la que se estableció entre diversas partes del Catecismo. La separación, que se halla en el texto, es meramente formal, para presentar con orden la doctrina. Pero el catequista, *con oportunidad*, ha de unir y relacionar el Dogma, con la Moral y con los Medios de Santificación (Oración y Sacramentos). Y lo mismo decimos de cada una de las partes del Catecismo. Así la educación es *completa y perfecta*, basada en motivos sobrenaturales, según las normas de S. S. Pío XI, en la encíclica «*Divini illius Magistri*».

La segunda indicación se refiere a la enseñanza graduada. Ni en *cantidad*, ni en *calidad*, según dijimos, ha de exceder el alimento las aptitudes de los niños. «Uno de los defectos profesionales, dice Boyer, harto común en los principiantes es ir demasiado aprisa y querer decirlo todo».

que se citen, han de explicarse bien. Y no se acumulen testimonios. Porque como la sobreabundancia de asuntos llena de confusión a los hombres, y la excesiva luz deslumbra la vista, y oprimen el estómago los convites espléndidos, el exagerado número de citas, lejos de servir para gloria de Dios y bien de los oyentes, fatiga inútilmente la memoria, engendra muy grande desconcierto, y es causa de que se borre todo, sin aclarar la doctrina, ni producir fruto alguno.

Para la Sagrada Escritura se valdrá de la Vulgata. Léala y medite despacio sobre ella, y aprenda a manejarla fácilmente, de modo que le sirva no sólo para ilustrar el entendimiento sino para formar su voluntad. No deje los Libros Sagrados por entregarse a la lectura de los autores paganos, o de otros libros inútiles.

**CUALIDADES DE LA EXPLICACIÓN.**—Cristo Señor Nuestro hasta tal punto ama la sencillez y la pureza que quiere desechemos, como inmunda, la pompa de vanas palabras. Cuando hablemos a los niños hemos de hacernos como ellos por la humildad, a fin de ganarlos para Jesucristo. Los ejemplos y símiles (no en tropel amontonados) ayudarán a la memoria y al entendimiento de nuestros oyentes.

*Y quien poseyere el don de la elocuencia guárdese muy bien de ser como árbol frondoso en demasia, con excesivo follaje y corteza; pero sin médula apenas y sin fruto.* Por lo cual le rogamos, por las entrañas misericordiosas de Jesucristo y por aquel santísimo voto de castidad, que muchos han hecho, que emplee un casto len-

guaje, y se contente con palabras usuales y apropiadas. «La mejor manera de enseñar, dice San Agustín, consiste en decir la verdad, haciendo que la entiendan los oyentes. ¿De qué sirve una llave de oro, si no vale para abrir lo que deseamos? ¿Qué importa que sea de madera si abre lo que está cerrado, cosa que nosotros nos proponemos?». <sup>44</sup>

Si hemos de instruir a literatos, esforcémonos en apartarlos de la lectura de libros impíos y obscenos, los cuales, sin que uno se dé cuenta, dejan abierta la entrada a la disolución de costumbres y al ateísmo, como Pantagruelles y Amadisios, y no sé qué poetas, que en vez de alabar a Dios y la virtud, como debían, emplearon la elocuencia y verbosidad, cual modernos idólatras, en honrar a Venus y a las pasiones degradantes; como si faltaran a Satanás secuaces bastantes para perder las almas, si ellos no hubiesen atizado esas llamas vergonzosas en el corazón ardiente de los jóvenes.

Estando, pues, la lectura de libros lascivos prohibida

---

44 Esta comparación de San Agustín, así como el ejemplo mismo del Divino Maestro y de los Apóstoles los cita Octavio Imberti, de la Congregación de la Doctrina Cristiana de Roma, para probar que la manera más excelente de enseñar la Doctrina Cristiana, es la sencilla y familiar. Y añade que la vara de Moisés, aunque tosca y débil, obró grandes prodigios, que no pudieron realizar los cetros de los reyes.

«Nuestro Señor Jesucristo, dice Weiss, no empleó esas grandes palabras, que hay que ir a buscar en el diccionario. Al Verbo de vida, sólo convenían palabras tomadas de la vida misma».

aun por los gentiles y mucho más por la Iglesia, casa de Dios vivo ¿qué edificio espiritual pensará levantar un catequista si no pone todo el empeño de su elocuencia en lograr el obsequio y obediencia a lo que la Iglesia nos prescribe?

Si, como enseña el Apóstol, «no se ha de hacer el mal, para que resulte un bien» (*Rom. III-8*), si el corazón ha de ser puro para contemplar la luz divina, si nada ofusca tanto el entendimiento como los pensamientos torpes por los cuales se llega a perder la honestidad y pureza del alma, ¿por qué esos miserables toman en sus manos tales escritos que sugieren criminales ideas y hacen brotar del corazón de sus lectores inauditas abominaciones? ¿Faltan, acaso, libros muy buenos, escritos por excelentes varones de nuestros tiempos, o traducidos del latín y el griego, en donde podamos hallar a la vez la piedad, la ciencia y elocuencia?

Hemos también de huir en nuestras catequesis de ese cúmulo inagotable de sinónimos, útiles por ventura, a los gramáticos, mas no para la predicación y enseñanza desde el púlpito.

Y para recopilarlo todo en pocas palabras: quien prepare su corazón meditando, y domine el asunto de que desea hablar, y limite la materia conforme al tiempo de que disponga tendrá verdadera elocuencia, porque Dios benignísimo bendecirá sus esfuerzos y hablará por su boca.

**UNA SESIÓN DE CATEQUESIS.**—Obtenida de antemano la licencia del Prelado, el catequista ántes de comenzar la

explicación hará la señal de la cruz y exhortará a los niños a que la hagan ellos devotamente, bien hecha. Con este ejemplo, los mayores que se hallen presentes se acostumarán también a lo mismo.

Luego rezarán los niños la Oración Dominical y la Salutación Angélica pidiendo al Señor la gracia de adelantar en su conocimiento y amor. Igual súplica han de hacer los adultos cuando vayan a oír la predicación de la divina palabra.

Los niños han de saber por qué motivo acuden a la Virgen Santísima, al comenzar la doctrina. A ese objeto se les dirá que es muy poderosa para ayudarnos a sacar fruto de la palabra divina, aquella Virgen santísima, que conoció como nadie los misterios de Jesucristo y que trajo al mundo al Verbo encarnado, la eterna palabra y la luz.

Distribuidos los niños en clases y separados de las niñas hablará a todos juntos, con lenguaje afable y familiar.

Ante todo, en cada lección, procurará aclarar las palabras más importantes y difíciles; no sea que, por desconocerlas, se queden los niños sin entender lo demás, y se aburran y cansen, sin sacar nada en absoluto. <sup>45</sup>

45 Suele admitirse por los autores de obras pedagógicas dos clases de explicación: verbal, y real; o de palabras, e ideas. La primera suele hacerse descomponiendo o dividiendo el vocablo en sus partes; o valiéndose de su etimología; o sustituyéndole por otros equivalentes.

Para la explicación real o de ideas se explica su comprensión,



Tales palabras son: Jesús, Cristo, Redentor, Santificador, Santificación, Iglesia, Religión, Símbolo, Misterios y otros. Han de exponerse de manera que los niños además de entenderlos, se aficionen a la oración.

Al explicar la etimología de esas palabras, lo cual da muchas veces abundante materia que decir, para sostener la atención de los alumnos, prontos siempre a distraerse y para que se graben las ideas en la memoria y lleguen al corazón, es muy conveniente hacer algunas preguntas. <sup>46</sup> Después ha de explicar con toda claridad algunos puntos principales. <sup>47</sup>

**CONSEJOS PARA LA DISCIPLINA.**—Si los niños no están atentos, guárdese muy bien el catequista de amenazarlos o reprenderlos con excesiva severidad; la *doctrina*

su extensión, sus relaciones con otras más conocidas. Pero muy bien puede hacerse a la vez, con la verbal, la explicación real, por medio de procedimientos intuitivos, como en el método psicológico. (Véase nuestro *Tratado Elemental de Pedagogía Catequística*, páginas 176 y 193).

<sup>46</sup> Aquí se insinúan las ventajas de la repetición y de la forma interrogativa. El Catequista ha de imitar al que camina con otros que son débiles y no pueden correr mucho; anda despacio y se vuelve a ver si le siguen. Ese es uno de los fines de las preguntas retrospectivas.

<sup>47</sup> Por demasiado aceite, dice San Francisco de Sales, puede apagarse la lámpara. Si son varios puntos los de una lección ha de procurarse la unidad temática y didáctica; pues, como afirma Mey: *la unidad es luz y es fuerza*. (Véase nuestra *Pedagogía Catequística*, pág. 167).

*misma que explica ha de ser el mejor atractivo; y les moverá a temor santo, recordarles el juicio de Dios y los castigos con que amenaza a los pecadores; así como excitará su esperanza el pensar en el gozo y felicidad del reino de los cielos.* <sup>48</sup>

Quando algún niño no hubiere aprendido de memoria la lección, o por temor no se atreva a recitarla en público, cosa que ocurre fácilmente, le disculpará el catequista y le tratará bondadosamente, animándole, y añadiendo que no se apure, pues lo mismo puede pasar a otros.

Se pretende con ésto que el niño no deje de venir a la iglesia y a la catequesis, lo que no raras veces sucede. <sup>49</sup>

Ha de encargar a un varón grave y honesto que cuide del orden y haga cesar el ruido que meten los niños; y si tuviere que imponer severos castigos, háganlo otros, no el catequista. <sup>50</sup>

---

48 La frase *bona culina bona disciplina*, se aplica a la catequesis, dando a entender que el mejor medio de mantener el orden y sostener la atención y lograr la cooperación de los alumnos, es que la explicación sea interesante y sencilla. Para eso ha de prepararse bien. «La falta de preparación tiene grandes inconvenientes. La explicación resulta vaga, oscura, difusa; el espíritu de los niños se turba; escuchan mal, están impacientes y yo con ellos», escribía Overberg en su diario íntimo.

49 Es norma fundamental respecto a reprensiones, amenazas, y castigos, que nunca se ha de proceder indiscretamente, con impaciencia, o rigor que exaspere. Porque si el niño se aleja de nosotros, es muy difícil atraerle de nuevo a la Catequesis.

50 Ya en tiempos de San Carlos Borromeo, tenía el sacerdote como auxiliares de la disciplina los *silenzieri*. Excusado es decir que los

Se ha de exhortar, repetidamente, a los padres a que eduquen a sus hijos en la modestia, piedad y respeto; así, cuando sean éstos mayores, estarán con devoción en el templo, y guardarán la debida reverencia a las cosas santas.

Cuando el catequista, después de haber preguntado a los alumnos, da por terminada la lección de Catecismo, rogará a los padres y educadores que luego, en casa, repasen con ellos lo que aprendieron en la catequesis.

Encargará a los niños, para que se acostumbren a defender la verdad, que si oyeren a los criados blasfemar del nombre santo del Señor o hablar menos honestamente los corrijan; con lo cual merecerán la alabanza de Dios y la protección de los ángeles.

Terminará con la oración, dando gracias a Dios, juntamente con los niños, para que ellos prácticamente aprendan a recurrir al Señor en todos sus trabajos y a darle gracias por los auxilios recibidos.

Si algún peligro amenaza al Estado rezan las Letanías, u otras oraciones rogando a Dios nos libre del peligro. Así entenderán que todo bien proviene de la bondad divina, sin la cual serían inútiles todos nuestros pensamientos y todos nuestros esfuerzos.<sup>51</sup>

---

castigos corporales están prohibidos en la catequesis; y hoy, generalmente, aun en las escuelas.

51 Relacionar la Catequesis y la oración con la vida es buen medio para que los niños lleven una vida cristiana, y más adelante no dejen las prácticas piadosas. El célebre catequista contemporáneo

Sean también que han de pedir, primeramente, por el Papa y por toda la Iglesia Católica, por que los Príncipes cristianos procuren la propagación del reino de Jesucristo; que el Señor envíe operarios a su viña, que se conviertan los pecadores, que los infieles conozcan la verdadera religión, que los herejes vuelvan al seno de la Iglesia; por los difuntos que están en el Purgatorio; y, en fin, por todo lo que sea para gloria de Dios y salvación de las almas.

**LUGAR DE LA CATEQUESIS** <sup>52</sup>.—El lugar más a propósito

Eduardo Poppe, fundador de la Liga de Comuniones y Asociación de Catequistas de Gante, Breda y otras, en su «Método de dirección espiritual Catequística», insiste mucho en esa relación, tan necesaria si se atiende al fin de la Catequesis.

52 *«Locus ubi Catechismus exponi debeat»*, es el título del capítulo XII de la Teología catequística en la edición de Colonia. Luego en el capítulo XIV *«Locus alius, et tempus docendi pueros Catechismi»*, dice que con gran facilidad los maestros, ora eclesiásticos, o bien seglares, pueden enseñar en la escuela el Catecismo a los niños, recitando ántes y después de clase, con la oración, las fórmulas de la doctrina cristiana. Propone el plan prescrito por el Archiduque de Austria D. Fernando, para las escuelas del Tirol. Helo aquí:

*Al comenzar la clase por la mañana, una vez reunidos los niños hacen la señal de la cruz y oran y recitan lo siguiente: Omnipotente y eterno Dios, Padre clementísimo; míranos con ojos de misericordia a nosotros, tus hijos queridos, y concédenos propicio que sea con nosotros y habite en nuestras almas tu Santo Espíritu, el cual nos ilumine y nos enseñe lo que sirva para tu divina gloria, para nuestra salvación, para bien de tu pueblo y prosperidad de la Iglesia*

para la enseñanza de la doctrina católica es el templo, junto al cual solían construirse antiguamente las escuelas, para que fueran unidas la Ciencia y la Religión. Para mayor bien de los pueblos conviene que templos y escuelas estén situados en los centros de mayor vecindad, en medio de los edificios más habitados.

Maş como no hay cosa por buena que sea que al principio no presente dificultades, piense el catequista, dis-

Católica Romana. Enciende en nosotros el fuego de tu amor, haz que tengamos horror y odio al pecado, que deseemos con anhelo la justicia y todas las virtudes, y que, como hijos tuyos obedientísimos, te agrademos en vida, y en la hora de nuestra muerte. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amen.

Padre Nuestro. Ave María. Credo.

La gracia del Espíritu Santo sea con nosotros y permanezca en nosotros siempre. Amen.

En el nombre del Padre † etc.

*Después de la clase de la mañana.*—Omnipotente, benigno y misericordioso Dios, Padre nuestro; nosotros tus queridos hijos, te damos gracias por todos tus dones y beneficios, y humildemente te rogamos que continúes otorgándonos tu divina gracia a fin de que aprovechemos, todo lo que hemos aprendido, para gloria de tu santo Nombre; para nuestra salvación y para bien y salvación de otros muchos. Te encomendamos también, oh Señor, todas nuestras acciones y trabajos, nuestra vida y nuestra muerte. Te rogamos nos concedas disfrutar de tu gracia en esta vida y bendecirte y alabarte con gozo eterno y felicidad en la otra, en compañía de todos tus escogidos.

Por Jesucristo Nuestro Señor. Amen.

Los Mandamientos de la ley de Dios son diez: Primero, yo soy el Señor tu Dios, etc.

De estos Mandamientos dice Jesucristo: Si quieres entrar en la

cretamente, si no será más acertado comenzar la instrucción por los barrios pequeños y más apartados, donde se podrá más fácilmente evangelizar a los pobres, y la semilla divina arraigará más profundamente. A no ser que algún predicador insigne y celoso, a cuya caridad nadie se resiste, juzgare más oportuno dar principio por la iglesia principal a la que por su mayor cabida puede acudir mucha más gente.

---

vida eterna guarda los Mandamientos (Matth. 19).

*Los Mandamientos de la Iglesia* son cinco: El primero, oír Misa. Quien no escuchare a la Iglesia debe ser para nosotros como gentil y publicano, como dice Jesucristo (Matth. 18).

La gracia divina sea con nosotros y permanezca en nosotros siempre. Amen.

En el nombre del Padre † etc.

*Antes de clase por la tarde.*—Señor, Padre Celestial, concédenos tu divina gracia a fin de que comencemos prósperamente y realicemos todas nuestras acciones en nombre de Nuestro Señor Jesucristo y para tu gloria y alabanza. Amen.

Padre Nuestro. Ave María.

*Los Siete Sacramentos* son: El primero Bautismo, etc.

*Las tres obras principales:* Primera, Oración...

*Las siete obras de misericordia corporales:* Primera, Dar de comer al hambriento...

*Las siete espirituales* son: Primera, corregir a los pecadores.

Con la medida con que midiéremos seremos medidos (Matth. 6).

La gracia del Espíritu Santo sea con nosotros y permanezca en nosotros siempre. Amen.

*Al terminar la clase de la tarde.*—Te damos gracias, Dios benig-nísimo, por la doctrina e instrucción que nos has procurado, y humildemente te rogamos que nos ayudes con tu gracia a proseguir en el camino emprendido, de modo que creciendo en sabiduría te glorifi-

Un medio eficaz para que los niños acudan puntuales a la catequesis puede ser el que usan en Roma, donde en cada parroquia están inscritos los niños que han de asistir a ella. Después de comer, unos cuantos muchachos salen por las calles con una campanilla y a voz en grito llaman a los niños y a las niñas a la Doctrina, a repasar el Catecismo. <sup>53</sup>

quemos siempre a Ti y contribuyamos a la salvación de nuestro prójimo. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amen.

*Los siete pecados capitales* son: Soberbia, etc.

De ellos está escrito: Los que hacen tales cosas no conseguirán el Reino de Dios, sino que perecerán eternamente (Gal. 5).

*Los seis pecados contra el Espíritu Santo* son: Primero, Presunción de salvarse...

Estos pecados no se perdonarán en esta vida, ni en la otra; o sea, se perdonarán difícilmente.

*Los cuatro pecados que claman al cielo:* Primero, Homicidio voluntario, etc.

Estos crímenes los castiga Dios terriblemente.

*Los nueve pecados ajenos*, etc. De esta manera nos hacemos reos, ante Dios de los pecados ajenos, como si nosotros mismos los hubiésemos cometido.

La gracia del Espíritu Santo sea con nosotros y permanezca en nosotros siempre y se digne librarnos y preservarnos de todos estos pecados. Amen.

El sábado se reza la Salve; el jueves por la tarde, en lugar de la oración de otros días, una a Jesús agonizante en el huerto, y el viernes a la Pasión y muerte de Jesucristo crucificado.

53 Sabido es que decía San Ignacio: «Si sólo un niño viene a oír la doctrina lo tendré por un excelente auditorio para mí». Esto para que nunca entre el desaliento. Pero hemos de procurar que asistan

Entre los muchos ejercicios piadosos que se practican en Roma, ninguno interesa tanto a los niños como éste de la Catequesis, ni gana más las simpatías de los feligreses hacia sus párrocos y pastores; ninguno vale como éste para aplacar al Señor ofendido, ni contribuye, en mayor grado, al gobierno pacífico y justo de los pueblos.

Otro lugar, a propósito, para la Catequesis son los colegios y escuelas, donde el maestro debe con celo y diligencia ocuparse en tan importante y santa labor.

#### EL ANGEL Y EL CATEQUISTA <sup>54</sup>.—Si el ángel, esclarecido

---

muchos niños. Y un buen procedimiento para no olvidarlo consiste en un fichero doble. En un lado se hallan los nombres de los que suelen asistir; en el otro los que no asisten. Se ha de trabajar asiduamente por que disminuyan las fichas en éste y aumenten en el primero.

54 Queremos trasladar aquí, para edificación de todos los catequistas, los cuales, como San José de Calasanz, han de ser muy devotos de los ángeles de los niños, y que realmente desempeñan el oficio de ángeles, lo que San Gregorio Taumaturgo dice hermosamente en su «Oración eucarística» al despedirse de los Orígenes:

Obligado por la persecución huyó Orígenes a Cesarea de Palestina, y fundó allí una escuela catequística. Se le presentaron dos jóvenes del Ponto, que eran paganos; y de tal manera los cautivó, que recibieron el Bautismo y llegaron a las más altas dignidades eclesiásticas.

Después de permanecer varios años bajo su dirección, llegó el tiempo de regresar a su patria. Entonces Gregorio, llamado más tarde el Taumaturgo, el mayor de los hermanos, al despedirse del gran Catequista le dice en un discurso de acción de gracias: Cuando un buen ángel nos trajo a tí, mi hermano y yo éramos aún paganos;



ministro y familiar de Dios, llega a ser compañero y custodio de un hombre, porque conoce el valor del alma humana, y principalmente por obedecer a la Majestad divina ¿qué no haremos nosotros, tan pequeños y tan pobres, a quienes Dios ha constituido custodios de numerosos

mas nuestro Angel Custodio pudo entonces descansar por algún tiempo. No es que vaya yo a pensar que estuviese cansado por el oficio que desempeñó hasta aquel instante; es que sabía muy bien que nos confiaba al mejor varón y más perfecto maestro. No es, pues, que los espíritus celestiales necesiten alivio alguno, sino que nuestro Angel gozaba de sosiego, sabiendo que hacía sus veces Orígenes.

Desde el primer momento *procuraste ganar nuestro ánimo por el amor que se traslucía en tu trato, por el tono de tu voz, por el contenido de tus pláticas, por medio de toda clase de desvelos te empeñaste en ganarnos el alma.* Ciertamente que mi hermano y yo, como el pez o el pajarillo cogido entre las mallas, tratábamos de desprendernos de la red y recobrar nuestra libertad. Nuestros pensamientos nos arrastraban de nuevo al Ponto; mas tú, por el cariño unas veces y otras reprendiéndonos justamente, nos trajiste a buen acuerdo. Nos inculcaste también el amor del Logos, amor del Verbo Divino, que atrae al hombre y vence toda resistencia. Así ocurrió que *nuestras almas y la tuya se confundieron en una sola, como las de David y Jonatás.* Lo he leído, después, y aprendido en las Sagradas Letras; pero lo experimenté ya y lo sentí cuando por vez primera vinimos a tí, nuestro Catequista y Maestro.

Ha llegado ahora el momento de despedirnos. Me conmueve el alma la pena, como debió suceder a nuestros primeros padres cuando se vieron obligados a dejar el paraíso, como la siente el hijo que se marcha de la casa paterna, como los hijos de Israel, sentados junto a los ríos de Babilonia, colgaban de los sauces sus arpas y regaban la corriente con sus lágrimas. Con lágrimas nos separamos de tí, Maestro carísimo. Pero llevamos con nosotros tu grato recuerdo:

jóvenes y mensajeros de su voluntad? A quien fuere negligente en este oficio no le escogerá el Señor para otros mayores, antes maldecirá a los que desempeñen con negligencia ese cargo que les encomendó. Mas aquél, cuyo pecho cristiano arda en el amor a Jesucristo, se entusiasmará por esta obra, si considera el gran alcance de este bien, hecho a los niños, por los cuales, como por vivientes acueductos, se extenderá a las familias; y si piensa que se prepara para sí inmarcesible corona por cumplir con el mandato del Señor, el cual nos encarga a cada uno cuidar de nuestro prójimo, mandato que particularmente se refiere a los que, no como mercenarios, sino como hijos, por razón de su estado y vocación divina han consagrado su vida a la salvación del prójimo.

**TIEMPO EN QUE HA DE ENSEÑARSE EL CATECISMO.**—En todas partes, ha de tenerse Catequesis a lo menos los domingos; y además cuando los ánimos están mejor dispuestos para recibir la palabra de Dios.<sup>55</sup> Y puesto que los días de sínodo, muchas veces, particularmente en Francia,

---

los gérmenes del bien, de la religión y del temor de Dios que has sembrado en nuestros corazones.

Y ahora danos tu bendición. Ruega por nosotros para que nuestro Angel Custodio nos acoja de nuevo y nos proteja, nos guíe y nos guarde... Nos despedimos de tí; que nuestro Angel nos traiga a tí de nuevo, y podamos mostrarte los frutos de la simiente que has sembrado en nuestra alma. Ese ha de ser nuestro más grato y glorioso consuelo...

55 El Código de Derecho Canónico señala taxativamente los días en que se ha de explicar el Catecismo a los adultos: los domingos y

suelen coincidir con las fiestas de Pentecostés y Todos los Santos, podrán dedicarse unos días ántes a ejercitarse en dicha enseñanza, para que los numerosos párrocos que concurren al sínodo lo vean prácticamente y aprendan, y se animen a realizar ellos lo mismo en sus parroquias. Con esta ocasión podrían exponer los libreros algunos Catecismos encuadernados, mayores y menores, el Pontificio o Romano, el Concilio Tridentino, libros de Casos, o de Moral, las Catequesis de San Cirilo de Jerusalén, la Confesión agustiniana, recopilada de las obras de San Agustín por Jerónimo Torres de nuestra Compañía, y otros libros que el catequista, o predicador, crea útil recomendar. <sup>56</sup>

Confíe en la bondad del Señor, el cual ha de bendecir

fiestas de precepto. (C. 1332). En cuanto a los niños, deja mucho a la determinación de los Ordinarios de las diversas diócesis. (C. 1336). El domingo es día muy atareado para los párrocos; pero es día de descanso para los escolares. A la razón del sosiego y estado de ánimo, que apunta Possevino, ha de añadirse la práctica de la Iglesia, y que la enseñanza de la Doctrina es uno de los medios de santificar el día del Señor. Hasta Jovellanos mismo, en su «Memoria sobre Educación Pública» o «Tratado teórico-práctico de Enseñanza», se lamentaba de la tibieza de los que han convertido las fiestas en días de zambra; y proponía como medio de inspirar la veneración santa que se les debe, destinar, desde la edad primera, algún tiempo a la instrucción religiosa, acostumbrando a los jóvenes a mirar las fiestas, no sólo como días de descanso, sino también de santificación.

<sup>56</sup> Como vemos claramente, tenemos aquí un esbozo de cursillo para catequistas, con sus lecciones prácticas, y exposición, por lo menos de libros.

y premiar esos trabajos que en tan corto tiempo dan lugar a tantos bienes.

Se abstendrá de la enseñanza de la Doctrina el catequista, mientras otros la enseñan, o predicán, cuando se canta la Misa mayor, o el Oficio Divino con gran asistencia y fruto del pueblo piadoso. Salvo en caso de necesidad, no tratará del mismo tema que el predicador; así evitará la emulación.

No canse al auditorio, con una explicación demasiado larga; no dure la catequesis más de una hora. Termine con un breve epílogo, recapitulando lo que ha dicho, con lo cual se darán cuenta los niños de lo que han aprendido, y asistirán de buen grado a las lecciones siguientes.

Jamás reprenda a los sacerdotes, a no ser por faltas públicamente conocidas y que causen grave perjuicio.<sup>57</sup> Si es preciso hacerles alguna advertencia, hágala en tiempo oportuno y guardando secreto.

Si no le hicieren caso, absténgase de hablar más y acuérdesese de que la caridad nunca se indigna, sino que lo sufre todo por ganar las almas; y, como dice San Gregorio, «tiene siempre compasión, jamás ira o enojo».

57 Recuérdense las luchas contra los hugonotes y otras circunstancias de tiempos de Possevino.

## CONCLUSIÓN

### **Alientos. Valor cristiano**

Ahí teneis lo que me pedisteis os escribiera acerca de la necesidad, utilidad y modo de enseñar el Catecismo. Quizá más tarde, añada otras cosas, si puedo disponer de algún tiempo, si Dios quisiere prolongarme la vida.

Rodeado de tribulaciones y con la peste que reina <sup>58</sup> no tengo, en realidad, esperanzas de vivir mucho. Ora vivamos, o bien muramos somos siempre del Señor. Y así espero yo que continuaréis hasta la muerte ocupándoos en esa obra tan santa de enseñar el Catecismo. El amor que os profeso y el que tengo también a vuestros conciudadanos, me mueve a insistir, con todo el empeño de mi

<sup>58</sup> Por esta fecha se hallaba Possevino en Roma, como Secretario del P. Mercuriano. Ya hemos visto que Dios le concedió todavía largos años de vida, durante los cuales publicó y reeditó numerosas obras.

alma, en rogaros encarecidamente que no dejéis esa obra tan necesaria y útil a la que habéis sido llamado.

No temáis a la turba de murmuradores, de que me habláis en vuestra carta, que alborotan y quieren que desaparezca la luz y lo invadan todo densas tinieblas. Cuantos más sean, y más obstinados, habéis de pedir con mayor fervor por ellos a Dios, que puede hacer de las piedras hijos de Abraham y ganar el corazón de los padres para sus hijos.

Tened muy presente que si aquellos antiguos doctores y mártires de las Galias hubiesen cesado en su labor apostólica por miedo a las dificultades, que les oponían hombres malvados y enemigos de Jesucristo, ni con su doctrina, ni con su fortaleza, ni con su sangre nos hubieran abierto y allanado el camino del cielo, sino que tal vez aún no tendríamos la dicha de llamarnos cristianos y viviríamos en la noche oscura del error, como los pueblos bárbaros, y como los indígenas de apartadas regiones.

¡Adelante, pues, amigo mío! Tenéis a vuestro favor la autoridad del virtuosísimo Cardenal Pelloveo, al reverendísimo Nuncio Apostólico, a los teólogos más eminentes y al Obispo de Evreux Claudio de Saintes; a los que habeis de añadir el Arzobispo de Viena que acaba de publicar un excelente Catecismo. Continudad animando a maestros, teólogos y párrocos que tenéis cerca, y escribid persuasivas y fervorosas cartas a los ausentes.

*Por amor a Jesucristo, por las entrañas de su misericordia, no ceséis jamás en vuestra gloriosa empresa de alentar a unos y a otros, con razones y ejemplos, a em-*

*prender decididamente la santa obra de la catequesis.*<sup>59</sup>

San Agustín, ardiendo en celo por la salvación de las almas, sin desatender al pueblo fiel que le había sido encomenzando, extendió, con gran prudencia, su acción a otras diócesis, llevando la luz de la doctrina a muchas gentes. Por lo cual se ha escrito que un solo hombre fué capaz de ganar para Cristo y hacer católica a toda el Africa, la tercera parte del mundo, que yacía entonces en las tinieblas y sombras de la muerte. Y aún nosotros, después de tantos siglos, disfrutamos de los beneficios que aquel vigilantísimo pastor hizo a la Iglesia y del bien inmenso que sus escritos producen en el mundo cristiano.

---

59 En el capítulo XV de la Teología Catequística trata de la Catequesis para alumnos mayores, de lo que suele llamarse ahora Catecismo de Perseverancia. Y brevemente apunta seis motivos para fundar esa *Escuela mayor* de Doctrina Cristiana:

1.º Porque en esa edad de las pasiones, con el mayor conocimiento de la Doctrina y trato con el prefecto del Oratorio, se libran de muchos peligros los jóvenes.

2.º Porque continúan ejercitándose en la piedad, y recibiendo con frecuencia los Sacramentos.

3.º Porque se les encomiendan diversos cargos y se inician en el apostolado.

4.º Porque ayudan a los prefectos en el cuidado de las demás clases de Catecismo.

5.º De un modo especial contribuyen al orden y vigilancia.

6.º Así se forman, como buenos operarios, y se aficianan a esta obra y aseguran su sostenimiento.

El Patriarca Cardenal Priuli aprobó y bendijo la *Escuela mayor* creada en Venecia.

¿Qué bienes no causa un trabajo incesante, mejor diré, el trabajo cristiano y vigilancia del ministro fiel, que habiendo emprendido con denuedo la causa del Señor, pone a ganancia sus talentos, y habiendo experimentado en sí mismo los efectos de la divina gracia, quiere, sin pereza, ni envidia comunicarla a otros, encendiendo al punto con su *luz las innumerables luminarias de los demás, sin que disminuya la suya propia?* <sup>60</sup>

Mucho han escrito ya los hombres sabios, especialmente en Francia, acerca de los dogmas de nuestra Fe. ¡Ojalá se hubiera hecho otro tanto para instruir, como se debe, a los jóvenes e ignorantes! ¡Ojalá se hubiesen darramado por ellos muchas lágrimas y ofrecido copiosas oraciones, con lo cual, aparte sus sabios y profundos argumentos, venció San Alejandro al hereje Arrio! ¡Ojalá

---

60 Es muy de advertir este carácter de la enseñanza catequística, y en general de toda misión docente. Si en nuestros bienes materiales damos parte a otros, disminuye nuestro propio peculio. No así en los espirituales, antes bien aumenta. Porque *docendo discitur*, se ven con más claridad las cuestiones, se precisan mejor las ideas, se aprende a utilizarlas para la vida cristiana. Si no disminuye la luz menos aún el calor: Es un buen medio para enardecerse excitar sentimientos en otros.

Y en cuanto a la práctica de las virtudes, refiere Dupanloup, que rogando él un día a Mgr. Bordéries, el catequista incomparable, que le diera algunos consejos para su aprovechamiento espiritual replicó: Puesto que la Catequesis os pone en la precisión de enseñar la virtud a los niños, me basta daros uno sólo: «*Sed sincero en vuestros Catecismos y seréis siempre un buen sacerdote*» (*L'Oeuvre par excellence IX entretien*).



se hubiese tenido en mayor aprecio la piedad, la pobreza y la obediencia, que se han jurado! No habría corazón, tan duro, que no cediera ante la eficacia de tales medios.

Os envío las nuevas indulgencias que el Sumo Pontífice Gregorio XIII acaba de conceder, después de las que habían ya concedido él mismo y el Papa Pío V, a los que enseñen la Doctrina Cristiana, o Catecismo por preguntas y respuestas como se hace en Roma, y casi ya en todo el mundo. <sup>61</sup> Aprovechaos de ellas y no ceséis de rogar por tan gran Pontífice y por Italia, sin olvidaros de mí. Adiós.

Roma, en el día de San Miguel Arcángel, del año 1576.

---

61 Su Santidad Pío XI por Breve del 12 de marzo de 1930, abrogadas las indulgencias concedidas por Papas anteriores, concedió cien días a todos los fieles, por cada vez que, a los menos durante veinte minutos, enseñaren o aprendieren el Catecismo. Además, indulgencia plenaria, que podrán ganar dos veces al mes en los días que ellos eligieren, si hicieren eso mismo dos veces durante el referido mes, con las condiciones ordinarias de confesión, comunión y visita de una iglesia, u oratorio público, rogando por la intención del Romano Pontífice.

Pero quedan vigentes las indulgencias y gracias concedidas a los cofrades de la Congregación de la Doctrina Cristiana. Entre ellas recordaremos la de altar privilegiado para todas las misas que se celebren por un cofrade difunto.

Se hallan en el Sumario de la Sagrada Penitenciaría, del 21 de diciembre de 1939.



## Cultivo de la piedad en los niños



### Noción de la piedad

**A**firma el Doctor Angélico en la Suma Teológica <sup>1</sup>, que la piedad, virtud moral, aneja a la justicia, inclina a dar a los padres el obsequio debido por su excelencia y por los beneficios de ellos recibidos.

En un grado más excelso, a nuestro Padre Celestial, infinitamente perfecto y santo, nuestro Criador y Bienhechor, debemos el homenaje de nuestro reconocimiento y adoración. De aquí que la religión o culto de Dios, sea la piedad por antonomasia. <sup>2</sup>

Pero, realmente, la piedad para con Dios no se identifica con la religión; es, en frase de monseñor de Segur, como la *flor y nata* de ella, es la religión practicada de

1 2a. 2ae. Quest. LXXX, art. 1.º y CI, 1.º

2 *Ibid.*, art. III, ad secund.

una manera superior y más perfecta. <sup>3</sup> Hace cumplir sus deberes con santa diligencia; prontitud de ánimo que entra en la verdadera devoción, según enseña el mismo Doctor de Aquino. <sup>4</sup>

Puede la piedad ser virtud natural, o sobrenatural; adquirida, o infusa; y facilita los actos de la virtud uno de los dones del Espíritu Santo que recibe ese mismo nombre.

\* \* \*

De esta noción de la piedad se deducen sus elementos:

1.º *Respeto filial*, o reverencia al lugar santo y a las personas, cosas y actos del culto.

2.º *Prontitud y diligencia* en las cosas referentes al servicio divino, como la oración, los divinos oficios, la recepción de los Sacramentos.

3.º *Obediencia* a los preceptos del Señor y de la Iglesia.

Si bien se advierte, la reverencia, el obsequio y la obediencia son las señales de la piedad filial, que nace del amor del hijo para con sus padres.

Y así podemos distinguir la piedad verdadera de la falsa. No es buen hijo el que obsequia y acaricia a sus padres, pero a la vez los disgusta por sus continuas desobediencias. Como no es verdadero devoto el que practica

---

3 *La piété enseignée aux enfants*. Tolra. Paris. Préface, pág. 9.

4 *Sum Theol.* 2a. 2ae., LXXXII, art. 1.º

muchas *devociones* y, bajo la capa de la piedad, oculta vicios y pecados de que no quiere corregirse.

Ni es verdadera piedad la *superficial* de meras fórmulas, ni la *sentimental* de meros afectos, sin conocimiento ni solidez en su base.

Hemos de reconocer que los afectos, sentimientos de alegría y gusto, facilitan la devoción. Por eso dice el P. La Puente que «virtud de sólo conocimiento con poco afecto es como forzada». <sup>5</sup> Pero sin esa alegría y gozo accidental, puede darse prontitud de voluntad en los actos religiosos o de culto.

### Su importancia

Del concepto de la piedad se deduce su importancia. <sup>6</sup> Tributar a Dios el honor y culto debido es digno, justo, equitativo y saludable, como se canta en el Prefacio. Hoy, más que en otros tiempos, para contrarrestar el materialismo y la sed de placeres, para que los cristianos no se dejen llevar por la opinión de los mundanos, que ponen su ideal en las diversiones, riquezas y necios aplau-

5 *Guía espiritual*, Trat. 1.º-IV. Hay que evitar, pues, la *desviación*, que antepone lo secundario y deja lo principal; la *confusión* de la sensibilidad con la piedad; la *separación* de la piedad y la vida. (*Persévérance*. Vol. VII, pág. 161).

6 JOSEPH ADRIAN. *Die Erziehung zur Frömmigkeit*. Mergentheim, 1927, pág. 51.

sos, es preciso emplear la táctica del profeta <sup>7</sup>, que escribió a los judíos, cautivos, con el fin de apartarlos del culto idolátrico: «Cuando viereis a la turba postrarse ante los ídolos, decid en vuestro corazón: ¡Hemos de adorarte a Ti, oh Señor...!»

La propia salvación va vinculada a la oración bien hecha. Por lo cual, San Alfonso María de Ligorio dice: «Jamás quisiera en mis sermones y en mis escritos hacer otra cosa que repetir continuamente: ¡*orad, orad!* Entre los libros que he compuesto, ninguno creo más provechoso que el de *El gran medio de la oración*; y si me fuera posible imprimiría tantos ejemplares como fieles hay en la tierra, para distribuírseles y hacerles entender la necesidad que tenemos de orar para salvarnos».

Las prácticas de piedad son fuente inexhausta de toda clase de bienes; y nacidas ellas del conocimiento y afecto filial, contribuyen a su vez a conservar y aclarar las ideas y a sostener vivos los sentimientos. <sup>8</sup>

Lo expresa elocuentemente Dupanloup en una de las conferencias que sobre catequesis dió al clero de su diócesis <sup>9</sup>: «Los que oran, jamás olvidarán las santas verdades de la Religión que se recuerdan continuamente en las plegarias; jamás se les borrará del todo la impresión de las cosas divinas; conservarán cierto sentimiento de Dios, porque ese sentimiento y esa impresión

7 Jeremías, BARUC, VI-5.

8 TALHÖFER, *Der Münchener Katechetische Kurs*, 1911, pág. 280.

9 *L'oeuvre par excellence*. Liv. II, 7.



se sostendrán y renovarán en ellos al rezar las oraciones cotidianas. Si rezan... atraerán sobre sí las miradas de Dios, recibirán sus gracias. Si rezan, lograrán la perseverancia y pronto o tarde volverán al Señor y se salvarán».

\* \* \*

Si tan útil y necesaria es la piedad (*pietas ad omnia utilis*, que dice el Apóstol, I ad Timot., IV, 8), ha de cultivarse en los niños desde la más tierna infancia. Aquí, como en la enseñanza de la Religión, el mal no está en comenzar demasiado pronto, sino en dejar pronto la obra comenzada. La psicología moderna insiste más y más en la importancia de los primeros años. Se ha comprobado que las impresiones recibidas entonces ejercen gran influencia en todo el decurso de la vida.<sup>10</sup> «Ese primer período de formación es de singular trascendencia», decía el Dr. Hower en el Congreso Litúrgico en Lovaina.

Añádase a esto lo que afirma Mons. Segur, que «el corazón de los niños se abre al amor de Dios como se abre a los rayos del sol en primavera el cáliz de las flores. Mucho más de lo que generalmente se piensa, son los niños capaces de la piedad».<sup>11</sup> Las virtudes sobrenaturales que han recibido en el Bautismo y el candor mismo e inocencia de su alma son garantía de su buena disposición.

Así, pues, repetiré con el preclaro Obispo de Orleans:

---

<sup>10</sup> *Journal of Religious Instruction*, vol. 1.º, pág. 483.

<sup>11</sup> Loc. cit.

«Uno de los favores espirituales más grandes que podéis y debéis hacer a los niños confiados a vuestros cuidados, es enseñarles a orar, y a orar bien. Y tenedlo entendido: hasta que no veáis en la catequesis que vuestros niños rezan de veras, mientras no haya descendido sobre ellos el espíritu de oración, penetrándolos de tal manera, que oren espontáneamente, nada habréis aún conseguido. Cuando rezan, y solamente entonces, la obra de Dios comienza a realizarse en su alma». <sup>12</sup>

### Medios. Ambiente

¿De qué medios nos valdremos para cultivar la piedad en los niños? Vamos a reducirlos a tres grupos: 1.º *Ambiente piadoso*, en lo cual incluimos el buen ejemplo de los educadores; 2.º *Instrucción*, y 3.º *Ejercicio*.

Al hablar del ambiente sale de nuestro corazón conmovido un «*Benedictus Dominus*» que nos libró del malhadado laicismo, dando gloriosa victoria a los héroes de nuestra Cruzada. Prescindiendo de lo que a los Centros de Enseñanza Media se refiere, transcribiremos, al final, dos Circulares, o parte de ellas, que atañen a la Primera Enseñanza y, para estímulo de todos y honor de España, muestran el verdadero sentido de la entronización del Santo Crucifijo y de la imagen de María Inmaculada en las Escuelas.

---

12 DUPANLOUP, obr. cit. *ibid.*

Los padres, decía el Excmo. Dr. Gomá en el Congreso Catequístico de Zaragoza <sup>13</sup>, «valiéndose de la impresionabilidad sensitiva que caracteriza la aurora de la vida humana, asedien el alma de sus hijos con toda la batería de que dispone nuestro sistema cristiano para ganar corazones y almas: razones, historias, ritos y símbolos, imágenes, ejemplos dentro y fuera de casa, hasta obligar al niño a respirar por todas las aberturas de su alma y por todos los poros de su vida la verdad y el bien, y la belleza de la religión y de la vida cristiana. Un hogar cristiano, en vez de ser un almacén de mascotas y bibelots y de quincalla de gusto pésimo, debiera ser, como lo fueron nuestras viejas casas, un santuario en que todo hablara de nuestro buen Dios y de nuestra santísima religión». «No necesitamos decir —escribe María Fargues— que vale mil veces más una oración bien hecha en un cuarto sin crucifijo, que una habitación llena de objetos piadosos sin oración, o con una recitación maquinal de las oraciones.

Pero, hecha esta advertencia, no demos por inútil hacer gastos en añadir al «espíritu», que es lo necesario, «la materia», que no es cosa superflua. Así crearemos un ambiente, y la fuerza secreta de los «imponderables» actuará por nosotros, y mil sutiles influjos manarán de los objetos, de nuestra voz y de nuestra actitud». <sup>14</sup>

Como, por desgracia, en no pocos hogares falta el am-

13 *Crónica oficial*, pág. 155

14 *L'Eveil du sentiment religieux*. Paris, 1931, pág. 23.

biente piadoso, mayor empeño hemos de poner nosotros en que el espíritu de piedad lo penetre todo en nuestras catequesis y colegios, no sólo la explicación, sino el local, textos y premios.

Y refiriéndonos de un modo especial a la catequesis, tocamos varias cuestiones que en un sistema de organización escolar han de tenerse muy presentes. Porque cierto es que salones y aulas independientes ofrecen grandes ventajas; pero no lo es menos que las capillas y naves del templo hacen sentir más de cerca la presencia del Señor, que ilumina e inflama las almas. ¡Con qué emoción decía Mons. Borderies a sus catecúmenos: «Acordáos de la santa capilla!»

En el Congreso de Granada (Concl. sexta, tema XIV) se consideró como local más adecuado para la catequesis el templo; en el de Valladolid se acordó que a lo menos se celebraran en él algunos de sus actos. Si se reúnen los niños en otro local, procuremos que por su ornato, cuadros e imágenes inspire recogimiento y devoción.

Algo de este fervor convendría introducir en los textos de Catecismo. Sin convertirlos en devocionarios, sería bueno hacer llegar a ellos breves consideraciones y afectos como los del Beato Raimundo Lulio en su libro de *Doctrina pueril*: «Hijo, ama a Dios, que tanto te ama y tan buen Señor es. ¡Bendito sea! ¡Ah, hijo! ¡Cuán pobres y estrechos fueron los pañales en que fué envuelto el Hijo de Dios, y qué pocas personas le sirvieron...!»<sup>15</sup>

---

15 Véase la edición de D. M. Obrador, publicada por la casa Gustavo Gill, Barcelona, 1906.

En el texto único de Catecismo prescrito en Alemania, se contienen sentimientos, motivos, propósitos, oraciones, tomados con frecuencia de la Sagrada Escritura. El librito de Religión de Monseñor Pichler <sup>16</sup>, ordenado por el Episcopado austriaco para los cursos inferiores, es, según afirma el Dr. Seipel, muy excelente para la vida cristiana y enseña muy bien a rezar. <sup>17</sup>

Los premios son otro recurso que ha de fomentar la piedad. No queremos decir que se premien los actos de piedad que realicen los niños. En ciertos casos, como respecto a la Comunión, lo han reprobado pedagogos y Congresos (v. gr., el Eucarístico de Toledo). Nos referimos ahora a que si se dan premios en las catequesis, se prefieran objetos devotos, crucifijos, imágenes, pilas, estampas religiosas, libros, rosarios, medallas, para llevar la religiosidad a las familias. Es uno de los datos que han de entrar en cuenta para resolver el problema de las recompensas. Según la Memoria leída en la Asamblea general de la Archicofradía de la Obra de los Catecismos de París el 21 de noviembre de 1933 durante un curso la Central de la Obra ha expendido más de 1.500 docenas de rosarios, 7.000 estatuitas, 7.000 crucifijos, miles y miles de medallas y estampas. <sup>18</sup>

\* \* \*

La piedad de los padres, maestros y catequistas ha de

16 Ha hecho la versión española el R. P. Camilo María Abad, S. J.

17 *Revista Catequística*. Vol. XXIII, pág. 7.

18 *Cahiers Catéchistiques*, núm. 13, pág. 234.

ser lo que más sobresalga en el ambiente. Que al enseñar a los niños los caminos de la piedad, puedan decir como el ángel a Tobías: «Esos caminos los conozco muy bien; los he recorrido muchas veces». <sup>19</sup>

«Miren que los miran y copian los niños, y que las cruces, genuflexiones y las actitudes todas de los padres y maestros, tal como las vean hacer, así las harán; si con precipitación, precipitadamente; si con devoción, devotamente; si con distracción, distraídamente. <sup>20</sup>

La piedad del catequista dará vibración y eficacia a sus palabras. Aparte el valor de la oración para conseguir fruto en las almas. <sup>21</sup>

### Instrucción

El segundo medio para cultivar la piedad en los niños es la instrucción.

Siendo el objeto material de la piedad los actos de culto, como la oración, los divinos oficios, los sacramentos, vamos a concretar nuestro estudio a la oración; y observaremos con Götzel <sup>22</sup>, que no sólo al tratar ex profeso de esta materia, sino en toda la enseñanza religiosa

19 DEMENTHON, *Directoire*, citado en nuestro *Ramillete de pensamientos*, pág. 44.

20 MANJÓN. *El maestro mirando hacia dentro*, 246, 4.

21 *Apostolat des Catéchismes et Vie interieure*, París, 1910, pág. 62

22 *Religion und Leben*, segunda parte, págs. 49-77.

hemos de procurar que el niño aprenda a conversar con Dios, a bendecirle, alabarle y pedirle sus dones.

No basta que el niño sepa las oraciones; ha de saber orar. Acaso por encarecerlo, afirma Götzel que esto es antes que aquello. <sup>23</sup> Las dos cosas se harán simultáneamente, sobre todo al enseñar el Padrenuestro. Claro, que la enseñanza ha de ser graduada e intuitiva. Se partirá del afecto que el niño tiene a sus padres y el sentimiento de su propia debilidad.

Nos valdremos de la Historia Bíblica, y principalmente de las enseñanzas y ejemplos de Jesucristo. Haremos entender a los pequeñuelos que el mismo Jesús del Evangelio es el que se halla en el sagrario.

Los cuadros e imágenes nos prestarán muy buenos servicios. Para la oración de la mañana, la estampa de Jesús, llamando como peregrino a una puerta (*sto ad ostium et pulso*); para la de la noche, la de los discípulos de Emaús (*quédate con nosotros*); Jesús enseñando a orar, para el Padrenuestro; el cuadro de la Anunciación, para el Avemaría, etc. Utilizaremos el encerado para fórmulas, iniciales y gráficos. <sup>24</sup>

La excelencia y necesidad de la oración, sus fines, sus cualidades, su eficacia, sus circunstancias de lugar y tiempo, serán objeto de sencillas explicaciones. <sup>25</sup>

\* \* \*

<sup>23</sup> *Zuerst das Beten, dann erst die Gebete.*

<sup>24</sup> Véanse las lecciones 33-34 de nuestro Catecismo explicado con gráficos y ejemplos.

<sup>25</sup> MILLOT, *Le grand devoir de la prière*. Paris, Lethielleux, 1908.

Algunas fórmulas las aprenderán al pie de la letra, v. gr., el Padrenuestro, el Avemaría, el Credo, el Gloria; otras, al principio, abreviadas conforme a su capacidad, y a veces por medio de jaculatorias. Así, los actos de fe, esperanza y caridad, el acto de contrición, el ofrecimiento de obras.

El procedimiento consistirá en la repetición frecuente individual, o por grupos, según los casos. Se acordará el catequista, para evitar el fastidio, de la caridad y alegría que recomienda San Agustín en su tratado *De Catechizandis rudibus* (cap. XII, 17). «Os recomiendo que ejerzáis por vos mismo —escribía San Francisco Javier al P. Gaspar Barzés— una función desprovista de todo brillo exterior. Es la del catequista que hace repetir a los pequeños y a los rudos las oraciones que todos los cristianos han de saber de memoria».<sup>26</sup>

La repetición será *expresiva* y *correcta*, acerca de lo cual ha de examinarse el catequista para corregir quizá sus propios defectos. Precederá alguna aclaración acomodada a los pequeñuelos para que se den cuenta de lo que rezan, aunque no lleguen a entender todas las palabras. Se ha de procurar también que sientan y gusten en algún modo la dicha de hablar con Dios, nuestro Padre...

\* \* \*

El profesor Kautz, siguiendo las huellas de San Ig-

---

<sup>26</sup> CAPPLIEZ, *Manière d' apprendre et d' expliquer la prière*, página 18.



nacio de Loyola, Santa Teresa, San Francisco de Sales, Kempis y sus intérpretes, pone tres etapas o grados en la *escuela de oración*:<sup>27</sup> 1.º La oración vocal conforme a fórmulas determinadas. 2.º La oración libre o espontánea. 3.º La oración mental. A este término hemos de conducir gradualmente a los niños, poniéndolo al alcance de su inteligencia.

Las fórmulas fijas son necesarias para la oración en común; además, para aprender la manera de elevar el espíritu y hablar con Dios; aparte la grandeza y perfección de algunas oraciones, como la Dominical y la Salutación Angélica, por su origen y por su contenido. Pero se ha de cultivar la oración espontánea, en que el niño ejercita y muestra más su actividad, mientras que en la sujeción o fórmulas parece predominar un carácter receptivo.

Diversas devociones incluye Kautz en cada grado. En el primero, la oración *litúrgica* relacionada con las fiestas y tiempos del año eclesiástico, con la vida de Nuestro Señor Jesucristo: la oración *popular*, el Santo Rosario, Viacrucis; poesías, himnos, *cánticos* religiosos; *oraciones compuestas por los santos* y autores ascéticos; *jaculatorias*; *recitación* de las oraciones *leyendo en el devocionario*.

En el segundo grado, para la oración libre, pone tres clases de ejercicios: Uno consiste en que el niño *expres*

---

27 *Neubau des Katholischen Religionsunterrichtes. Kevelaer, 1924, vol. I, pág. 218 y siguientes.*

en frases cortas, *con sus propias palabras*, salidas del corazón, *ciertas fórmulas* del grupo precedente. Otro ejercicio puede ser la *petición o súplica* en las necesidades propias o ajenas, preocupaciones, peligros, tribulaciones y temores. Por fin, la *adoración, alabanza, acción de gracias*, siguiendo el impulso interior.

En el tercer grado se va disponiendo el niño para la meditación por medio de la *lectura espiritual*, seleccionando bien los libros. Ha de buscarse, más que el saber, el *sabor*; y no deja Kautz de advertir lo del P. Rodríguez: que la lectura ha de ser pausada, para reflexionar, imitando a las aves, que cuando beben levantan a menudo la cabeza. Entre otras indicaciones que en una de sus Hojas Catequistas y Pedagógicas del Avemaría hace D. Andrés Manjón, dice «que la meditación del niño pequeño se ha de reducir a la lectura y breve consideración de lo que se ha leído; mas la del niño crecido, del que ya reflexiona, del hombrecillo o mujercilla, debe ser la lectura meditada». «Y digo lectura —añade—, porque es la base necesaria para el niño que carece de conocimientos y con facilidad se distrae; y digo meditada, porque debe ir rumiada». <sup>28</sup>

Un paso más para acercarse al fin que nos proponemos, consiste en aquel modo de orar que pone San Ignacio: pronunciar pausadamente una oración vocal, deteniéndose en cada palabra o frase el intervalo de una

---

28 Hoja sexta, 3.

respiración a otra, pensando en el significado de las palabras, o en la dignidad de la persona a quien se reza.

Viene, por último, la meditación propiamente dicha, el ejercicio de las tres potencias, que es el método que suelen poner nuestros catecismos.

### Práctica

Vengamos ya a la práctica, que es el mejor modo de aprender a rezar, como se aprende a hablar hablando y a escribir escribiendo, y el principal medio de adquirir la virtud, pues los hábitos se adquieren y se perfeccionan con el ejercicio. <sup>29</sup>

¿Qué oraciones se rezarán en catequesis y colegios?

Serán: 1.º *Breves*, para que las devociones no cansen y no pierdan su encanto. Y aquí nos parece oportuno recordar dos consejos. Sea el primero que las devociones jamás han de adquirir la exuberante frondosidad de ciertas plantas parásitas que empobrecen el suelo donde brotan. Multiplicarlas será siempre un peligro; cultivarlas a costa de las prácticas esenciales, sería una insensatez. En una obra bien organizada, han de nacer espontáneamente de la sobreabundancia de savia religiosa. <sup>30</sup>

El segundo consejo es que las devociones tienen sus tiempos y sus lugares, y no todas son para la catequesis

29 ETL, *Gebetserziehung und Religionsunterricht*. Wien, 1929, página 83.

30 *Nos jeunes*, pág. 314.

o para el colegio. No creemos, v. gr., que convenga rezar el Rosario durante la hora dedicada al Catecismo, salvo algún día excepcional. Respecto a las oraciones de la mañana dice Laude: <sup>31</sup> «Hace cincuenta años no se hacía la oración de la mañana en la escuela. Se rezaban oraciones, se aprendía la oración de la mañana; pero no se trasladaba a la escuela el culto familiar... Hay el peligro de que se considere como un ejercicio escolar, como los ejercicios de gramática, o ir en filas».

2.º *Variadas*. Aquí también vale lo de *varietas delectat*. De la piedad litúrgica se tomarán jaculatorias, pensamientos, sentimientos; oraciones privadas sostendrán el fervor personal. Unas veces dirigirá la oración el maestro o catequista, o un niño; otras recitarán la oración todos juntos, o rezarán a dos coros, o bien, sugerido el objeto y fin de la oración, harán ésta en silencio.

3.º *Relacionadas* con la doctrina que se explica, y con las preocupaciones de los niños. Igual norma ha de observarse respecto a la oportunidad de los cánticos que suelen contener a la vez una enseñanza y una oración. El plan de los Rvmos. Prelados reunidos en Fulda dice que el profesor de Religión «debe acostumbrar a los niños a que tomen como objeto de su familiar conversación con Dios el contenido de la instrucción recibida».

4.º *Orientadas* en sentido eucarístico y marial. El sol de las devociones es la Sagrada Eucaristía en su triple aspecto de presencia real, sacramento y sacrificio; visitas

---

31 *Vingt-cinq années de luttes scolaires*. París, 1914.

al Santísimo, Comunión y Santa Misa. La devoción a la Virgen Santísima nuestra Madre dará vigor y florecimiento a la vida espiritual. Con esa orientación eucarístico-mariana, y procurando despertar en los niños el espíritu de piedad, e imprimir en su alma la doctrina valiéndose de la oración, ha compuesto Wagnet su Catecismo.<sup>32</sup> En cada lección desarrolla un punto doctrinal y con él relaciona un ejemplo, algo perteneciente a la Eucaristía y a la Santísima Virgen. Después de cada una de esas cuatro partes: Doctrina, Historia, Eucaristía, Virgen Santísima, sugiere unas breves oraciones tomadas de buenas fuentes y en armonía con la explicación.

Demos ahora, para la oración en común, algunas *adiciones*, que diríamos, empleando el término de San Ignacio.

Repetiremos una vez más que, con la oración en común, se ha de fomentar la oración en privado; y que la vida de piedad no ha de quedar reducida a las devociones en la catequesis o en el colegio.

Añadiremos que, para evitar la rutina y conseguir la piedad *personal*, ha de unirse el conocimiento y afecto con la práctica. A los niños pequeños les ayudará el educador, recordándoles algo de lo que sobre la oración les ha dicho en las instrucciones. Es como expresar en su lenguaje el *oremus* para preparar su corazón.

*El silencio y compostura exterior* influyen mucho en

---

32 *Catéchisme en prière, Eucharistique et Marial*. Paris, 1913.

el ánimo y obtienen gracias del cielo, entre ellas la devoción interior. No comience, pues, el maestro o catequista la oración hasta que todos los niños estén callados <sup>33</sup> y con el debido sosiego y reverencia. En general, no haga advertencia u observación alguna mientras están rezando, y si en algún caso se viera obligado a ello, hágalo en pocas palabras y con gravedad.

La oración es elevación del alma, y el acto de *presencia de Dios* es el primer requisito de una oración fervorosa. «Un momento antes de principiar —dice una de las adiciones de San Ignacio—, y a poca distancia del lugar donde se haya de hacer la oración, representarse a Jesucristo que nos contempla; mostrarle nuestro respeto con alguna señal exterior de adoración».

Hagamos observar esto a nuestros niños. En vez de ponerse precipitadamente de rodillas, se ponen primero de pie, miran en seguida al Sagrario, o al Crucifijo, o a la imagen de María Santísima, y por fin se arrodillan. Estos tres tiempos se indican con la campanilla, o con otra señal convenida.

La atención y cuidado en la oración pende en gran manera del empeño e interés que tiene el niño en los que pide. De aquí la ventaja de *proponer en cada caso un fin particular*. El tener como a la vista la necesidad, aumenta el fervor de la súplica. Mas no siempre será el fin pedir que el Señor nos libre de males o nos conceda sus bienes; puede la oración ser para darle gracias por un beneficio,

---

33 MAYER, *Katechetik*, segunda edición, pág. 124.

o implorar el perdón, o adorar su majestad soberana. <sup>34</sup>

Ya hemos dicho que los fines pueden relacionarse con los tiempos litúrgicos, o con la doctrina explicada, o con alguna circunstancia especial de los niños o de sus familias. Götzl <sup>35</sup> propone objetivos y devociones para cada mes, y algunos para ciertas semanas o días festivos. Así, v. gr., en Carnaval, pedir por los pecadores; en Témporas, rogar por los sacerdotes; en la fiesta de la Santísima Trinidad, rezar el Gloria, los actos de fe, esperanza y caridad, renovar las promesas del Bautismo.

Oración vocal no significa que se haga meramente con los labios. Han de tomar parte en ella la inteligencia y el corazón. «*Mens nostra concordet voci nostrae*», dice la Regla de San Benito (cap. 19). Si sube el humo y el perfume del incienso, es porque arde primero en el incensario.

La pronunciación correcta y pausada dará sentido a las oraciones; el tono piadoso hallará eco en los afectos, sosteniendo el fervor. <sup>36</sup>

*Laudate Dominum in cymbalis bene sonantibus.*  
(Salm. CL, 5).

Que ni la precipitación y gritos hagan estridente el sonido, ni la exagerada gravedad y desidia quiten agrado y gusto a las alabanzas del coro infantil.

\* \* \*

---

34 SEGUR, *La piété enseignée aux enfants*, pág. 256.

35 *Monatsziele. Religion und Leben*, II, pág. 73.

36 VIQUESNEY, *L'éducation de la piété*, París, 1923, pág. 5.

Buen medio para progresar en un arte es reflexionar sobre la obra realizada y examinarla con detenimiento.

Iniciemos a nuestros alumnos en esa práctica, tan recomendable, del examen acerca de la oración. Más que imponer nosotros las devociones, hagamos sentir su necesidad. Que el niño compruebe por sí mismo si es fiel a los ejercicios piadosos, o los omite sin suficiente causa. Que lo anote en una libreta, o ponga en ella algunos sellos como los que suelen usarse, para estímulo, en oratorios festivos y catequesis...

\*\*\*

Sirva como resumen de lo dicho y de sello a este trabajo, la hermosa máxima de Keller comentando a San Agustín: «Quién sabe rezar —dice el Santo—, sabe vivir bien». La oración es para el corazón del hombre lo que la luz para sus ojos; con razón se la ha llamado respiración del alma. ¡Bendito sea el maestro que hace rezar a sus discípulos!»<sup>37</sup>

---

37 Véase nuestro *Ramillete de Pensamientos para Catequistas y educadores*, pág. 85.



## Documentos

### En las Parroquias

El Segundo Concilio Provincial de Valladolid, celebrado en junio de 1930, en sus dos primeros párrafos del Decreto 255, dispone lo siguiente:

§ 1. *Parochi, vicarii oekonomi, et sacerdotes omnes quibus animarum cura, quovis modo aut ratione, incumbit, tenentur catechismum omnibus diebus dominicis et festis de praecepto, pueros et puellas edocere per integrae unius horae spatium.*

§ 2. *Permittimus, tamen, ut uno vel altero mense aestivo catechesis intermittatur, dummodo quotidiana, saltem per semihoram habeatur tempore Quadragesimae vel mense Octobre.*

En el apéndice VIII, cap. VI. Reglamento de los Catecismos de Confesión y de primera Comunión, se dan, entre otras, estas normas:

Art. 2. En la Catequesis general se procurará que los niños, próximos a la edad de siete años, valiéndose de la

Historia Sagrada, aprendan las preguntas que a dichos misterios (los necesarios con necesidad de medio) y a la Sagrada Eucaristía se refieren.

Art. 3. Durante los días feriados de Cuaresma y otros, si fuera preciso, después de Pascua, se tendrá una Catequesis especial que sirva de preparación más completa e inmediata. En ella se atenderá con esmero a la formación eucarística de los niños.

Art. 4. Durante dichos días, v. gr., al hablar de las disposiciones para comulgar dignamente, se enseñará a los niños la manera de confesarse y lo demás necesario para recibir el Sacramento de la Penitencia. Esta enseñanza será práctica, dada la edad de los niños, haciendo con ellos el examen de conciencia y sugiriéndoles motivos de contrición.

Puede el párroco, si lo juzgare más oportuno, destinar a estas instrucciones referentes a la Penitencia algunos días del otoño, cuando los trabajadores han terminado las faenas de recolección y las familias ricas han regresado ya de sus viajes de verano.

#### En las Escuelas

Hasta que el Decreto, del 6 de mayo de 1931, del Gobierno Provisional de la República dispuso que la instrucción religiosa dejara de obligar en las escuelas primarias, y luego, conforme al artículo 48 de la nueva Constitución promulgada el 9 de diciembre del referido año, la enseñanza se declaró laica, tenían los maestros en las escue-

las públicas de primera enseñanza la obligación de enseñar el Catecismo y la Historia Sagrada. Así consta por el Reglamento del 26 de noviembre de 1838 y la Ley de Instrucción pública, llamada de Moyano (por el Ministro que la refrendó) del 9 de septiembre de 1857. Y aun en el Real Decreto del 25 de abril de 1913, por el cual se eximía de la enseñanza religiosa a los hijos cuyos padres así lo deseasen, *por profesar religión distinta de la Católica*, se decía en el artículo 1.º: «Las enseñanzas de Doctrina Cristiana y nociones de Historia Sagrada continuarán figurando con carácter obligatorio en el plan de estudios de las escuelas públicas de instrucción primaria».

Es más: la instrucción moral y religiosa había de ocupar el primer lugar en la escuela; la lección del Catecismo e Historia había de ser diaria; cada tercer día habían de leerse algunos versículos de la Sagrada Escritura «haciendo el maestro las explicaciones o aplicaciones que le dicten su instrucción y prudencia».

Y los sábados, después de repasar lo estudiado en la semana había de terminarse con la lectura y explicación del Evangelio del domingo siguiente y la oración por los Reyes y por la Nación. (Reglamento del 38, arts. 38-44 Ley Moyano, art. 2.º).

Conforme al art. 37 del Reglamento del año 1938, el estudio de la Doctrina y las prácticas religiosas habían de estar bajo la inmediata inspección del Párroco o individuo eclesiástico de la Comisión local.

El art. 11 de la Ley Moyano, dice textualmente: «El Gobierno procurará que los respectivos curas párrocos

tengan repasos de Doctrina y Moral cristiana para los niños de las escuelas elementales, lo menos una vez cada semana».

Y un Real Decreto del 31 de marzo de 1858 insistió en ello, acudiendo a los Prelados para que dictasen las medidas oportunas. Pero, desgraciadamente, una serie de circunstancias impidieron que este Decreto, en muchas parroquias, se llevase a la práctica.

Orden de 21 de septiembre de 1936.—El apartado 2.º de la Orden núm. 13 (B. O. núm. 18), dispone que los señores Inspectores sólo autorizarán en las Escuelas primarias, las obras cuyo contenido responda a los sanos principios de la Religión y Moral cristianas, dando a entender claramente que la Escuela nacional ha dejado de ser laica; pero ante las dudas surgidas, se aclara explícitamente que las enseñanzas de la Religión e Historia Sagrada son obligatorias, y forman parte de la labor escolar (B. O. del 24 de septiembre).

La Circular, de 9 de abril de 1937, de la Comisión de Cultura y Enseñanza, dirigida a los señores Inspectores Jefes de Primera Enseñanza y Directores de Escuelas Normales, firmada por el Vicepresidente don Enrique Suñer, dice:

«En el rico patrimonio de tradiciones populares, vital y auténtica manifestación del genio nacional, figura con marcado relieve, que los siglos fueron cincelandó, la devoción española a la Virgen María, Madre de Dios.

La escuela faltaría a su misión esencialmente forma-

tiva si no recogiera esos latidos, que por ser del espíritu popular lo son de la Cultura, incorporándolos a la tarea pedagógica para imprimirle elevación en los conceptos y fragancia de juvenil alegría en el estilo, características de la escuela de la España que renace, frente al laicismo y cursi pedantería de la escuela marxista que hemos padecido.

En su virtud, esta Comisión de Cultura y Enseñanza ha acordado:

*Primero.* Que en todas las escuelas figure una imagen de la Santísima Virgen preferentemente en la española advocación de la Inmaculada Concepción. Quedando a cargo del maestro o maestra proveer a ello, en la medida de su celo, y colocándola en lugar preferente.

*Segundo.* Durante el mes de mayo, siguiendo la inmemorial costumbre española, los maestros harán con sus alumnos el ejercicio del mes de María ante dicha imagen.

*Tercero.* Todos los días del año, a la entrada y salida de la escuela, saludarán los niños, como lo hacían nuestros mayores, con la salutación «Ave María Purísima», contestando el maestro: «Sin pecado concebida».

*Cuarto.* Mientras duren las actuales circunstancias, los maestros todos los días harán con los niños una brevísima invocación a la Virgen para impetrar de Ella el feliz término de la guerra.

Lo que digo a V. S. para su conocimiento, el de la Junta de Inspectores y el de los maestros de la provincia; esperando de que todos pondrán el mayor esmero en su cumplimiento».

Con fecha de 5 de marzo de 1938, el Jefe del Servicio Nacional de Primera Enseñanza, D. Romualdo de Toledo, dirigió una interesantísima Circular a la Inspección de Primera Enseñanza y Maestros nacionales, municipales y privados de la España Nacional.

Copiaremos el preámbulo y lo referente a la educación religiosa, dejando lo que atañe a educación patriótica, cívica y física.

Dice así:

«La gloriosa gesta del pueblo español a las órdenes de nuestro invicto Caudillo, ha hecho posible que España recobre su manera de ser, lográndolo a fuerza de sacrificios dolorosos de sus hijos. En contribución gloriosa con derroche espléndido de ofrendas y heroismos sin tacha ni medida, todos aportan cuanto tienen; es la voluntad firme de un pueblo con siglos de historia genial y creadora que no se resigna a desaparecer.

La Escuela, forjadora de las futuras generaciones, fervorosamente fundida con este épico movimiento de resurrección patriótica ha de marcar su rumbo categórico hacia las glorias futuras, preparando a nuestra infancia por derroteros nacionales. Nuestra hermosísima historia, nuestra tradición excelsa, proyectadas en el futuro, han de formar el espíritu de los niños españoles. Al maestro se le encomienda esta obra transcendental. España le entrega sus hijos para formarlos en el amor a Dios y a su Patria. De ahí la gloria y la estrecha responsabilidad del Magisterio Nacional.

Con el fin de dar orientación fija y uniforme a todos los maestros de España, por mandato expreso y recogien-

do las indicaciones del Excmo. Sr. Ministro de Educación Nacional, la Jefatura del Servicio Nacional de Primera Enseñanza pública, para su más exacto cumplimiento, las siguientes instrucciones:

*Educación religiosa.*—La Junta de Defensa Nacional restableció la enseñanza religiosa en las escuelas nacionales por su Orden número 186. Ansiosamente pedía esta reforma la España Nacional. Imperiosamente lo exigían las necesidades educativas de la infancia española.

Este restablecimiento no quiere decir tan sólo que el maestro se limite a dedicar una o varias sesiones semanales a la enseñanza del Catecismo o Historia Sagrada. Esto es indispensable; pero de mucha mayor necesidad ha de ser lograr que el ambiente escolar esté en su totalidad influido y dirigido por la doctrina del Crucificado.

El restablecimiento del Crucifijo en las escuelas, con tanta solemnidad celebrado en todos los pueblos de las regiones reconquistadas por nuestro glorioso Ejército, no significa tan sólo que a la escuela laica del régimen soviético sustituya nominalmente el catolicismo de la Escuela nacional. Es preciso que en las lecturas comentadas, en la enseñanza de las Ciencias, de la Historia, de la Geografía, se aproveche cualquier tema para deducir consecuencias morales y religiosas. La enseñanza de la religión tiene que formar niños cristianos con ideas claras, con normas concretas para el presente y para sus futuras actuaciones ciudadanas. No ha de dirigirse tan sólo al sentimiento sino también al carácter y a la voluntad. Consecuencia de este ambiente religioso, que ha de envolver la educación de la Escuela, ha de ser la asistencia

obligatoria en corporación de todos los niños y maestros de las escuelas nacionales, en los días de precepto, a la misa parroquial, fijada la hora conveniente de acuerdo con la autoridad eclesiástica. El Santo Evangelio será leído con frecuencia, e ineludiblemente todos los sábados, explicando la dominica del día siguiente. La doctrina social de la Iglesia contenida en las Encíclicas «Rerum Novarum» y «Quadragesimo Anno» ha de servir para inculcar a los niños la idea del amor y confraternidad social hasta hacer desaparecer el ciego odio materialista disolvente de toda civilización y cultura».



## Obras Catequísticas

LECCIONES DE HISTORIA ECLESIASTICA, por el método psicológico, para catequistas auxiliares y alumnos de segunda enseñanza, y del grado superior de la Catequesis (5. <sup>a</sup> edición) .....	2'50 ptas.
EXPLICACION DIALOGADA DEL CATECISMO. Con la preparación para la Primera Comunión (5. <sup>a</sup> edición) .....	5'50 »
EXPLICACION DIALOGADA DEL EVANGELIO (4. <sup>a</sup> edición) .....	4 »
TRATADO ELEMENTAL DE PEDAGOGIA CATE- QUISTICA (4. <sup>a</sup> edición) .....	7 »
CATECISMO EXPLICADO CON GRAFICOS Y EJEMPLOS (6. <sup>a</sup> edición) .....	8 »
CUADERNO CON LOS GRAFICOS .....	0'30 »
CATEQUESIS BIBLICAS (2. <sup>a</sup> edición) .....	3 »
CATEQUESIS BIBLICAS. Libro del Alumno .....	0'50 »
CULTURA DE INGENIOS Y TEOLOGIA CATE- QUISTICA, del P. Possevino.—CULTIVO DE LA PIEDAD EN LOS NIÑOS .....	5'00 »







Precio: 5 pesetas

Daniel  
Llorente

---

---

COMPLUTENSE  
UNIVERSIDAD DE MADRID  
CUL TURA  
P. Rosendo.

---

---

Pedagogía  
y  
Educativa